

DIRECTIVA DEL
ATENEO DE EL SALVADOR
DURANTE 1942

Presidente.....Doctor Aristides Palacios
Vice-PresidenteProfesor don José Andrés Orantes
1er. VocalDoctor Alfonso Mejía Robledo
2o. Vocal.....Profesor Manuel Luis Escamilla
3er. VocalDoña Victoria Durán de Arango
TesoreroProfesor Baudilio Fuentes
Síndico.....Doctor Nazario Soriano
SecretarioDoctor Lisandro Villalobos
Pro-Secretario.....Profesor Francisco R. Osegueda
BibliotecarioDon Juan Felipe Toruño

DIRECTORES DEL ATENEO:

Aristides Palacios.

Lisandro Villalobos.

MIEMBROS DEL ATENEO DE EL SALVADOR

ACTIVOS – SAN SALVADOR

Alcaine, hijo, Aguilar, Alfaro, Alvarez Magaña, Avila,	Ingeniero Doctor Ingeniero Señor Doctor	José Salvador Simeón Angel Manuel Julio Enrique
Baratta,	Doña	María de
Calderón, Claros,	General Doctor	José Tomás Rafael F.
Chávez y González, <small>Arzobispo de San Salvador</small>	Rvdmo.	Luis
Durán de Arango	Doña	Victoria
Escamilla,	Profesor	Manuel Luis
Fernández, Fuentes,	Profesor Profesor	Juan José Baudilio
Huezo Paredes de Gutiérrez,	Doña	Graciela
Ibarra,	Profesor	J. Esteban
Liévano,	Doctor	Carlos Alberto
Mejía Robledo, Molina,	Señor Profesor	Alfonso José Lino
Orantes Osegueda,	Profesor Profesor	José Andrés Francisco R.
Palacios,	Doctor	Arístides
Reyes Henríquez,	Señor	Salvador

Toledo, Toruño, Tresseras	Lic. Señor Don	Francisco E. Juan Felipe Buenaventura
Valencia Robleto, Vega y Aguilar, Villalobos,	Profesor Pbro. Dr. Doctor	Gilberto Vicente Lisandro
Zúniga Idiáquez,	Doctor	Manuel

HONORARIOS

Araujo,	Doctor	Miguel Angel
Arrieta Rossi,	Doctor	Reyes
Ayala,	Doctor	Victoriano
Benavente,	Señor	Jacinto
Espino,	Don	Alfonso
Gavida,	Señor	Francisco (Presidente per vita)
Guerrero,	Doctor	J. Gustavo
Hernández Martínez,	General	Maximiliano
Mistral,	Señora	Gabriela
Orantes,	Profesor	José Andrés
Paredes,	Doctor	Juan Francisco
Stéfano,	Doctor	Habib
Vasconcelos,	Lic.	José

CORRESPONDIENTES EN EL SALVADOR, C. A.

S o n s o n a t e

Alas,	Señor	Ciriaco de Jesús
Escalante,	Doctor	Luis A.
Larín Zepeda,	Señor	Lisandro
Rivera,	Doctor	Abraham
Sifontes,	Señor	José María
Zepeda,	Señor	José Santos

S a n t a A n a

Barrios,	Doctor	Gerardo
Court,	Doctor	Anacleto
Escalón,	Doctor	José
Reyes,	Doctor	Franco. Antonio
Turcios,	Doctor	Secundino
Vides,	Doctor	Federico
Vides,	Bachiller	Ricardo

A h u a c a p á n h

Argtello	Señor	Agenor
----------	-------	--------

San Miguel

Osegueda, Peccorini	Señor Doctor	César Augusto Atilio
------------------------	-----------------	-------------------------

Santa Tecla

Núñez,	Doctor	Rogelio
--------	--------	---------

Juayúa

Jerez	Doctor	Máximo
-------	--------	--------

San Martín

Román Peña,	Pbro.	Miguel
-------------	-------	--------

Ilobasco-Cabañas

Navarrete,	Doctor	Vicente
------------	--------	---------

Morazán-(San Francisco)

Turcios,	Dr Inf.	David
----------	---------	-------

Quezaltepeque

Rodríguez Canizalez,	Señor	Saturnino
----------------------	-------	-----------

Usulután

Osegueda,	Señor	Napoleón
-----------	-------	----------

CORRESPONDIENTES EN EL EXTERIOR**Argentina-Buenos Aires**

Busto,	Señor	Gumersindo
Díaz,	Señor	Leopoldo
Gissott,	Señor	Emile
González Arrilli,	Señor	Bernardo
Laudet,	Señor	Enrique
Marasso Rocca,	Doctor	Arturo
Peña,	Doctor	David
Ugarte,	Doctor	Manuel

Alemania

Bjorkman,	Doctor	C. V. E.
Bjorkman,	Señora	María de

Bolivia

Diez de Medina.	Señor	Eduardo
-----------------	-------	---------

B r a s i l — Río de Janeiro

Aranha,	Señor	Gracca
Bocanera, Junior,	Ingeniero	Silio
Diniz,	Señor	Amachio
Neumayer,	Doctor	Maximus
Ruiz,	Señor	Gustavo A.

C o l o m b i a

Girón Camargo,	Señor	Gabriel	Bogotá
Grillo,	Señor	Max	"
Guerrero,	Señor	Pascual	"
Londoño,	Señor	Víctor M.	"
Morales,	Señor	J. Angel	"
Prado,	Señor	Manuel A.	"
Sanín Cano,	Señor	Baldomero	"
Solano Guzmán,	Señor	Gustavo	"
Nieto,	Señor	Ricardo	Calí
Valencia,	Señor	Guillermo	Popayán

C o s t a R i c a

Barrionuevo,	Señor	Joaquín	San José
Cruz Meza,	Licdo.	Luis	"
Valle	Doctor	Miguel del	"
Jiménez Oreamuno	Licdo.	Ricardo	"
Sotela	Licdo.	Rogelio	"
Zeledón (Bill),	Señor	José María	"
Zúñiga Montúfar,	Licdo.	Tobías	"

C u b a

Cañellas,	Señor	Francisco	La Habana
Catalán,	Doctor	Ramón R.	"
Peralta,	Señor	A.	"
Vitier,	Doctor	Medardo	"
Byrne,	Señor	Bonifacio	Matanzas

C h i l e — Santiago

Lillo,	Doctor	Samuel A.
Prado,	Señor	Pedro
Rodríguez Beteta	Licdo.	Virgilio
Vega,	Señor	Daniel de la

C h i n a — Shanghai

Marín,	Doctor	Juan
--------	--------	------

E c u a d o r

Andrade Coello,	Señor	Alejandro	Quito
-----------------	-------	-----------	-------

Barrera,	Doctor	Isaac J.	„
Muñoz,	Señor	José E.	„
Viteri Lafrontera,	Señor	Homero	„

E s p a ñ a

de Ori,	Señor	Eduardo	Director de la Revista «España y América». Madrid
Figueras,	Ing. Pbro.	José	„
García Ontiveros L.,	Doctor	Luis	„
Jiménez	Señor	Juan R.	„
Rueda,	Señor	Salvador	„
Vehils,	Doctor	Rafael	„

Estados Unidos de Norte América

Brainerd,	Miss	Heloisse	Washington D. F.
Cáceres,	Señor	Julián R.	„
Cerón Camargo,	Doctor	Tomás	„
Fortuol Hurtado,	Señor	P.	„
Rowe,	Doctor	Leo S.	„
Recinos,	Licdo.	Adrián	„
Tablada,	Señor	José Juan	„
Urbizo Vega,	Señor	Benjamín	„
Estrada Orantes,	Licdo.	Félix	New Orleans
Gregg,	Doctor	John Robert	New York
Haller,	Doctor	H. P.	New York

F r a n c i a

Calderón García,	Señor	Ventura	París
Coll,	Señor	Pedro Emilio	„

G u a t e m a l a

Aguirre Velásquez,	Doctor	Eduardo	Guatemala
Arévalo Martínez,	Señor	Rafael	„
Gastañeda,	Licdo.	Ricardo C.	„
de Jongh Osborne,	Señora	Lily	„
Górriz v. de Morales,	Profesora	Natalia	„
Figueroa,	Señor	Salvador M.	„
Mathus,	Profesor	J. Conrado	„
Rodríguez Cerna,	Licdo.	José	„
Contreras B.	Doctor	F.	Cobán

H o n d u r a s

Coello,	Doctor	Augusto C.	Tegucigalpa
Díaz Chávez,	Ing.	Rafael	„
Durón,	Licdo.	Rómulo E.	„

Gómez Romero,	Señor	Antonio	„
Guardiola,	Licdo.	Esteban	„
Mejía Colindres,	Doctor	Vicente	„
Mejía,	Señor	Vidal	„
Morazán,	Profesor	Miguel	„
Navas,	Señor	Alejandro	„
Ochoa Alcántara,	Señor	Antonio	„
Salgado,	Licdo.	Félix	„
Urrutia,	Licdo.	Ricardo de J.	„
Zúniga	Licdo.	Luis Andrés	„
Zúniga,	Doctor	Manuel G.	„
Escalante,	Doctor	David	San Pedro Sula
Gamero de Medina,	Señora	Lucila	Danlí, Paraíso
Padilla,	Señorita	Visitación	Ciudad Gracias
Turcios,	Señor	Salvador	Comayagua
H o l a n d a			
Dausted,	Doctor	Antonio Pietri	Amsterdam
H u n g r í a			
Thot,	Doctor	Ladislao	
I n g l a t e r r a			
Angell,	Señor	Norman	Londres
M é x i c o			
Gravioto,	Tcnel.	Adrián	San Pedro de Los Pinos, D. F.
Cisero,	Ing.	Raúl	México D.F.
Espino,	Lic.	Miguel Angel	„
Madero,	Ing.	Julio I.	„
Núñez y Domínguez,	Doctor	José de J.	„
Pavía,	Doctor	Miguel	„
Prado,	Doctor	Enrique E,	„
Rosado Vega,	Señor	Luis	„
Torrea,	General	J. Manuel	„
Valenzuela,	Doctor	Samuel	„
Valle,	Señor	Rafael Heliodoro	„
Palavicini	Ing.	Félix	„
N i c a r a g u a			
Avilés,	Señor	Juan R.	Managua
Barquero,	Doctor	Antonio	„
Evertsz,	Señor	Luis H.	„
López Pineda,	Doctor	Julián	„
Miranda,	Doctor	César Virgilio	„
Olivares,	Doctor	José T.	„
Rivas,	Señor	Gabry	„

Robleto,	Señor	Hernan	„
Barreto,	Doctor	Simón	Matagalpa
Mendieta,	Doctor	Salvador	Diriamba
Avilez Pereira	Doctor	Hermógenes	León
Barreto P.,	Señor	Mariano	León
Pallais,	Pbro. Dr.	Azarías H.	León
Terán,	Señor	Ulises	León

P a n a m á

Porras	Doctor	Belisario	Colón
Geenzier,	Señor	Enrique	Colón

P a r a g u a y

Campos,	Profesor	Alfonso A.	Asunción
---------	----------	------------	----------

P e r ú

Barreto,	Señor	José María	Lima
Callorda,	Doctor	Pedro Erasmo	Lima
Palma,	Señor	Clemente	Lima
Tovar y R.,	Señor	Enrique D.	Lima

P u e r t o R i c o

Muñoz Morales,	Señor	Luis	San Juan
Torres,	Señor	Luis Llorena	San Juan

R e p ú b l i c a D o m i n i c a n a

Freites Roque,	Señor	Arturo	Sto. Domingo
Henríquez Ureña	Doctor	Max.	„
Henríquez y Carbajal,	Doctor	Federico	„
Lugo,	Doctor	Américo	„
Morel,	Señor	Emilio	„

U r u g u a y

Ferreiro y P.,	Señor	Eduardo	Montevideo
García Santos,	Señor	Francisco	Montevideo
Martínez,	Señor	Alfredo E.	Montevideo
Pérez Petit,	Señor	Víctor	Montevideo
Vaz Ferreira,	Doctor	Carlos	Montevideo

V e n e z u e l a

Arguedas,	Señor	Alcides	Caracas
Blanco Fombona,	Señor	Rufino	Caracas
Carbonel,	Doctor	Diego	Caracas
Dávila,	Señor	Vicente	Caracas
González,	Doctor	Eloy G.	Caracas
López,	Señor	Castro Fulgencio	Caracas
Revollo y Sámper,	Señor	Andrés	Caracas

ATENEEO

ORGANO DEL ATENEEO DE EL SALVADOR

✦ Ubi Scientia, Ibi Patria ✦

Directores: Doctor Aristides Palacios — Doctor Lisandro Villalobos

Tercera Epoca. No. 153

San Salvador, El Salvador, Marzo de 1942

AÑO XXX

EDITORIAL

*L*A actividad intelectual en el país no es ciertamente escasa. Diseminados por todos los rumbos existen numerosos pequeños núcleos de elementos entusiastas que han levantado templos al culto de la Ciencia, de las Artes y de las Letras; cuentan tales grupos con auditorios más o menos extensos y que responden en mayor o menor grado al infatigable entusiasmo y constante actividad de sus mantenedores. Toda esa intensa vida creativa nace y muere en la mayor parte de los casos, en el estrecho medio donde nació y vivió su vida más o menos intensa. Por lo general sus creadores sólo tienen el placer de verlas nacer con alas de águila y el dolor de verlas extinguirse pronto por falta de éter en qué sacudir la lozanía de sus energías y extender el beneficio de sus vidas constructivas.

El entusiasmo de sus apóstoles, sin embargo, no decae, y así, sobre las cenizas de una agrupación, levantan los palacios de una nueva que desdichadamente seguirá casi siempre el mismo destino. Aun el entusiasmo de estos paladines se agota poco a poco, perdiendo el país esa rica simiente que le daría lustre y vigor.

Hora es ya de que todos los individuos y grupos de individuos que luchan por el mantenimiento y extensión de las actividades culturales de El Salvador, se den maña para encontrar un medio que favorezca la floración constante de esos impulsos que, mantenidos y extendidos por los cuatro puntos cardinales, vendrían a hacer de esta pequeña Patria la Patria grande con que todos hemos soñado.

Los talentos de muchos de nuestros compatriotas languidecen por falta de centros apropiados para su expresión, por falta de un techo tibio y cariñoso donde puedan resonar sus voces, por falta de manos comprensivas y corazones bondadosos que estimulen la chispa bienhechora que arde en sus cerebros.

Casi todos nuestros grupos culturales, de proyección pequeña o grande, de vida efímera o peinando canas, viven una situación económica por lo general angustiosa, y en el horizonte nuestro no parecen revivir los espíritus de los Mecenas, que ampararon la vida intelectual en muchas naciones.

El medio de sobrevida más acequible parece ser aquel que busque la fuerza

por medio de la unión. Aun cuando unas rindan tributo especial a las letras, otras a las artes y otras a las ciencias, su finalidad común es la misma: presentar un ambiente propicio para el pleno desarrollo de todas las inquietudes espirituales que tiendan a alegrar y hacer de esta vida una vida mejor.

El Ateneo de El Salvador comenzará este año la campaña que persigue el ideal de ver todos esos esfuerzos esporádicos reunirse en un solo haz de luz que proporcione a todos una claridad esplendorosa donde sus actividades se puedan desarrollar con pujanza y brillantez.

Además de sus pláticas quincenales lanzadas a las ondas etéreas desde los estudios de la Radiodifusora Nacional Y S S, el plan de trabajo que ha de desarrollar el Ateneo de El Salvador este año, comprende una serie de pláticas sobre temas de filosofía, literatura, arte, historia, derecho, biología, economía, pedagogía y agricultura. Se ha solicitado de elementos amantes y conocedores de estas disciplinas, la programación y desarrollo de los temas más interesantes y útiles de estas diversas ramas del saber humano. Dada la preparación y entusiasmo de los elementos seleccionados, no dudamos que sus presentaciones constituirán bellos trabajos destinados a ampliar los horizontes de la mentalidad salvadoreña, encauzando al mismo tiempo la lucha por la vida por senderos más sonrientes y productivos.

Estas pláticas llenarán durante todo el año un total de 80 horas, y si sus frutos corren parejas con las esperanzas de sus organizadores y mantenedores, no dudamos que la labor de este año será uno de los jalones que han de marcar una nueva era en las actividades culturales del país.

El Ateneo de El Salvador espera con ansia la reacción que la élite intelectual y el público en general desarrollen ante este esfuerzo que aspira a movilizar los escondidos tesoros intelectuales del país para hacer de esta Patria una Patria mejor.

Arístides Palacios.

El Ateneo de El Salvador en la Radio-Difusora Nacional YSS

El Ateneo de El Salvador continuará durante el presente año la labor de difusión cultural desarrollada durante el año anterior, y ampliará sus actividades hasta el límite que lo permita el entusiasmo de sus miembros.

La labor de cultura llevada a través de las ondas de esta radio-difusora será mantenida con toda religiosidad, y se espera que tanto sus miembros titulares como los invitados de honor, cumplirán con donosura y eficacia la misión de cultura que el pueblo y el Ateneo de El Salvador esperan de ellos.

El Ateneo aprecia la gran oportunidad que este medio de divulgación le proporciona y está dispuesto a utilizarlo en toda su amplitud. Esperamos que los radio-escuchas, a medida que el tiempo transcurra, puedan y quieran calificar nuestra labor de manera justa, para corregir nuestros yerros y para ampliar los mirajes que corresponden a la sed de mejoramiento del conglomerado social salvadoreño.

No dudamos que la Universidad Nacional nos abrirá otra vez ampliamente sus puertas para dar cabida a nuestros mensajeros de la cultura. Se ha hecho una selección cuidadosa entre los valores intelectuales del país y tenemos la seguridad de que todos ellos aceptarán con gusto y cumplirán su cometido con el beneplácito general.

El Ateneo de El Salvador mantendrá religiosamente su publicación oficial y se interesará porque su contenido sea ameno y lleve toda la savia vivificadora que la nación espera de una Institución que se califica como uno de los institutos de cultura del país.

Tal es el plan inicial de labores que al comenzar el nuevo año el Ateneo de El Salvador se ha trazado. Esperamos muy pronto poder anunciar los otros puntos de su programa ideológico que hayan de comenzar a convertirse en realidades.

A. P.

Responsabilidades de la Adolescencia

Se ha considerado que la edad que corre entre las primeras manifestaciones de la pubertad y los 25 años, constituye un período especial en la vida de los individuos, con sus características biológicas, psicológicas y sociales propias. Los primeros albores de la madurez sexual se acompañan de cambios profundos en toda la economía orgánica, desde el audible cambio de voz hasta la redondez de las formas en las muchachas y los primeros barruntos de barba en los varones; esas modificaciones son la expresión de un cambio revolucionario en toda la textura y funcionamiento de casi todos los sistemas orgánicos, sobre todo en lo que respecta a ese mecanismo delicado y múltiple que se llama las glándulas de secreción interna.

Esa revolución corporal se acompaña de modificaciones psicológicas importantes. El individuo se siente más maduro de lo que en apariencia está, y con ojo profundamente crítico escudriña su pasado y su presente, y quiere entrever el futuro. Pide cuentas de lo que sus padres, sus parientes más cercanos, la escuela y su medio todo han hecho por su construcción física, psicológica y social. Es la edad que rinde aplauso franco a los padres y maestros que supieron guiarlo bien; es también en esa época en la que se erige en juez de quienes, desde su punto de vista, no han sabido utilizar la sana simiente que él trajo al mundo.

Para que un individuo a esta edad vea el presente con satisfacción y el futuro con optimismo, debe ha-

ber sido creado en un hogar perfectamente equilibrado desde el punto de vista psíquico; donde la concordia haya reinado en todos los momentos de su desarrollo, y donde los padres hayan tenido el buen tino de orientar al individuo hacia su papel en la sociedad que va a requerir su concurso y que le va a dar facilidades de movimiento y de expresión.

En todas las épocas de la vida es necesario que los individuos hayan gozado de ciertos factores básicos, pero es en esta época de las grandes decisiones y de los planeamientos definitivos que es necesario que el individuo cuente con un pedestal incommovible. A su formación deben haber contribuido el crecimiento en un hogar agradable donde el sentimiento de cariño entre los padres haya sido la piedra angular de conducta; donde el niño haya estado constantemente protegido por el sentimiento de seguridad, sin vacilaciones y sin intermitencias. Esa es la base primera y la más importante para que el adolescente traspase el umbral de la nueva vida con confianza y pleno optimismo. A ello contribuyen también el esfuerzo que los padres hayan desarrollado para que ese pequeño hombre haya comenzado a adquirir desde los primeros días de la vida un franco concepto de la responsabilidad personal, concepto que ha comenzado desde el momento en que se le permitió sujetarse los pantalones (cuando él ya era manualmente hábil para ello) hasta la elección de los juegos a los cuales su constitución física y psico-

lógica le inclinaba. Se le permitió asociarse con individuos de caracteres, ideas y hábitos diversos, sin tacha a nadie porque no poseyera sus mismas tendencias educativas; ese respeto involuntariamente lo llevó a gozar de la popularidad tan necesaria para que la vida de adultos se convierta en un éxito personal, profesional y social. Aun antes de llegar a esa edad decisiva, se le había dado ya una noción clara del proceso evolutivo orgánico, evitando las aclaraciones excesivas e impúdicas, pero tampoco incitándolo a la malicia con velos claro-oscuros. Toda esa preparación lo ha llevado a tener un concepto franco de la vida matrimonial, como consecuencia lógica del proceso evolutivo general.

Colocado en este pie el individuo puede ver con tranquilidad el futuro. Su éxito escolar habrá ya sido un hecho y los estudios que sigan han de deslizarse tranquila y exitosamente.

Quien haya acopiado para sí una tal visión de respeto y capacidad, no podrá menos que respetar a los demás y aplaudir los gestos de habilidad de cada uno.

Seguramente este individuo se verá envuelto en pocas aventuras de desenlace más o menos trágico, y no tendrá que temer a su franca asociación con individuos del sexo opuesto. El día en que todos estén equipados como él, desaparecerá sin duda ese concepto ruinoso del peligro de la co-asociación entre muchachos y muchachas.

Esa nueva era educativa espera el concurso de la escuela más grande y de la primera fundada en el mundo entero, la escuela cuyos mentores y

primeros responsables son los padres de familia. Los padres deben saber que no habrá más niños nerviosos, ni llenos de un número mayor o menor de mañas, siempre que en su casa hayan gozado de la atención necesaria, que haga sentir a los pequeños el sentimiento de seguridad, y sin colmarlos con un exceso de atenciones que les haga ver amenazada su propia iniciativa individual. Las pequeñas diferencias entre los padres, patentes o latentes, pequeñas o grandes, harán siempre que el pequeño se mueva en un terreno movedizo. La multiplicidad de directivas educacionales en el medio hogareño y escolar, lo conducirán también al mismo fin, restándole esa seguridad tan necesaria en estos momentos en que la vida exige soluciones rápidas y definitivas.

Una educación racionalmente dirigida desde los primeros años de la vida, llevará a ese nuevo elemento de la sociedad a comportarse sin las lacras más frecuentes de nuestra vida colectiva: el afán injustificado e improductivo de crítica hacia todos aquellos que no actúan como nosotros; la tendencia a imponer nuestra voluntad a todo trance, sin tomar en cuenta los posibles deseos análogos de nuestros semejantes. Un individuo bien preparado para una trayectoria llena de alegría y de éxito en la vida diaria, debe comenzar por conocer y evaluar sus propias capacidades, y a través del propio lente de su justipreciación, ver y medir las acciones y pensamientos de los demás, no olvidando que no todos estamos moldeados en el mismo patrón. Así como hay individuos grandes y pequeños, así hay sujetos con grandes o pequeñas ha-

bilidades de pensamiento o de acción.

Al hacer esa apreciación debe considerar también que son capaces de dar un producto medio únicamente aquellos individuos que tienen una constitución promedia: los genios y los retardados forman un mundo aparte que necesitan pautas especiales de comparación.

En la escuela el maestro ha confrontado problemas especiales con la única saludable diferencia que los factores en juego son en menor número; el maestro puede exigir a la gran masa de individuos normalmente constituidos (entendido como promedio) una labor semejante.

No es raro que en la escuela el niño A aparezca tímido y quieto porque ni su vista ni su oído alcanzan a entrar en el juego de los demás. Puede que a consecuencia de

taras hereditarias o como secuela de enfermedades tempranas, su cerebro o sus músculos no tengan la misma facilidad que los de sus compañeros. Exigirle a este individuo un rendimiento igual al de los demás es antibiológico y choca contra los dictados más elementales de la pedagogía.

Estas líneas fueron intentadas para referirse a las responsabilidades de la adolescencia, pero seguramente se han referido a toda la época de la vida hasta la adolescencia. Esto no ha sido un error sino que debe ser la concepción clara del problema. El adolescente que despierte a su nueva vida bien preparado, debe haber comenzado a hacerlo desde que sus progenitores se seleccionaron mutuamente desde el punto de vista de salud como de equilibrio mental.

Aristides Palacios



Lo Esencial en Nutrición

Desde hace muchos años los fisiólogos se han preocupado por establecer las cantidades y cualidades de alimentos más apropiados para mantener a la humanidad en el mejor estado nutricional, poniéndola así en condiciones de dar el mayor rendimiento posible.

Aun cuando los conocimientos acumulados sobre esta materia son enormes, nunca como hasta ahora se había visto mayor urgencia de aprovecharlos en pleno y de ponerlos en práctica.

Para que los guerreros tengan la más grande resistencia y se compor-

ten bravamente en el campo de batalla, necesitan estar bien alimentados; para que los hombres de ciencia puedan dar los mayores descubrimientos que hagan la paz más fecunda y la guerra más terrible, se necesitan también organismos ajustados a sistemas nutricionales que llenen las necesidades orgánicas de manera satisfactoria.

Así, en la paz como en la guerra, el afán de llegar a una nutrición ideal, será la base esencial que permita a los pueblos descollar en la lucha ordinaria por la vida o en las tremendas luchas que las naciones

libran por vivir sus libertades o sus doctrinas.

La preparación guerrera de las naciones actualmente comprometidas en la mayor hecatombe que registra la historia, debía haber comenzado precisamente por mejorar el temple de sus soldados. Casi todas las naciones actualmente en guerra mantienen comisiones especiales que estudian el problema alimenticio, y los consejeros en Medicina Militar consideran parte esencial de su organización la existencia de comités dedicados especialmente a estudiar la nutrición del pueblo entero. Ya no sólo se piensa en la nutrición del probable soldado, sino de la nación en su totalidad; es la nación bien nutrida la que dará soldados que combatan con denuedo hasta la última hora, y es también esa, la nación cuya moral no decaerá aún en los momentos más aciagos de la lucha.

Hace muchos años se predica la conveniencia de una nutrición perfectamente dirigida en todos los sectores sociales de las diversas naciones, pero nunca como hoy se había realizado la urgente necesidad de poner en práctica todos los conocimientos existentes sobre esta materia.

En medicina infantil se ha podido palpar desde hace varias décadas las ventajas de una nutrición juiciosamente dirigida, al contemplar las cifras del descenso de la mortalidad infantil.

Se han dividido los alimentos en protectores y energéticos, designando con el primer nombre aquéllos que sirven para formar, mantener y reparar las sustancias primas de todos los elementos celulares que permiten el desenvolvimiento armóni-

co de nuestras funciones vitales. Se llaman alimentos energéticos aquellos que sirven casi exclusivamente para dar el material combustible necesario al funcionamiento regular de los distintos elementos de la economía humana. Se cuentan entre los primeros a las sustancias protéicas, a las vitaminas y a las diversas sales que forman los constituyentes obligados de los elementos celulares del organismo. Los alimentos productores de energía están formados por los llamados hidrocarbonados y las grasas.

Se acepta actualmente que un adulto en equilibrio de salud necesita por término medio un gramo de proteína por kilogramo de peso en su alimentación diaria; estas proteínas serán más fácilmente asimiladas si presentan en los alimentos ingeridos constituciones químicas semejantes a las de las proteínas que forman los tejidos humanos; de allí que las más fácilmente asimilables sean las contenidas en la leche y sus productos, las carnes y los huevos.

Las vitaminas se encuentran difusamente distribuidas en la naturaleza, y el organismo hará acopio de ellas al asimilar los distintos productos animales y vegetales que entran en su alimentación diaria, siendo de notar que las harinas son muy pobres en estas sustancias, componentes indispensables de la alimentación humana.

El Comité de Alimentación y Nutrición del Consejo Nacional de Investigaciones de los Estados Unidos recomienda como esencial los siguientes alimentos, con indicación de sus cantidades.

Leche, para adultos, $\frac{3}{4}$ de litro al día, para niños un litro por día.

Huevos, 3 ó 4 por semana.

Carne, 90 gramos por día para los adultos.

Vegetales, dos veces al día, cuidando de que contengan verduras de color verde y amarillo. Es interesante recordar que las verduras de color amarillo son ricas en las sustancias formadoras de la vitamina A, mientras que las verduras de color verde proveen algunos de los otros elementos de la escala vitamínica.

Frutas, dos veces al día, interesándose por su variedad para aprovechar los elementos nutritivos desigualmente repartidos en las diversas clases de frutas.

Papas, una o dos veces al día.

Manteguilla o aceite, de 10 a 50 gramos al día.

Cereales, en cantidad suficiente para proveer la mitad por lo menos del gasto calórico diario.

Grasas, azúcar y los hidro-carbonados, en cantidad suficiente para completar el desgaste de energía ocasionado por las diversas actividades corporales.

Hay que recordar que la cantidad de calorías desarrolladas por el individuo diariamente varía según su mayor o menor actividad, alcanzando en el adulto unas 2,500 calorías para un individuo sedentario y elevándose casi al doble para aquellos que llevan una vida muy activa. La cantidad de calorías consumidas varía en las diversas edades de la vida, siendo proporcionalmente mayor en los niños que en los adultos. Los sexos muestran también ligeras diferencias, pues las hembras tienen un desarrollo calórico menor que el de los hombres, y ambos sexos acusan un mayor desgaste en la época de

la pubertad, si se comparan con las edades que la limitan. En la segunda mitad del embarazo la cantidad de calorías requerida para el buen desarrollo orgánico, aumenta de manera neta, y se acrece todavía más durante la lactancia.

Se libra actualmente una intensa campaña de propaganda, especialmente contra el abuso actual de los dulces y Jemás hidrocarbonados en la alimentación habitual de los sujetos, especialmente de los niños. Se recuerda que estas sustancias necesitan para su asimilación un mayor aporte de vitamina B, y tienen también el inconveniente de que al llenar fácilmente las necesidades calóricas del organismo, limitan la cantidad de otros alimentos que podrían haber aportado al individuo los alimentos protectores indispensables al mantenimiento armónico de la máquina humana. El trigo constituye un elemento tenido como indispensable por la gran mayoría de los individuos, y los estudios modernos han comprobado que los métodos actuales de elaboración de dichas harinas, al presentarla más blanca y más atrayente, la han privado de las vitaminas contenidas en el grano original. Los nutricionistas se proponen inducir al público a preferir las harinas no refinadas, y a llevar a los fabricantes a enriquecer artificialmente dichas harinas con las cantidades de vitaminas necesarias para convertirlas en un alimento apropiado.

En las condiciones de la alimentación ordinaria, casi todas las sales necesarias para la buena marcha del organismo son aportadas en cantidad y calidad suficientes; no sucediendo así con el calcio, que a menudo es ofrecido al organismo en

cantidades insuficientes. La insistencia de los peritos en nutrición de que el individuo consuma suficiente leche y productos lácteos, es con el objeto de proveer esa deficiencia tan generalizada. La leche, además de ser un alimento rico en proteínas, vitaminas y sales fácilmente asimilables, ofrece al organismo en cada litro de leche, la cantidad óptima de calcio de que el individuo tiene necesidad. Aquellos individuos que por una u otra razón no pueden tomar cantidades suficientes de leche o productos lácteos, deberán complementar su ración alimenticia diaria con sales de calcio. El ejército inglés agrega actualmente 210 gramos de carbonato de calcio a cada saco de 280 libras de harina de trigo con el objeto de dar un «pan de guerra» que llene los requisitos nutricionales exigidos por el desarrollo científico.

La frecuente decalcificación de los huesos observada en la vejez se ha atribuido a un insuficiente aporte de calcio en la alimentación habitual.

Con motivo de los progresos de la ciencia médica, el término medio de vida de los individuos ha aumentado, y al acrecentarse el número de

sujetos de edad avanzada ha surgido el problema de darles a estos individuos no sólo «más años en la vida, sino más vida en sus años». Eso ha llevado a estudiar más profundamente las condiciones de nutrición en los viejos. Es cierto que éstos, con una menor actividad corporal, necesitan una disminución en su cantidad alimenticia total, debiendo disminuir ésta sobre todo en los alimentos de tipo energético; la conservación de una cantidad adecuada de proteínas, sobre todo en forma de leche, contribuirá a darle lustre y energía a esos años avanzados. En los lugares donde la adquisición de proteínas animales es difícil, se ha aconsejado insistir en aumentar y proteger el cultivo de los frijoles soja, cuyas proteínas presentan gran semejanza con las proteínas animales y proporcionan por consiguiente un elemento precioso en la alimentación humana. Las famosas píldoras alimenticias, ampliamente explotadas en la propaganda de guerra alemana, parecen estar constituidas por productos de esta leguminosa.

A. Palacios.

Enero 1942.



Ideas Primordiales del Psicoanálisis de Freud

Dr. S. G. Aguilar

Profesor de la Facultad de Medicina
Miembro del Ateneo.

Los conceptos que se han emitido sobre el Psicoanálisis necesitan una revisión justa, científica y desapasionada, y ahora que el Sr. Presidente, Gral. Martínez, hombre aman-

te del estudio de los problemas de la Psicología pura y aplicada, nos pone sobre el tapete de la discusión el Problema del Psicoanálisis, como también lo hizo al inaugurar el Con-

greso Médico de Santa Ana, nos toca a nosotros, médicos de esta generación, contribuir con nuestras ideas y nuestros conocimientos a hacer luz en el oscuro problema del consciente, subconsciente e inconsciente.

Los conceptos y métodos de Freud han sido diversamente interpretados; por algunos, hasta combatidos sin llegar a comprenderlos; por otros, desdeñados y considerados como otra manifestación de quiromancia con un disfraz de ciencia, y finalmente, la religión católica la combate por conveniencia de principios.

Nosotros estamos en condiciones de considerar el problema tal y como Freud lo presenta en sus estudios.

Antes de salir a luz los estudios de Freud, existían ya otros autores que habían escrito sobre el mismo tema como Pfister, en 1913. Kaplan en 1914, Regis y Hesnard en 1914, y A. F. Meijer en 1915.

Las primeras lecciones dadas por Freud fueron en el invierno de 1917, ante un público mixto, compuesto tanto de médicos como de profanos de ambos sexos.

Freud, fué un médico práctico, discípulo de Breuer, quien fué el que lo inició en el campo de la Psicoanálisis, pero Breuer solamente trataba histéricas, así pues, el primer libro de Freud en 1895 fué sobre estudios de la Histeria, pero ya en él se nota la tendencia del Freud hacia un análisis profundo del psiquismo del enfermo.

Freud no se contentó con la ciencia alemana y fué a Francia a oír a los dos grandes maestros de Psiquiatría de aquella época, Charcot, en París y Bernheim en Nancy, y fué la escuela de este último que más atrajo a Freud habiendo seguido

muy de cerca sus métodos, llegando hasta traducirlos al alemán. De Bernheim tomó el método de la sugestión, como uno de sus primeros pasos en el tratamiento de las neurosis.

Las escuelas precursoras a Freud, tanto en Francia como en Alemania, no eran verdaderamente científicas, usaban el hipnotismo, la sugestión; eran consideradas como especie de exorcismo, o de magia o prestidigitación y fué después del estudio ordenado que hizo Freud que nació el verdadero Psicoanálisis tal como lo conocemos ahora.

Después de muchos años de observación, sin llegar a emitir una opinión psicológica seria, presentó sus ideas y casos ante su auditorio en Viena (1916-17).

Freud observó que había mucha relación entre ciertos actos de la vida cotidiana y ciertos estados anímicos no manifiestos concientemente y que cuando éstos estados llegaban a tener algún predominio en la psiquis de las personas, ocasionan los trastornos que en la vida de relación se manifiestan por neurosis.

Estos estados anímicos, reprimidos por el individuo dentro de la vida social, son los que llenan ese hueco entre lo consiente y lo inconsciente y tal concepto es uno de los básicos de la teoría de Freud para el estudio de las neurosis. Ahora bien, cuando la ilustración de la persona no es lo suficientemente amplia para que ella misma se dé cuenta de su complejo subconsciente, es necesario que el médico intervenga para investigar tales motivos y de allí nació la expresión Psicoanálisis.

Estrictamente hablando, cuando Freud llamó así a su método de tratamiento de las neurosis no tuvo en

mente hacer una teoría psicológica de la medicina ni de establecer un nuevo concepto de alma, es decir. él no quiso intervenir en la psicología especulativa sino que únicamente por etimología y por analogía de material, llamó a su método análisis del psiquismo o psicoanálisis, tal como pudo haberle llamado análisis de la mente, de los sentimientos, etc., pero etimológicamente el nombre que más se avenía era el ya conocido por todos nosotros.

Cuando Freud habla de lo inconsciente y de lo consciente, no quiere hacer términos nuevos, los toma tal como son comprendidos en la psicología de la época, es decir, en la psicología de última mitad del siglo pasado y por lo tanto, cuando queremos dar otras interpretaciones de acuerdo con nuevas ideas es cuando encontramos las contradicciones o cuando nos separamos del autor. Freud quiso decir que lo consciente es aquello de que tenemos pleno conocimiento; lo inconsciente o no creado, es algo inmaterial pero que existe, diríamos así como una cueva oscura donde hay objetos pero que no podemos verlos; entre estos dos extremos, Freud crea un estado intermedio que llamó preconsciente o subconsciente, términos que sirven como de pasaje entre uno y otro extremo. Todo sentimiento o experiencia inútil para la vida del individuo en sociedad, es rechazado por la conciencia o censura hacia un estado subconsciente, en este último caso el hecho se olvida por completo.

La subconsciencia, pues, está formada de sentimientos de la vida que ha pasado, de recuerdos, de deseos, que no han podido ser satisfechos, etc. etc. Si por alguna circunstancia estos deseos ya pasados pero in-

satisfechos, quieren hacerse lugar en la conciencia, son rechazados de nuevo, pero ellos de una manera o de otra, se manifiestan por caminos desviados a su verdadera naturaleza y son ellos los que dan lugar a los síntomas en las neurosis. Averiguar su verdadera fuente, desenmascarar estos síntomas, hacerlos del conocimiento del enfermo, tal es la función del psicoanálisis de Freud.

Estudiando a Freud en sus principios, vemos que comenzó por analizar pequeños hechos que parecerían verdaderas niñerías a un observador poco experimentado. Muchos de sus enfermos fueron señoras que tenían lo que nosotros llamamos preocupaciones y ellas fueron las que dieron el mejor material de observación.

Poco a poco, a medida que Freud profundizaba sus análisis psicológicos, notó que casi todas sus observaciones terminaban en un hecho importante: que casi todas las preocupaciones o estados subconscientes de sus clientes tenían íntima relación con una perturbación sexual más o menos velada según la educación o intelectualidad del paciente. Con esta observación in mente, Freud llega a la conclusión de que indudablemente existe, una relación subconsciente entre la psiquis de las personas y los complejos sexuales, pero fijémonos bien, con los complejos sexuales y no con los actos sexuales pura y simplemente, aunque éstos sean los originales de tales complejos.

Todo acto sexual implica un complejo anímico, he allí la verdadera idea de Freud, que ha sido tan malamente interpretada. Estos complejos anímicos que pueden ser

pasajeros y no dejar huella en personas normales, en ciertos temperamentos sí pueden dejar hondos recuerdos que forzándose a ser olvidados continuamente por la conciencia, salen a relucir bajo diversas formas dando origen a los estados neuróticos.

Muchas de las neurosis originadas por un complejo sexual, son disimuladas o reprimidas durante mucho tiempo, pero en ocasión a alguna circunstancia indeterminada pueden aparecer y entonces tenemos un cuadro de neurosis tal vez agravado por nuevas causas que hayan desequilibrado más el psiquismo del enfermo, lesiones físicas como ocurre por la presencia de la sífilis.

Regularmente según Freud, el individuo comienza a tener sus experiencias sexuales inconscientemente, cuando el niño mama, cuando el niño se lleva el dedo a la boca. En la edad de la pubertad sigue teniendo sus experiencias, y sus complejos anímicos sexuales se desarrollan en los actos solitarios y más adelante cuando tiene su primer contacto con el sexo contrario. Es durante estos períodos que la subconsciencia se enriquece para dar más tarde abundante material a las neurosis. El sentimiento llamado enamoramiento no es sino una neurosis que puede ser tan fuerte en el adolescente como en el adulto y aun en hombre ya senil. El enamoramiento es la neurosis más común, pasajera algunas veces, profundamente arraigada otras, que lleva frecuentemente al desequilibrio mental y al suicidio.

El método seguido por Freud tiene otra base psíquica que es la tercera de sus ponencias; es la siguiente: todo estado anímico está en ínti-

ma relación con otro estado anímico. La actividad mental del hombre es continua y no pueden haber vacíos. Si existe un vacío, tal vacío se manifiesta por una neurosis y llenar ese vacío equivale a la cura de tal neurosis.

El método psicoanalítico usado por Freud, fué iniciado por Bernheim en Francia, este autor francés usaba un método que fué el que tomó Freud: el de la conversación con el paciente, es decir, el establecimiento de la relación entre el médico y el enfermo que en términos psicoanalíticos se llama la transferencia; el enfermo se desembara de sus sentimientos o complejos para transferirlos al médico a medida que se desarrolla el tratamiento. El método fue también seguido en Austria por Breuer, antes que Freud, en el tratamiento de las histéricas, tratando de encontrar en el fondo anímico de la paciente los síntomas psíquicos o físicos que presenta su neurosis. Estos síntomas no son accidentales, adventicios o caprichosos, sino que son la expresión involuntaria e inconsciente de ciertos complejos psíquicos afectivos o mentales que se han sustraído del control de la conciencia o que han sido reprimidos o rechazados según la expresión propia de Freud.

Hemos tenido ocasión de observar algunos casos de neurosis con manifestaciones muy alarmantes por parte de la familia de la paciente. Estas neurosis han tenido un origen sexual, la enferma se sentía amenazada de violencia por parte de su padre. En ella se establece un complejo de odio para con su progenitor y por perturbación mental, contra toda su familia.

Para un psicoanalista, este sería un caso típico de tratamiento de este complejo psíquico cuyo origen sexual se manifiesta aunque no sabemos si tal acto llegó o no a realizarse. La idea quedó grabada profundamente en esta enferma y aquí tenemos un caso de neurosis.

El tratamiento de Freud es muy largo, necesita que tanto el enfermo como el médico tengan plena confianza. El análisis requiere tiempo y paciencia y muchas veces no es práctico desde el punto de vista económico. Por estos motivos la ciencia médica trata de buscar nuevos caminos y se ha llegado al convencimiento de que la convulsoterapia puede llegar también a hacer cambiar el psiquismo de una persona perturbada.

El método va por otros caminos. Se trata de hacer sufrir a la persona un choque violento, ya sea bajo la forma de un ataque epiléptico por la inyección de fuertes dosis de Cardiazol intravenoso, o por la hipoglucemia provocada por fuertes dosis de insulina. El enfermo sufre un ataque, sigue un estado comatoso inconsciente, y es en este momento que se cree que el psiquismo del enfermo se modifica porque cuando vuelven en estado consciente, sus actos anteriores se han olvidado.

Así se observa cómo maniáticos agitados, o con movimientos fijos, actitudes estereotipadas, etc., des-

pués de una convulsión provocada, permanecen muy cambiados.

El estado psíquico del enajenado es de un olvido de la vida real; él se olvida de todas las restricciones de la vida de sociedad y da rienda suelta a sus actos que están reprimidos en la subconsciencia o en la inconsciencia. Muchos de los pacientes que han sufrido una perturbación mental y que han vuelto a la vida normal nos cuentan que no se acuerdan de nada, que habían olvidado toda su vida corriente, que se encontraban en otro mundo, es decir, que tenían su conciencia velada por la subconsciencia y cuando han salido del manicomio, ya mejoradas, han creído que habían estado ausentes de su casa y de su familia por otras causas.

Si el psicoanálisis busca de transformar sentimientos, emociones, o estados mentales, por medios puramente mentales de relación entre médico y paciente, la convulsoterapia moderna busca más o menos el mismo fin pero por medios más activos y más rápidos o sea el choque violento causado por cambios bioquímicos en el organismo.

Estamos en un período de pura experimentación, aun no sabemos cuál de los dos métodos será el mejor, pero sí sabemos cuáles son las inclinaciones de la medicina moderna.

S. G. Aguilar.

Inédito

Cuestiones en Pro de la Educación

Contestando un Cuestionario de la Sección Técnica de Comercio y Hacienda del Ministerio de Instrucción Pública

Debemos establecer contacto entre las escuelas técnicas profesionales y la vida industrial, comercial, bancaria, burocrática, etc.

Y en este país podemos establecer tres formas principales de contacto:

1°. Que la ley establezca un control entre la influencia y la orientación de la vida privada y la enseñanza técnica y privada;

2°. Que los alumnos establezcan un nexo entre los profesores de las escuelas técnicas y profesionales y la práctica de la vida industrial, comercial, bancaria, burocrática, etc.;

3°. Que la ley dicte disposiciones en relación con la formación de los profesores y los jefes de dichas dependencias.

Además, existen otros medios de reforzar el nexo entre las escuelas y la vida industrial o práctica. El Ministerio de Instrucción Pública puede convocar periódicamente a una reunión, a los expertos de los oficios, de la industria, a los jefes burocráticos, con el señor Jefe de Enseñanzas Técnicas del mismo Despacho, para tratar y consultarse acerca de los asuntos de interés general y los problemas de la enseñanza técnica y profesional.

Los profesores con grupos de alumnos podrán llevar a cabo visitas a las industrias modernas y trabajos técnicos importantes; organizar también exposiciones, congresos, etc.,

medios éstos que tienden a la intensificación progresiva del contacto que se pretende mantener.

A mi manera de ver, es el Ministerio de Instrucción Pública el órgano consultivo que ha de ocuparse de todo aquello que tiende a asegurar la buena marcha y el progreso de la Escuela Salvadoreña Profesional, manteniendo contacto directo y permanente entre ella y la industria, etc.

El contacto de los métodos de las escuelas técnicas y profesionales con la vida económica y técnica, es de necesidad vital, porque esto permitirá a la escuela responder a las necesidades que se observan en la industria y en las oficinas.

Las escuelas profesionales deben servir a la vida económica, la producción, y si fuese posible, aportar ideas nuevas a la industria, etc.

Es importante para el progreso el contacto de los alumnos con la vida económica y técnica. Esto podremos conseguirlo con las conferencias y estudio directo de documentos de actualidad; lectura de revistas técnicas; estableciendo contacto personal entre las escuelas y las sociedades, oficinas y agrupaciones industriales; dar a conocer la labor técnica y práctica por la prensa, etc.

Es por esto que actualmente debe prestarse mucha atención al perfeccionamiento de la enseñanza técnico-profesional, elemento indispensable

para propender a una producción que responda, cuantitativa y cualitativamente, a todas las necesidades del país.

Una sugestión importante es evitar programas sobrecargados y con tendencia enciclopédica, en los dos últimos años de la Primaria. En las escuelas técnicas y profesionales, una comisión de cada instituto, de acuerdo con las profesiones que interesan a la escuela, debe proponer programas o señalar sus modificaciones, porque éstos deben responder a las exigencias y a las necesidades de la industria y a la vida oficinística.

Nuestras escuelas profesionales, en consonancia con la evolución de la vida, deben estar continuamente en período de transfiguración; los métodos de enseñanza deben variar y los programas no podrán jamás ser definidos.

Que nuestras escuelas profesionales, tanto por la organización de material y pedagógicas, sean conceptuadas como función de la actividad económica del país, de sus transformaciones y de su progreso.

Del criterio expuesto se deduce estar de acuerdo con el numeral 1º de su circular N.º 22, del 7 del corriente mes, y todo inconveniente particular debe obviarse ante las ventajas que se lograrán de la vida práctica, relacionando la escuela con la industria, las aulas con las oficinas, etc. También, acaso directamente, estoy de acuerdo con el numeral 4º, y en general, con todos los problemas planteados en la misma, sobre todo, piénsese en ayudar a la vida económica de los establecimientos particulares disciplinados, estableciendo justicia y equidad entre unos y otros; poner, en práctica la moral profesional. Que se forme la Sociedad de Maestros entre los dirigentes de estos centros, en donde podrán resolverse tantos problemas a favor de la comunidad.

Ubi Scientia, Ibi Patria.

Gilberto Valencia Robleto.
Director del Colegio "Renovación".

San Salvador, 13 de mayo de 1941.



En el Mar de la Muerte

(Del libro inédito "Por Mar y Tierra")

Estamos en pleno Mar del Norte, llamado por los marinos alemanes Mar de la Muerte. Aquí se libraron las más crudas batallas navales de la guerra mundial. En el fondo de estas aguas, hoy tan serenas y transparentes, mañana quizás revoltosas y sombrías, yacen los más poderosos cruceros y las más bellas naves de las potencias europeas. Y

cuántos héroes olvidados, cuántos viejos lobos de mar reposan en la enorme huesa de este siniestro Mar del Espanto, cuyo más grave peligro consiste en los bajo-fondos traidores donde las naves encallan cuando se agita la superficie.

Entramos al célebre Estrecho de Skagerak, bajo un cielo magnífico. Es un abril purísimo, cuya influen-

cia primaveral se refleja de manera prodigiosa sobre estos encantadores paisajes marinos. El mar es un inmenso espejo de bruñida plata, sobre el cual se desliza nuestro barco como un albatros fugitivo en ondulaciones insensibles. A babor y en la lejanía se presienten confusamente bajo las nieblas de la mañana las costas de Noruega, y a estribor, muy cerca de nosotros, se van esparciendo las campiñas, los bosques y las ciudades de Dinamarca, en variedad de colores y de luces.

Las brisas septentrionales rizan las aguas transparentes, cuando bordeando los picos del norte danés, penetramos al Estrecho de Kattegat. Hay un diluvio de sol, casi tropical, sobre nosotros. El barco raya la pulcra pizarra del mar, dejando a popa una estela blanquecina y curvátil, visible en una extensión de muchas millas. Cada hora trae para nosotros nuevos aspectos soñadores, y en las del atardecer asistimos maravillados a un espectáculo de grandezas emotivas inolvidables: el continente se estrecha a ambos lados de la nave; navegamos en una especie de canal reluciente, enmarcado de verde y sobre aguas plateadas y dormidas. De pronto, aparece a la derecha Helsingor, bella ciudad de Dinamarca, que parece emer-

ger de las mismas olas que la bañan al punto que por el opuesto lado se destaca la opulenta Helsingborg, con sus techos rojizos, sus elevadas torres y sus soberbias fábricas que muestran el poderío industrial de Suecia. A un extremo de la primera ciudad y sobre un montículo rocoso que parece flotando sobre las olas, se levanta el precioso castillo medioeval que fuera suntuoso albergue de Hamlet, inmortalizado por Shakespeare. Sus techos de cobre, de color verde brillante, despiden, bañados por el sol del crepúsculo, fulguraciones flamígeras. Al Sur, bajo los velos de la lejanía, se adivina la famosa Copenhague. Es un paisaje de ensueño, como sólo en las leyendas se puede concebir. Al deslizarse la nave sobre el lomo insensible de este mar silencioso, bajo un reguero de rosa crepuscular y entre dos ciudades de esplendidez magnífica asentadas sobre las riberas, nos parece escuchar con los ojos un delicioso cuento de «Las Mil y Una Noches», y sentir con el alma los encantos de un sueño maravilloso tejido por mágicos dedos de sutiles hadas misericordiosas.

Alfonso Mejía Robledo.

Mar Báltico, abril de 1925.



A Propósito de la Calumnia

Por José Lino Molina

Tiburcio Galdámez, que hacía sus primeras armas en el periodismo, penetró una tarde, impetuosamente, en el despacho de don Licurgo Ma-

latesta, sabio jurisconsulto que lo honraba con sus consejos y su amistad; el cual, a las 17 horas aún se encontraba trabajando, rodeado de

mamotretos y de muchas personas.

Al saludo del joven contestó el señor Malatesta:

—¿Tienes la bondad de esperarme un momento? Estoy abrumado con una serie de asuntos, pero dentro de un instante soy contigo.

Tiburcio fue a sentarse al recibimiento y tomó una revista de varias que halló a mano. Al cabo de unos veinte minutos llegó el abogado con los anteojos en las manos, los que limpiaba meticulosamente.

—Ya estoy aquí, veamos que te trae, muchacho—exclamó, alargándole la diestra al mismo tiempo.

—Ya verá. Hay momentos, doctor, que el corazón del hombre desplaza toda su bondad, quedándole en cambio un fuerte sedimento de amargura; entonces se piensan cosas crueles, aunque habitualmente sea uno incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Grave será el asunto cuando el preámbulo es tan serio—intercaló don Licurgo, con acento un poco incisivo.

—Parece que la copa rebosa—continuó Tiburcio, sin parar mientes en la interrupción, cuando se es víctima de alguna injusticia y como pesado fardo la adversidad oprime a un inocente y se tiene la certitud de sufrir por la malevolencia de un pícaro.

—Pero en concreto, ¿qué hay? ¿qué te sucede?

—Tenga paciencia. Hace tiempos escribí, en una crisis de desaliento, unas líneas que hoy que me encuentro alejado de la causa que las provocó y las consecuencias que sufrí, me parecen inoportunas y hasta crueles. He intentado destruirlas, pero las he conservado porque en cierto modo implican la reprobación que los

cobardes que se ocultan para herir merecen, ya que otro castigo, al parecer, no les alcanza. En lo material escapan a él, pero no ha de suceder lo mismo en lo moral y ellos propios serán sus verdugos. Quiero someter a su severo y recto criterio, que tanta autoridad encierran, mis pretéritos conceptos y le ruego que me diga lo que piensa de su fondo.

Galdámez extrajo un manuscrito de una de las bolsas interiores de su saco y se disponía a leerlo, cuando el hombre de leyes, le insinuó que oprimiera un botoncito que a su espalda estaba, lo que obedecido dió lugar a que, al poco rato, penetrara una mocita bastante agraciada que atrajo las miradas del joven.

—¿Tomarás café, Tiburcio?— Y sin esperar respuesta ordenó a la muchacha que le llevara a la biblioteca dos tazas de la infusión. Y dirigiéndose a su interlocutor le dijo: —Vámonos para allá, para que no nos interrumpan.

Llegados a este lugar el abogado sacó de una cajita que reposaba en la mesita de centro, dos puros, y dando uno a su visitante, le advirtió:

—Son copanecos, exquisitos.

Los encendieron, a poco Claudia, la muchacha que ya conocemos, entró de nuevo con las dos tazas del aromoso café, las colocó en la mesita dicha y se retiró.

—¿Podrás fumar, beber y leer todo, casi al mismo tiempo?

—Probaré, doctor, y haciendo acción lo que prometía, Galdámez leyó lo siguiente:

—“Dante pone en su infierno a los calumniadores, dándose bofetadas en las diferentes partes de sus enfermos cuerpos.

"Los tales, me pregunto yo, ¿no merecerían más bien que en vida les cortaran un pedazo de lengua, si la difamación la hicieron oralmente, o los dedos de la mano derecha, si lo efectuaron por escrito? Y para que todos rehuyeran su contacto les grabaran en la frente este vocablo: CALUMNIADOR.

"Al homicida se le ocupa el arma con que delinquiró, ¿por qué no *ocupa* la lengua o la mano a quien las empleó para herir a un inocente? ¿No fueron esos los viles instrumentos de que alevosamente se valió? El calumniador es el verdadero Satanás. Caín, matando a su hermano, causó menos mal. Abel, ha sido exaltado por este hecho. El calumniador deshonra, y el que deshonra mata a un vivo que no se muere, para padecer mientras aliente, el virus que se le inoculó.

"Las mazmorras, los trabajos forzados y torturas, y el patíbulo no dan los efectos regeneradores que el castigo persigue.

"En las prisiones no se recluye el pensamiento y el preso aspira a romper sus cadenas, y como no siempre lo consigue, se desespera y odia.

"Si es inocente maldice a los que han tergiversado la *justicia*, por error o por maldad, en su contra; si culpable, maldice a la propia justicia que los aherroja.

"El primero llega a detestar a la sociedad que lo ha hecho su víctima, castigando en él los delitos cometidos por otros y hasta reniega de la Providencia que ha consentido en su tormento; el segundo exprime de su psiquis hasta el último destello de bondad que aún le restaba.

"La soledad que le permite la meditación sombría en su destino, las acciones relajadas de los demás,

recluidos y aun las malas intenciones que no llegaron a ser obras por imposibilidad material, extinguen todo lo bueno de esa alma doliente.

"El presidio es escuela de depravación, en el que sólo se encuentra un camino para la inteligencia torturada y en ese camino se aprenden las teorías del mal y se pierde lo bueno.

"El patíbulo tampoco llena el objeto. La pena capital acaba con el individuo y el castigo no busca en la del delincuente, sino su enmienda, y un muerto no puede tenerla. La muerte espanta a los cobardes, pero el malvado que siempre tiene su imagen ante sí, la desafía con cinismo, hasta con valor, no la teme. La idea de recibirla de un momento a otro le es familiar, y en cierto modo está resignado a recibirla. Lo cual prueba que para otros pícaros, la muerte de los criminales no será motivo de enmienda.

"Se objetará que, si no corrige, al menos separa el miembro gangrenado del seno de la sociedad, quitándole a ésta el peligro que ofrece, pero el sacrificio será inútil y desproporcionado si puede suplirse con otro que no elimine al individuo.

"A los toros bravos se les cortan los cuernos; a las víboras se les segrega la ponzoña suprimiendo las vejiguillas en que la ocultan. Esto indica que segregar o atrofiar el miembro o miembros de delincuencia, es el procedimiento aconsejado por la naturaleza.

"El pícaro impotente debe purgar su delito por las calles públicas. El que peca debe sufrir por donde peca. ¿Quién querría para sí la mutilación? La honestidad de costum-

bres se impondría como una fuerza insuperable. Los delincuentes de la honra, causantes de la tortura del inocente, señalados de alguna manera, no ofrecerían mayor peligro. Se les conocería demasiado y nadie daría crédito a sus imposturas, ni su testimonio sería admitido en ninguna parte.»

Calló Galdámez y esperó que el señor Malatesta le dijera algo, pero notando que no despegaba los labios, le preguntó:

—¿Qué le ha parecido?

—Que tu doctrina es sencillamente tan monstruosa, como absurda.

—Monstruosa, lo admito. Absurda, ¿por qué?

—Monstruosa porque sustenta la pena infamante de por vida.

—Y la pena a que sujeta el calumniador al inocente, ¿no es de por vida?

—No. El inocente se rehabilita tarde o temprano. El que ofendió obró guiado por un sentimiento irresistible: el odio, los celos, el deseo de vengarse, la misma envidia y en todo caso, sólo por su cuenta. El juez condena en nombre de la ley, de la moral, de la justicia, augusta trinidad en que se sustenta la sociedad.

—Dígame por qué es absurda.

—¿Qué se haría de los mutilados? ¿Los tomaría el Estado a su cargo o los abandonaría a su destino? Porque después de la mutilación quedarían impotentes para el mal, pero asimismo para trabajar y valerse y sostener a su familia.

Después de una corta pausa, prosiguió el abogado:

—La sabiduría humana, guiada por los impulsos del corazón, en cuyo seno se rinde culto a la filantropía, ha resuelto el problema. A los criminales se les tiene por enfermos y como tales, hasta cierto punto, como irresponsables de sus malos hechos. Sin duda la sociedad tiene culpa en sus crímenes; por haber descuidado su educación, por haberle propiciado los sitios de pecado, a los cuales, en vez de apartarlos, los empujó. La libertad es el bien máspreciado del hombre. Pues bien, el criminal es recluido en una casa de penitencia, sí; pero a la cual se ha procurado quitarle todo lo sombrío de la antigua mazmorra. En ella se le aísla y se ensaya a reparar la falta que sin duda lo llevó al descarrío, por lo menos que no lo retuvo en el bien. Es decir, que se procura darle educación y enseñarle un oficio o perfeccionarle en el que ya ejercía; hasta se le permite que practique las bellas artes, como la pintura y la música. La celda sólo le sirve para dormir. De modo que la soledad no puede pervertirlo, y ya en el día, el recluido lo pasa en el taller trabajando. La libertad absoluta es lo único que le falta.

Galdámez, que oía atento, dijo cuando hubo oportunidad:

—Pero los así castigados son los que han matado, robado o incendiado. A los malvados que calumnian, ¿quién y cómo les castiga?

—A esos, cuando la ley no los alcanza, los castiga la Providencia, hasta en sus hijos, aunque inocentes. Me hablabas de la naturaleza pues allí tienes al calumniador huyendo de su víctima, temeroso de su venganza, acosado por su tribunal interno. Y sobre todo la rehabilitación

del individuo ofendido, que es más frecuente de lo que parece, es también para él un castigo. El calumniador es un infeliz carcomido por la envidia, un enfermo del espíritu a quien lacera un virus implacable.

Galdámez tendió su diestra al hombre de experiencia y de ciencia y exclamó:

—Gracias. Me ha convencido; es más, me ha conmovido con la lógica de su verbo maravilloso. No soy rencoroso y cuando me han ofendido me he visto vengado sin que ni siquiera un leve deseo me animara. Romperé estas líneas con tanto ma-

yor gusto cuanto que el mal que se me deseó jamás me perjudicó sino de modo muy parcial. La Providencia se interpuso constantemente entre los malvados y yo.

Así terminó la consulta.

Cuando el joven periodista abandonó la casa de su sabio mentor se sintió reanimado; su espíritu embellecido con una luz espléndida.

Por la calle hizo pedazos el papel y se olvidó de lo que había escrito.

José Lino Molina



MARMOL DESNUDO

Mi mano con músculos de ofidio
arrastró sus propósitos impuros
y en el mármol de tus senos duros
sacudió su tristeza y su fastidio.

Fue un impulso de lúbrico suicidio
recorriendo, con pasos inseguros
curvas de luz y ángulos oscuros
con el símil lejano de un acridio.

El símil de un acridio en terciopelo,
con las alas abiertas para el vuelo
quedó cautivo entre tus muslos blancos,

mientras mi mano en un afán curioso
despertaba tu angustia y tu reposo
arrastrando su fiebre por tus flancos...

AGENOR ARGÜELLO

ROMANCE DEL ROMANCE NUEVO

En la última página de "Aventura",
libro de Juan Guzmán Cruchaga

Una fiesta de palabras
destrenza el azul del día
y un estuario de colores
remansa en paisajes lila.
Como un tropel de caballos
cien metáforas relinchan
y arrebatan con sus cascos
aromas a la campiña.
Romance nuevo, romance
oloroso a fruta pinta,
con madurez de colores
y pulpa de mieles rica.

Romance nuevo, muchacha
vestida a la moda antigua,
con doce siglos de falda
y vientra ubérrimo encinta;
labios de café maduro,
boca con sabor a piña,
cabellera de celajes
con alboroto de brisas,
caderas de curvas anchas
como una tromba marina,
tal de impetuosas sus ansias,
así de libre su brida...

Retozan vientos de espuma
bajo cielos de ceniza
y un horizonte violeta
envuelve al sol en su tinta;
las tardes se congestionan
sobre la noche tendidas
mientras asoman las alas
estrellas paracaidistas.
Romance nuevo, romance
con sinfonía de ruidos,
de imágenes saltimbanqui,
de grutas de agua tranquilas.

Canto de luz en el tiempo,
canción eterna en los siglos,
serenata en las ventanas
donde la luna deshila
con recuerdos desvelados
fiebres de romanticismo;
verso de estampas heroicas,
misas, secuencias y ritos,
sobre llanuras de ensueño
corcel de gracia y de brío
con que el cuello interroga
mientras el viento sus crines
en un tumulto con alas
despeina y arremolina...

Jinete tuyo, romance,
Guzmán Cruchaga me invita
a cabalgar sobre lampos
borrachos de sol de Chile,
a bebernos los crepúsculos
en un galope de silfos
y con cascos de luceros
quebrar los vidrios del día.
Dichoso Guzmán Cruchaga
que con lirios de espolines
hace piafar sus corceles
sobre una pampa de lises
mientras desangra poemas
con alma de vino tinto...

AGENOR ARGÜELLO.

Ahuachapán, El
Salvador, C. A.

Elogio de la Paz

“Si vis pacem para pacem”

Con los nervios deshechos por la pesadumbre que aflige a los hombres en esta hora de angustias y de zozobras, en que anda desatado el genio de la Destrucción y de la Muerte, quiero apartar por un momento mi espíritu del cuadro macábrico que hemos estado contemplando, para soñar despierto y andar de la mano con nuestra señora la PAZ.

PAZ, reina gentil: corre un velo sobre el escenario de fuego, y de sangre y llanto y destrucción y muerte, y tocada la hermosa cabeza con los carmines de la aurora, y vestida con la túnica de plata de los días de fiesta, y ceñido el noble talle con el cinturón de esmeraldas, calzados los graciosos pies con las sandalias de oro que el sol agradecido te obsequió un día, llévame de la mano por los jardines del Edén y cuéntame con tu voz argentina el idilio primero de nuestros Padres y enséñame la lección que han olvidado los hombres, y con tu mirada dulce alegre nuestros ojos, amargados con el amargor del llanto, y con tu lira de marfil entona un himno a Eirene, a la hija de Júpiter y de Temis, compañera de Venus y de las Gracias, a la cual cantó Píndaro como a una divinidad llena de benevolencia para con los hombres.

Alma Paz, regalo del Cielo a la Tierra, más dulce que el arrullo de la madre en torno a la cuna del hijo tierno y amado; refuta aquel sofisma maquiavélico que de niños nos en-

señaron como un axioma de prudencia humana: «Si vis pacem para bellum», y haznos ver que la verdadera sentencia para que reine la paz entre los hombres debe ser esta otra: «Si vis pacem para pacem». Enséñanos la lección de la destrucción de la guerra y de la reconstrucción de los pueblos sobre los cimientos incommovibles de la Justicia, del Derecho y de la Caridad.

Madre Paz, defiende ahora las fronteras de tu imperio y no permitas que los salteadores internacionales esclavicen a tus hijos, y asegura de una vez por todas el reinado de la Libertad y de la Justicia, y haz que vuelvan a florecer las artes nobles del espíritu. Festina la hora en que Marte renuncie a sus fueros y ceda el paso a Minerva, para que la Sabiduría vuelva a inspirar los actos de los hombres y no vuelvan a definirnos como el autor servil de Leviatán: «Homo homini lupus».

Santa Paz, generosa nutricia de la abundancia: vuelca de nuevo la cornucopia de tus dones sobre la tierra, aridificada por cien combates fieros, y manda a piadosos sepultureros para cubrir tantos despojos mortales que yacen insepultos y muestran aún el retorcimiento de sus miembros destrozados por la guerra inmisericorde. Desinfecta la atmósfera de tanto miasma y purifica el ambiente de la Tierra con las emanaciones perfumadas de tu ser y truce pronto en mensajeros de

amor las aves de acero que la tecnocracia materialista ha convertido en esparzadores de muerte; cambia, también, el ronco rugir de los «motores de la muerte» en dulce música de cuna y, sobre la tumba de la Iniquidad coloca la bella estatua de nuestro monumento central en su bellísima actitud de colocar dos coronas sobre las víctimas gloriosas que yacen allí sepultadas por la Perfidia.

Santa Paz, dadora de gracias y de bondad, generadora de dichas y de pueblos: bendice a los hombres de buena voluntad que aún desean oír de nuevo la canción de la Gruta de Belén y extingue en el silencio de los sepulcros el estridente chillido de los asesinos de pueblos, que ciegan cunas y abren tumbas para sepultar en ellas el cadáver de la civilización cristiana, y levantan horcas para colgar en el infamante patíbulo al noble representante del Derecho, clavado en la Cruz desde hace dos mil años por las iniquidades de los hombres.

Amante Paz, rica en amor y en caridad: haz que los hombres volvamos a oír aquel precepto nuevo que se oyó en el Cenáculo en la noche de la suprema Cena: «Amáos los unos a los otros como yo os he amado», y que de uno al otro confín suene el canto de las armonías divinas y el dulce concierto de tus hijos ahogue para siempre el cacofónico desconcierto de la Guerra. Amén.

Y ahora recordó uno de los coros de la comedia en la tregua que siguió a la llamada «Paz de Micías»: «Oh, verdadera Reina y diosa, santa paz, bajo cuyos auspicios se celebraban las danzas y las bodas! Recibe nuestras ofrendas sagradas. Míranos

como dama honrosa y generosa, descubriéndonos todo tu semblante, no como ramera que mira de soslayo y presenta sólo medio rostro...» (Aristófanes).

Justa Paz: no eches en olvido aquellas palabras que una noble dama salvadoreña ha escrito en la revista «Pro Christo»: «Las desenfrenadas pasiones de unos cuantos insensatos ávidos de poder y de gloria, han ahogado al mundo entero en los horrores de una guerra cruel e injusta, que cerca con férreo anillo de dolor nuestro agobiado espíritu». (Pro Christo, pág. 63 II-2). Festina, pues, Señora, la hora de tu reinado y ayúdanos presto a caer rendidos de agradecimiento suplicatorio a los pies del Cordero que quita los pecados del mundo: «Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere nobis». «Dona nobis pacem». Haz, Señora, que la humanidad, estremecida de dolor y de angustia, y horrorizada por los estragos del materialismo destructor (que ha concebido un sistema abominable de dominio mundial), vuelva los ojos hacia la Caridad compasiva para que nuestra Señora de la Paz devuelva a los pueblos la rectitud internacional y evite los repetidos y dolorosos fracasos de tantas Conferencias de paz que dejaron en sus conclusiones el germen de nuevas agresiones porque les faltaba el signo de la Redención; y evítanos, Señora, un nuevo derrumbamiento de otra Liga de las Naciones, que se ha venido al suelo como un castillo de naipes, después de haber hecho concebir tantas esperanzas a los corazones generosos, porque sus estatutos no tenían la divina semilla de la justicia cabal, y por eso no pudo resistir a la descomposición de las pasiones

que en su seno se recataban con regia munificencia. Amén.

Bendita Paz, fuente de abundancia, venero de progreso, mansión acogedora, oasis de refrigerio en ese desierto de espejismos desesperantes en que nos agitamos hoy: despliega tu manto imperial para cobijarnos bajo sus pliegues maternos y haz lucir nuevas auroras sobre la

Tierra y que un nuevo sol de justicia luzca sobre los pueblos y goce-mos todos de la abundante cosecha de tus bienes benditos. Amén.

«Regina Pacis,
ora pro nobis».

Dr. B. T.

San Salvador, marzo de 1942.



FRAGMENTO

(Para la Revista del Ateneo de El Salvador.)

Buen Campesino Salvadoreño:

No olvides que la vida en el campo ofrece grandes ventajas, fuera del aire libre y la bienhechora acción de los rayos del sol: proporciona una paz y una tranquilidad que viven envidiando las ciudades, con sus agitados tumultos, sus afanosas luchas y sus fáciles contagios de diversas enfermedades.

Piensa que tú puedes aumentar, con tu propio esfuerzo inteligente, tu felicidad personal y la de los tuyos, con solo aprender a aprovecharte de esas ventajas y de la ayuda que para ello pueden y deben prestarte los miembros de tu familia, animados por el interés común.

Empieza por hacer que tu casa, tu hogar, tu morada, sea cada día más abrigada, más limpia, más parecida a las hermosas residencias de pueblos y ciudades. El ideal sería no haberla habitado antes de que fuese digna de figurar entre las mejores del lugar; pero si tuviste que cometer

ese error, nada habrá de impedirte que le consagres tus empeños por perfeccionarla cada día, aunque tengas que solicitar el consejo de quienes saben más de esto.

Que sus puertas seguras, fuertes, sean una defensa contra cualquier amenaza que pudiera venirte de fuera; y las ventanas, bien protegidas por rejas de hierro, dejen entrar el aire libremente, sobre todo mientras duermes, para dar a tu respiración el regalo inapreciable del aire puro, constantemente renovado.

El cielo de las habitaciones o piezas, en cambio, que esté bien cerrado, para impedir la caída de polvo y de tantos bichos como abundan en el campo, especialmente en los lugares sombríos y sucios.

Todo esto lo puedes conseguir con tu propio esfuerzo, pensando siempre en ello. Si cada día te empeñas por conseguir una nueva perfección, aunque sea sencilla, al cabo del tiempo tendrás algo que desparatrá la envidia o mejor, el deseo de

imitación de tus conterráneos, a la vez que tu propio bienestar y la satisfacción que da el hacer bien las cosas.

Ten presente que el polvo es uno de los mayores enemigos de la salud. Hay que ayudar a evitarlo, haciendo las paredes y sobre todo los suelos bien lizos: las paredes repelidas, aunque sea con barro de buena clase, bien alisado; y los suelos, con ladrillos de cemento, comprados poco a poco, hasta completar los de cada pieza.

Entre tanto, riega de tiempo en tiempo el piso, a no humedecerlo demasiado y afirmalo por medio de un pizón de madera, golpeando con regularidad en todos los rincones y principalmente en los sitios en donde más transiten las personas. Esto sin olvidar el deber de poner el enladrillado lo antes posible.

El reposo es la mayor fuente de energías. Para recuperar las fuerzas, necesitas descansar con comodidad; necesitas muebles adecuados, que sin ser de lujo, te permitan a tí y a los tuyos gozar de ese premio bien ganado por los afanes de todos los días. Camas en las que el cuerpo no encuentre estorbos de ninguna clase: no importa que sean duras, pues así nos obligan a cambiar de posición con frecuencia y dejan circular bien la sangre, pero que no tengan irregularidades, ni hondonadas, ni movimientos y ruidos que vayan a interrumpir o intranquilizar el sueño reparador.

Asientos que bien pueden ser improvisados con troncos de árboles, con ramas retorcidas caprichosamente o aun con grandes piedras encontradas en los ríos. Y también las sillas, taburetes y «cucas», de la ciu-

dad, que se consiguen por poco dinero y pueden ser imitadas, sobre todo las últimas, con mucha facilidad.

Cuando vienen los niños y la casa se vuelve pequeña, sin que haya aún modo de agrandarla, te será fácil hacer camas afianzadas sólidamente en la pared, con escaleritas para subirse a ellas, baranda que impida el caerse y hasta su pabellón protector contra zancudos y otros enemigos de la salud y de la tranquilidad.

Si se dificulta fijarlas en la pared, pueden hacerse sobre cuatro parales bastante altos, con las ventajas de que así se construyen dos a la vez, una arriba y otra abajo y que se pueden colocar donde convenga. Hay que procurar una cama para cada uno y que los niños no sientan, ni siquiera vean las intimidades de sus padres.

Hay que prestarle cuidadosa atención a la cocina, en donde conviene que los alimentos se preparen con comodidad, con toda limpieza y a tiempo con las horas señaladas para las comidas. Mientras más fácil sea encender el fuego, conservarlo con la viveza necesaria y colocar sobre él los trastos en que se preparan los alimentos, mejor será, ya que las molestias e incomodidades son los peores enemigos del buen deseo de la mujer para cocinar y para tomar este oficio con decidida voluntad. Hay que conseguir los utensilios necesarios para acarrear, conservar y utilizar el agua, siempre limpia y fresca; para preparar y cocinar los alimentos; y también para que cada uno coma su parte con comodidad y limpieza.

Instalar la piedra de moler de tal modo que sirva con toda eficacia, siendo fácil quitarla y ponerla, para su limpieza minuciosa fuera de la

cocina, evitando mojazonas innecesarias. Tener mesas, repisas o tapexcos en donde asentar los trastos para servirse de ellos o colocarlos ordenadamente, cuando hayan servido y se encuentren de nuevo bien lavados, de modo que se ayude a cumplir esta divisa propia para todos y especialmente para el ama de casa: «Que en vuestra casa cada cosa tenga su lugar, cada negocio su tiempo». Todo hecho por todos y cada uno, «como debe ser», según su edad y sus capacidades.

En derredor de la casa, es preciso que construyas una cerca, tan bonita

como se te ocurra, como para decir a cuantos vengan de fuera, personas o animales: «De aquí no se puede pasar sin el permiso de los dueños». Dentro de la cerca, tan grande como sea el terreno de que puedas disponer, habrás de sembrar árboles, arbustos y plantas que sirvan de placer a tus ojos, de remedio a muchas de tus probables dolencias y de fuente valiosa de gusto y de refuerzo para tu alimentación.

M. Zúniga Idiáquez.

S. S.: Enero de 1.942.



La Educación Estética

La estética no es un patrimonio exclusivo de los artistas, como se cree generalmente; es, y debe serlo, patrimonio de todos

Lo Útil y lo Bello

La diferencia de apreciación en cuanto al concepto de utilidad en la belleza, ha hecho mucho daño a la educación de los jóvenes. Se dice que lo bello no es útil y es que en esto se piensa en una utilidad inmediata.

Spencer cree fundamental la ausencia de utilidad para comprender la teoría estética, y muchos tratadistas, Sergi, Guyau, por ejemplo, quieren delimitar lo bello de lo útil, proclamando la exclusión de lo útil en lo bello y viceversa.

Yo sostengo con Senet, el ilustre catedrático de la Universidad de Buenos Aires, que lo bello es útil mediatamente. Cuando se trata de educar —dice ese ilustre pedagogo— lo primero que se discute es la utili-

dad, el fin práctico que la educación persigue. Pero el fin práctico de la cultura estética es incidental, reflejo, *tiende hacia la formación de los sentimientos altruistas o sociales.*

Mas, qué alcance, qué sentido se le da corrientemente a la palabra útil? En la naturaleza, como afirmó Darwin, nada hay inútil. No puede serlo entonces lo que es fuente de salud y de regocijo interior. Los goces estéticos están unidos a la vida física como la sombra a los cuerpos: un hombre se proyecta tanto más cuanto mayor sea su receptividad estética.

Lo que es la Estética

Pero cabe una digresión para ponernos de acuerdo respecto de este término. A veces los problemas más

sencillos aparecen complicados por falta de acuerdo en el sentido de las palabras. Lo aprendimos de Confucio: «El día que los hombres se pongan de acuerdo en el valor intencional de las palabras, se habrán terminado los problemas».

¶ No siendo lo bello una entidad substancial no es tampoco una cualidad de las cosas; habrá que decir que la belleza no reside realmente en los objetos, sino en lo que de bello haya en nosotros para verlos.

Un mismo cuadro, un mismo panorama, puesto ante dos personas de distinta cultura estética, ofrece muy distinta porción de belleza. LO BELLO está, pues, en razón directa de nuestra propia visión, de nuestra propia cultura. Y si lo bello no está en las cosas sino en la manera como las sentimos, la estética no podrá ser una ciencia objetiva sino una rama de la psicología. Diremos, según esto, con Mario Pilo, que «la estética es realidad psicológica de lo bello». Y más claramente: la estética es el estudio psicológico de lo bello. Pero por estética no debemos entender solamente el arte de la belleza, así con esa vaguedad de la definición clásica. La estética es la cultura integral del individuo.

Puede haber estética en los modales, en la conversación, en la forma de estudiar, de vivir. Don Mauro Fernández, era, a mi juicio, el tipo del esteta: rítmico, armonioso en todo, en su pensamiento, en su vestir, en su gesto, en su cultura. Guardaba como norma la proporcionalidad en todo, y eso le trajo la brillante aurora de su vida, que fué útil y ejemplar.

Yo no diré que «no todos los momentos de la vida son propicios pa-

ra vivir los sentimientos estéticos» y que «a nadie verdaderamente de duelo se le ocurriría excitar sus sentimientos estéticos». Yo quiero ir más allá, los goces estéticos pueden sentirse aún en el dolor. La estética debe ser precisamente un medio para poner en armonía la vida, y no vamos a excluirla cuando más falta hace.

La educación estética debe determinar en el individuo una comprensión justa de la armonía del universo, desde lo más ínfimo hasta lo más grande: así mirará serena y armoniosamente lo que ocurre alrededor suyo.

La estética es armonía, como es armonía la belleza; y en ese sentido, la estética es un control precioso para el hombre, es un dios que vigila los impulsos y ordena con suavidad los sentimientos.

Importancia del Problema

Si la belleza es resplandor de la verdad como la llamó Platón, o símbolo del bien, como observó Kant, y la estética es el arte de lo bello, no debería entonces, materia de tanta importancia, tenerse en tanto descuido. ¡El bien y la verdad, nada menos en su más pura y honda manifestación! ¡Consortio feliz, dualidad magnífica que no sólo determina la verdadera obra de arte, sino también la vida del hombre en lo bueno y en lo bello! Porque también la vida de un hombre como el mármol para un escultor, puede ser motivo para una creación estética.

«Hagamos de nuestra vida una obra de arte», aconseja Maeterlinck.

Luego, se comprende la importancia que implica el problema.

La educación es un proceso de desenvolvimiento individual y nada más propicio para ese desenvolvimiento que la cultura integral, que es lo que se adapta al organismo con más propiedad; sería completa esa cultura si se completara igualmente la educación intelectual, física, estética y moral. Esto es, el desarrollo de la inteligencia, del cuerpo, del sentimiento y de la voluntad.

En Costa Rica sucede algo que es doloroso: el maestro olvida a veces que en el niño se reflejan los pensamientos, las palabras, los actos suyos.

¡La impresión que hará en un joven un profesor grosero y violento! La pobre idea estética que se llevará ante ciertos actos! Luego, el vocabulario del profesor para corregir sus alumnos.

El lenguaje del maestro moldea el del niño, y sólo por una gran fuerza creadora individual puede el joven sustraerse a su influencia. (*Recogimiento* de Sotela. pág. 45).

Otro punto esencial que cabe tratar aquí: *la simpatía*:

He notado que en general no se procura el acercamiento entre profesores y alumnos; y así no es posible que haya verdadera educación.

La simpatía es lo primero que debe despertarse en los jóvenes, por la comprensión y el interés hacia la persona que les habla. La influencia personal del profesor, cuando éste lo es verdaderamente, es un gran auxilio para el estudio. De allí que se considerará sagrada la misión del maestro en otros tiempos.

Taine, maestro de estética, da esta conclusión preciosa:

«Le goût a pour source la sympathie et pour que' un objet experssif nous

agrée, il faut que son expression soit conforme a notre état moral».

La enseñanza debe ser atractiva. Además, ha de conformarse con aquel precepto de Goethe: «El espíritu humano no recibe nada que no se le adapte». Tacto necesita el profesor para hacer amable la vida del estudiante y no dejarle una visión antiestética de la escuela; si censura sus aptitudes, si corrige con dureza sus errores, si hace vana ostentación de su superioridad, herirá en su amor propio a los jóvenes y además perderá su estimación y su entusiasmo».

Todo ocurre, pues, al conjunto de una educación estética: modales, carácter lenguaje, comprensión, tolerancia, fe.

Medios

Todos los individuos son propicios a las reacciones de carácter estético. Pero debe comenzarse por algo: llenemos el ambiente escolar de un poco de espiritualidad y de alegría; que Ariel vuele sobre el espíritu del colegio y no sea Calibán quien rastree en los rincones de las aulas...

Cantos, paseos, lecturas especiales, juegos, etc. etc. Yo declaro con pena que en algunos colegios de segunda enseñanza no he visto un cuadro para deleite de los jóvenes. ¡Un Colegio sin un cuadro! Y es que, como tan propiamente dice el profesor Romano Muñoz, de los colegios de México, «Se ha hecho hasta aquí un gran hincapié, casi exclusivo, para la educación de la inteligencia; se presta algún interés a la educación de la voluntad, pero se ha descuidado totalmente el cultivo del sentimiento. Y sin embargo, qué

fuente de virtud y de trabajo es el sentimiento.

Creo, por ejemplo, que debería castigarse igualmente al alumno por faltas a la nobleza de sus sentimientos. Tener como graves faltas la hipocresía, la deslealtad en los compañeros, la mentira.

Así se construiría el carácter, eje central de la vida de un hombre y que, por cierto, no se hace admirar en la generalidad de los individuos.

Aconsejan los más avanzados pedagogos que «en la enseñanza secundaria, la educación estética debe ser integral; procurando hacer sentir la parte bella de cada actividad, de cada asignatura». Y ésa es la base fundamental de todo aprendizaje: que se despierte simpatía en el alumno por la asignatura que va a conocer. Se comprende que si el aprendizaje se realiza en una forma más agradable, se aprenderá mejor y más rápidamente.

Esto se acomoda bien a la *teoría del menor esfuerzo*, tan deseable para las labores de escuela. Y como «la educación racional de todas las aptitudes del sujeto es el medio de educación estética general, entonces será una forma para llegar a la consecución de la cultura integral, ya que *sin una amplia cultura previa no puede haber producción magna*.

La producción magna, pues, está en relación directa con la educación integral y ya sabemos que ésta es el medio más eficaz para *el cultivo y desarrollo especial de determinada categoría de sentimientos estéticos, es decir, para la educación particular*.

No olvidemos, de paso que Mercanté en su *METODOLOGIA ESPECIAL DE LA ENSEÑANZA*, tiene siempre muy en cuenta como

factor esencial el cultivo del gusto por la asignatura de que se trate, esto es, el cultivo de la estética intelectual.

Por otro lado debe estimularse la vocación. En este sentido, no debe creerse que solamente sea propicio el sujeto que tiene inclinaciones artísticas, como aconseja Senet, debe considerarse la aptitud de los que tienen afición por los trabajos manuales, por actividades fabriles, industriales, científicas». Y es que sólo se considera el arte como fuente de reacciones estéticas siendo como es *que la más rica fuente de goces estéticos es la naturaleza toda, en las múltiples actividades que comprende*.

Resumen

El filósofo griego, que fué maestro de estética, nos dice *que el alma se eleva al bien por lo bello* y justifica esta frase profunda el principio de que la ética no es sino una prolongación de la *estética*.

Dos son los factores fundamentales que intervienen en la formación del sentimiento estético: la herencia y la educación. Pero si las predisposiciones naturales no concurren propiamente en un individuo, debe estimularse en él la adaptación, esto es, la cultura estética. Tanto mejor, se comprende, si ambas posibilidades obran en un mismo sujeto.

Podemos afirmar que los sentimientos estéticos son educables como es perfectible el hombre. La influencia de la educación es indiscutible como factor esencial, sea ella individual (espontánea, autoeducación) social (refleja) o escolar (sistemática) *Porque el desarrollo del sentimiento estético implica el de las actitudes generales*.

Luego, estimular los sentimientos estéticos implica un estímulo de la cultura general del individuo.

Para conseguir una cultura estética deberá realizarse una educación gradual.

En este sentido pueden consignarse estos

Puntos de Sugerencia

Pasa el desarrollo de la aptitud estética mediante ejercicios prácticos.

a) *ejercicios manuales:* escritura, dibujo modelo.

b) *ejercicios físicos:* movimientos regulares, en grupos, individualmente, cantos, marchas, etc. etc.

c) *educación de los sentidos:* cultivo especial del campo sensorio: auditivo muscular, gustativo, olfativo, visual.

d) *cultivo de la observación:* con-

cepción, serenidad.

e) *cultivo del gusto por asignatura:* utilidad y aplicación de la asignatura (acuerdo de lo bello).

f) *ejercicio de la educación estética en todas las asignaturas.*

g) *clases especiales de orientación estética:*

No es posible, dentro de la limitación a que debe ajustarse este trabajo exponer ampliamente materia tan compleja y de tan singular importancia.

Sirva este esbozo como principio para un posible trabajo que puede hacerse y tengamos todos la convicción de que lo estético **NO ES UN PATRIMONIO EXCLUSIVO DE LOS ARTISTAS, ES, Y DEBE SERLO, PATRIMONIO DE TODOS.**

ROGELIO SOTELA.



Ante la Purísima de Murillo, del Museo del Prado de Madrid

✠

✠✠

Juntas las manos, dulce, pudorosa,
entre nubes, con túnica nevada
y manto de zafir, brillas hermosa
como una flor de ensueño inmaculada.

Oro es tu suelta cabellera undosa;
aureola el sol tu frente venerada;
querubines te escoltan y graciosa
es tu escabel la luna plateada.

Visión de luz, de encanto, de armonía:
no se cansan mis ojos de mirarte.
Tú arrebatas de amor el alma mía.

¡Feliz pincel que supo realizarte!
Si tu imagen, Señora, me extasia.
¿qué sentiré en el cielo al contemplarte?

ADIOS A PARIS

✠✠

Del sol poniente envuelta en los reflejos
despareces, ciudad encantadora.
El tren marcha veloz... Ya quedas lejos.
Tu figura gentil ya se evapora.

Mas aún te contempla entre bosquejos
de nácar, mi pupila escrutadora.
¿Será ilusión?. De un lago en los espejos
miro flotar tu imagen seductora.

Adiós Reina ciudad de águilas nido,
de progreso y de luz fuente fecunda.
¿Quién puede sepultarte en el olvido?

La gloria de esplendores te circunda.
Ya en la áurea lontananza te has perdido
y una ola de pesar mi pecho inunda.

R A F A E L F . C L A R O S



DE EL SALVADOR

UNOS OJOS

*Unos ojos..... Claros eran. El fulgor estaba en ellos
cual la lumbre está en el astro. Con sus vívidos destellos
hasta el alma me llegaron como flechas penetrantes.
Otros ojos tan radiantes
yo no he visto como aquéllos.*

*Unos ojos..... Puros eran. La pureza estaba en ellos
cual la albura está en el lirio. Ojos puramente bellos
que en mi espíritu ideales engendraron, de nobleza.
Otros ojos de pureza
yo no he visto como aquéllos.*

*Unos ojos..... Dulces eran. La dulzura estaba en ellos
cual la miel en los panales. Ojos dulcemente bellos
que de amor me arrebataron y encendieron mi ternura.
Otros ojos de dulzura
yo no he visto como aquéllos.*

*Y los ojos fulgurantes de dulzura y candor llenos
que en mis sueños he mirado y han herido el alma mía,
no son ojos, no, terrenos.
Son los ojos celestiales de la Reina encantadora:
son los ojos de María.....*

*¿Cuándo, Virgen madre excelsa, llegará la ansiada hora
en que vuele a tu regazo y me arroben los destellos
de tus ojos divinales dulce y puramente bellos?*

A María Inmaculada

(Junto al Lago de Coatepeque)

*Cuando surgiendo el sol, bello esclarece
del aún dormido lago de tersura,
tu imagen a mis ojos aparece
radiante de bondad y de hermosura.*

*Y cuando el astro pone fin al día
las ondas matizando de oro y rosa,
te ve mi soñadora fantasía
divinamente virginal y hermosa.*

*Te ve como una estrella, fulgurando;
como visión de luz, inmaculada,
ir por el lago azul lenta pasando
en góndola por ángeles guiada.*

*Siempre te ve, que Tú eres para mi alma
lo que para la flor es el aroma.
Ritmo es tu nombre de celeste idioma;
manantial es de amor, fuente de calma.*

*Tus ojos más radiantes que el lucero
arroban al mirar; tus labios rojos
al clavel dan envidia. El mundo entero
te alaba prosternándose de hinojos.*

*¡Oh Marial: mi gloria es siempre amarte.
Por tí mi alma sin cesar suspira.
Feliz soy, muy feliz al enlazarte.
Tuyo es mi corazón, tuya es mi lira.*

R A F A E L F . C L A R O S .



Hora Cultural de Radio del Ateneo de El Salvador

Comentarios Sobre Poesía

Por B. F.

Hay un campo espiritual de horizontes infinitos. Sus selvas vírgenes han sido holladas apenas por unos cuantos exploradores atrevidos. Sus espesos follajes lo salvan de invasiones profanatorias. Su exuberancia lo escuda contra el imperialismo invasor de las medianías. Es impenetrable porque no puede abrirse al solo influjo del deseo. Ese campo es el de la Poesía Trascendente.

No sólo porque versifica, mide, rima y canta, el poeta va cruzando con su simple sagacidad las silenciosas y augustas latitudes. No porque sabe partir sílabas y localizar acentos, y talvez encantarnos con melodías superficiales, va el poeta rompiendo el espesor y auscultando el gran latido del corazón del mundo en la remota oscuridad de sus arcanos. No por todo eso, sino porque una omnipotencia espiritual lo im-

pulsa por las elevadas rutas del sentir.

¡Poesía! ¡Campo espiritual y selva virgen de la remota y vastísima inquietud humana, donde Homero cazó el poético ensueño de sus negras noches iluminadas con quimera; donde Virgilio y El Dante contuvieron, el uno, la dulzura hiblea de su verbo, el otro, la ardiente figuración de sus imágenes!

Exploradores de lo infinito, los poetas, más cerca o más lejos, más alto o más hondo, los más sublimes van encauzando en el arroyo de la palabra el eterno cantar de la humanidad que sufre; los más egoístas van diciendo su dolor o su ansiedad imprecisa, sus amores sin consuelo, sus aberraciones, sus morbosidades o su eterno vagar por el desierto de la vida.

Dejando los cantores preciosistas del Siglo de Oro, cuya firmeza moral

no tuvo los alcances de su maestría en la forma; olvidando por un momento la indiferencia humanitaria de Fray Luis de Granada, y la ternura afligranada e intrascendente galanura de moda, de Lope de Vega; olvidando por un momento el efectismo gongorista —caracterizado ahora en renaciente estilo modernista— de aquellas épocas yacentes, vengo para América, nuestra divina América virgen, donde la Poesía, esquivando la plataforma de un preciosismo maduro, ha adquirido la tierna y jugosa gracia del lenguaje nuevo, que se repite en el rumor de las cuencas y en la tersura de los céspedes, que se diluye en «leche de lirios» y se sienta ufano en los cimientos profundísimos de las emociones vírgenes del Nuevo Mundo.

Omitiendo con nostalgia las zonas ubérrimas de la poesía mejicana y las no menos ricas y encantadas florestas poéticas suramericanas; omitiendo también con cariñoso respeto el área donde se extiende la actual poesía centroamericana, presento una personalidad lírica, salvadoreña, contemporánea de nuestra inquietud deportista. Esa personalidad corresponde al joven poeta HUGO LINDO.

Existen dos clases de pensadores

en poesía: los preclaros, que sienten el tormento de pensar por la humanidad y para la humanidad, y, en constante olvido de sí mismos, sacrifican fama y vanos elogios a la satisfacción que les procura su fervor poético, ungido de vocación y de altruismo.

Existen los otros, que se contentan con la recíproca adulación periodística, que riman y riman, o dejan el ritmo y la rima clásicas para deslizarse sin freno inteligente en el declive de las formas vanguardistas; que, tras de sus inspiraciones forzadas e intermitentes, dejan percibir, a quien gusta de la calidez genuina de la transmutación espiritual, los enormes vacíos pletóricos de egoísmo, la superación adorativa de sus propias cualidades.

Los maestros, más que nadie, tienen el deber de seleccionar para la nueva juventud esa poesía fecundante que enlaza el pasado y el porvenir.

Este Comentario sobre Poesía se referirá especialmente al que anunciamos, poeta de fuerza espiritual intensa, que se inicia en una vasta obra emocional, en forma orientadora, firme y definida:

HUGO LINDO, en su poema bíblico,

Génesis

Con silenciosa delicadeza, entra narrando el Principio. Como la Biblia, advierte: «En un principio, Dios creó al mundo»..... Un poco débil, se ini-

cia el poema fluyente en una fibia ternura, que levanta el espíritu con una preciosa figura, en los dos últimos versos de este soneto:

I

Las tinieblas estaban sobre el haz del abismo,
la tierra era tan sólo palabra sin esencia;
y todo lo disímil llegaba a ser lo mismo,

un soplo y un vacío y una sombra silenciosa.
 Las tinieblas estaban orando en el mutismo
 bajo el palio de un cielo de fatal somnolencia.
 La sombra preparaba su rojo cataclismo,
 conspirando a la orilla del mar de la violencia.
 En tanto, en suave roce de túnica o de ala,
 sobre una linfa mórbida que en el mar se resbala,
 Jehová arrullaba el verso que habría de escribir
 y urdía un argumento de luces impolutas
 para prender del cielo como gajos de frutas
 en una fiesta loca de plata y de zafir.

*

Luego alcanza mayor altura en su inimitables figuraciones, y se mantiene segundo soneto, que arranca de la vaga dentro de los límites rigurosos de la ensoñación del primero, y luce en él idea general.

II

Sobre el haz de las aguas, sus pupilas tenía
 como copas —absortas en la paz de las radas—
 y si la vaga niebla de la sombra existía,
 era porque El tenía las pupilas cerradas.
 En los pliegues tranquilos de su voz escondía
 el embrujo inefable de los cuentos de hadas,
 y así, cuando Dios quiso la luz azul del día,
 fulgieron en la sombra sus pestañas calladas.
 Y apartó con sus manos sedeñas, la profunda
 tiniebla, de los cielos en que la luz se inunda,
 y dió un nombre al milagro luminoso del verso
 mientras hacía la noche de un ave silenciosa,
 los astros reventaban su ternura de rosa
 como beso en la frente blanca del Universo.

*

Con el tercer soneto entra vigorosa-mente en el cuerpo del poema, sin que el ritmo decaiga ni la inspiración lan- guidezca. De este soneto en adelante, la inspiración enciende sus galas para enjorar una poderosa ideación.

III

Hacia entonces había dos mares infinitos:
 las aguas celestiales y las aguas profanas
 en ondas imposibles celebraban sus ritos,
 comulgando en la espuma clara de las mañanas.
 Siempre dijeron juntas las misas de sus gritos,

se ungiéron siempre al mismo tañer de las campanas,
 una arena arrullaba sus ensueños benditos
 y un céfiro peinaba sus dos trenzas hermanas.
 Pero Jehová las quiso separar, y una tarde,
 hacía donde el crepúsculo de las montañas arde,
 hizo un extendimiento de claros misticismos
 y a las aguas profanas hechas carne de bruma
 dió su nido de arena, concha nácar y espuma
 con un blancor de velas y un vértigo de abismos.

*

Una voz profética suena con profundidad de marea en el cuarto soneto. Parece que el poeta, en su huida triunfal hacia la metafísica de su divina previsión, toca lo sublime. Al pasar al quinto soneto se siente la transmutación que el milagro del verso vivifica y pinta con luces crepusculares. Aquí el lector podrá reverenciar con gratitud el regalo talentoso de tres figuras con médula de oro, que se sienten nacer en la cima de la inspiración.

IV

«El milagro del germen perpetuaré en la tierra
 preñaré la simiente de un afán... ..de un anhelo!
 Se han de cubrir de verde la colina y la sierra
 y estirarán los árboles sus brazos hacia el cielo.
 La selva sabrá entonces la confusión que aterra
 cuando Babel es cúmulo de escombros en el suelo.
 Será el bosque anticipo de ambiciones en guerra
 y en su bravo desorden nacerá el desconsuelo.
 Surja la hierba y broten los rumorosos pinos
 como nota espectral en los largos caminos;
 alcen todos los árboles sus brazos anhelantes
 porque Babel despierta de la sombra, y advierte
 que no se alcanza el cielo sin pasar por la muerte,
 que las manos se queman en los astros distantes!»

V

Así dijo, y la tierra se tornó en esmeralda:
 una esmeralda loca de horizontes lejanos
 con pinos en la testa, con yerbas en la falda,
 con el anhelo eterno apretado entre las manos.
 Vino desde muy lejos un crepúsculo gualda
 y tendió sobre el cerro sus sueños franciscanos.
 Cuando llegó la aurora, donde él tuvo su espalda
 florecía el aroma de rocíos serranos.

Y se tiñó la tarde de campánula y yedra
 que bordaron el traje verde azul de la piedra,
 se confundió la lengua del viento, y su silbido
 fué despertando frondas color de prisma brujo,
 y otoño fué en la selva como el flujo y reflujo
 de un silencio apagado y de un bullicio encendido.

*

En el séptimo soneto oiremos cómo canta un poeta en tímbrados alejandrinos. Los que habéis gustado en profundo grandes poemas en alejandrinos, habréis notado el señorío del ritmo, algo así como un noble y acompasado galope de grandes anhelos contenidos por la marcha frenada en las propias vértebras del verso. En verdad, el alejandrino tiene unas vías propias para la inspiración más elevada; unas vías ilimitadas, singularmente encauzadas para lanzar por ellas el corcel impetuoso de la más ardiente inspiración. Oíd deslizarse con sublime efervescencia el estro de Hugo Lindo al describir la Creación, cuando el Universo aun se amamantaba con misterio en la cuna de los tiempos:

VI

Aun faltaban al cielo dos rojos luminares:
 para alumbrar el uno las horas de fatiga,
 para encender el otro la plata de los mares
 con la rúbrica rútila de una estrella mendiga.
 En el silencio espeso de combas estelares,
 bajo el suplicio oscuro de la Nada enemiga
 serán círculos rojos de fiestas singulares
 con sólo que El lo piense, y aunque jamás lo diga.
 Sombra para la angustia de los poetas. Santa
 leche de firmamento dará la luna pálida
 y ala para el milagro que rompe la crisálida
 cuando el dolor se acendra sobre el amor y canta.
 Sombra para la angustia de los poetas. Trino
 que extenderá su escama de plata en el camino.

VII

Es la noche sin luna como un jarrón sin flores,
 como un jardín sin brisa, como un dolor sin llanto.
 Es como si faltara la novia en los amores,
 la tristeza a una lágrima o la emoción a un canto.
 Noche de terciopelo por cuyo negro manto
 discurrieron vestidos de luto los temores.
 Noche madre del Caos, hija del Desencanto,
 patio de vientos recios y oscuros surtidores.
 Huele a ciprés y a mirto. La tragedia es fragancia

y hacia los cuatro rumbos de una fatal distancia,
bajo sus alas téticas: ala Norte, ala Sud,
se estremece un suspiro que parece lamento
y un cósmico responso viene rezando el viento
por la noche sin luna, que es como un ataúd.

*

Y la inquietud de Dios por la suerte de Adán se presiente en el octavo soneto. En estos catorce versos la forma adquiere bellissimo ropaje, y la hondura del sentir poético es insondable. Oíd el golpe final, la parada de luz, como un lanzamiento irresistible del espíritu a través del Sol. En este momento, el poeta concluyó para los mortales una rampa en el firmamento, y rubricó en las Pléyades, más allá del dolor y de la ansiedad.

VIII

Presto sobre la tierra virgen se marcarán
pasos desconocidos, nunca soñadas huellas;
pero sería triste cuando viniese Adán
que no hubiera en la noche palpitación de estrellas.
¿Qué sol dirá en su frente la conquista del pan?
¿Cuál tostará su rostro con las sombras más bellas?
¡Cómo sería absurda la vida del titán
si no hubiese una luna para alumbrar doncellas!
Y vió Dios que la tierra se encontraba inmadura
sin flor para los tristes ni fanal de blancura,
y al levantar su diestra de poder inaudito
que desprendía efluvios de aromas milagrosos,
surgieron los dos rojos panderos luminosos,
se abrieron las pupilas de luz del infinito.

*

Y en los tres últimos sonetos, la divina faena de crear al hombre es descrita con pinceladas ardorosas. Aquí el alma del poeta se convirtió en idioma. La luz primera del mundo, iluminando la mente del pensador, polarizó su formento en torno del ser humano, y, creándolo de nuevo, lo lanzó al mundo lleno de humildad y de fe, de candor y de virtud.

IX

Obedeció a sus manos el barro humedecido
y bajo la sorpresa de sus dedos creadores
se modeló el secreto que arrancase al olvido
aquel Artista pleno de blancos resplandores.
Luego un silencio...un sople con madurez de fluido
y el alma que brotaba como eclosión de flores!
El barro de la Nada se hallaba sorprendido!

Aun estaban manchados los dedos escultores!
 Y fue su propia imagen, cual si lo hubiera hecho
 volcando en una copa la angustia de su pecho.
 Alfarero divino, que posando descalza
 su planta milagrosa sobre la dura arcilla,
 quiso ensalzar la santa materia que se humilla
 y humillar la orgullosa materia que se enzalza.

X

Polvo de los caminos formó su carne: arena
 de la que tuesta el torso de todos los desiertos
 y fulge en espejismos bajo la luna llena.
 Arena...polvo...arena... ¡La carne de los muertos!
 La carne que pisamos en la ruta serena,
 la carne que bruñimos en caminos inciertos,
 la carne que marcamos con la huella morena
 de la sandalia errante que no conoce puertos.
 Esa formó sus músculos de barro peregrino:
 la más sumisa cosa de todas las sumisas,
 la que duerme sus sueños al borde del camino
 bajo el auspicio fúnebre de noches indecisas.
 ¡Pero el barro está ungido por el soplo del cielo!
 ¡Están llenos los odres del zumo del anhelo!

XI

Soplo de siete días formó su esencia. Aliento
 que se engendró en el Caos, prepotente y creador:
 hálito que surgiese del Magno Sentimiento
 apresado en los labios de Dios Nuestro Señor.
 Soplo de siete días formó su esencia. Viento
 que transitó en las rutas del Poder, del Amor,
 y fue en el tosco barro como un presentimiento
 del connubio inefable del perfume y la flor.
 Arcilla, loca arcilla que ha sabido encenderse
 como lámpara rútila, con un pabulo rosa.
 Arcilla, loca arcilla cansada de esconderse
 como una espuma inútil, como una humilde cosa.

¡Ya muchos siglos antes que Icaro naciera,
 al barro le han brotado sus dos alas de cera!

San Salvador, 26 de enero de 1942.

ANTINOMIA

La vida humana, al fin y al cabo, sólo se resuelve en órdenes de creación y contemplación. La ciencia, la filosofía y el arte, caen dentro del primer dominio y la Religión dentro del segundo. Queremos, actuamos y sentimos: nada más. No podemos, por ahora, hacer más. De nuestra estructura mental (procesos y contenidos) nacen Ciencias y Filosofías; y se forman así mismo (procesos de emoción y contemplación) las Religiones y el Arte.

La Ciencia y la Filosofía usan casi por entero, procesos intelectivos: poco es lo que les interesa más allá de sus premisas de realidad tangible en la una, e inteligible en la otra. Crean, sí; pero ello no sale del corazón, aún cuando pueda llegar a él. Cuando, por ejemplo, la Filosofía invade el terreno artístico, lo hace por medio de fríos cuestionarios, más o menos como éste: la Belleza reside en el objeto? La Belleza reside en el sujeto? Reside la Belleza en una interacción, o en una relación de los campos objetivo y subjetivo? Dónde está la nota de toma de posesión: en el objeto? En el sujeto? La Belleza es una esencia estimativa a priori, o no lo es? Es la Belleza, de la esfera del Ser? Cuáles son entonces, sus relaciones ónticas? Es la Belleza, de la esfera del Valer? Cuáles son, entonces, sus proyecciones, en cuanto a fin?

Más: le interesa esto a un artista? Lo más probable es que no. Y hace bien. La misión del artista es crear siempre, dentro de los cánones particulares de su capacidad creadora. Que la filosofía resuelva sus incógnitas; que averigüe lo que es la Be-

lleza y a que esfera pertenece: magnífico: mientras tanto, todos los artistas del mundo y desde todos los tiempos, han estado manejando esa cosa que la filosofía mira con distintos lentes; y todos, todos, de la misma manera. La Filosofía cree que el Arte no conoce su objeto, si antes no define su valencia propia y hace lo posible por ayudarle. Pero lo que sucede es que el Arte no habla con juicios formales ni juicios lógicos; sus juicios llevan las características de lo emocional: Da un cuadro, una sinfonía, un verso, que ante todo son aprehendidos como notas estimativas. La Filosofía es una creación de orden espiritual que regula el acontecer anímico hacia normaciones de carácter prácticas o teóricas. Es por tanto, panorámica. Pero la Filosofía no hace artistas. Nada se opone, naturalmente, a que un artista, sea también un filósofo. Sólo que el artista en sí, lleva otros rumbos: la creación artística pertenece al orden de la estimación valórica y no al orden de estimación lógico. De lo que sí debemos estar seguros es de que la Filosofía es un gran ayudante: sólo lo que es en igual forma para cualquier aspecto humano.

La Ciencia le da al Arte un aporte grande, esto es indiscutible. Le da direcciones fijas; no precisamente con el propósito de que sean tomadas esas direcciones, sino con la idea de fundamentarse ella misma. Pero al fin y al cabo, el Arte se sirve de ellas; ¿no se prueba esta premisa con su propia historia? ¿No salieron, acaso, los Apolíneos, de la Ciencia Griega? El afán científico, el afán geométrico del Griego, se imprimen

claramente en sus estatuas y columnas: lo simétrico, lo circunscrito, lo perfecto, es un afán netamente apolíneo. Y lo Dionisiaco: ¿no es acaso una franca huida de la clásica perfección de lo naturalmente hecho? El arte Dionisiaco, es para lo Apolíneo, lo que la técnica para la Ciencia. En efecto: esta es una popularización aplicada de la Ciencia pura; un llegar a lo esencial y práctico; un destruir lo supérfluo; un mantener solo el mecanismo. Pues lo Dionisiaco es un estar más en lo estructural; un manejar más sólo la idea; un desnudar de formas y adornos inútiles. La esencia la da una línea, una nota o una palabra: hace síntesis de síntesis.

Al Arte Apolíneo es más fácil de ser dado, por la misma razón de ser más dada la geometría Euclídea. En efecto; Euclides es y será siempre el interpretador de la naturaleza que ve el hombre ingenuo. Y pese a Rieman y Lobachewski, Euclides será siempre el hombre que le dió valor matemático a la visión de todos: el de la geometría por excelencia popular. Pues el Arte, en una de sus corrientes, lleva también esa característica: Le importa tanto la esencia como la forma; sólo que en lo Apolíneo se da preeminencia a lo segundo y en lo Dionisiaco a lo primero. Por eso el uno es analítico y el otro necesariamente sintético. No obstante, ambos son parte integrante de un todo indivisible: LO BELLO. Pues bien; lo Dionisiaco, al dar preferencia a lo esencial artístico, antes que a lo formal artístico, se coloca en un terreno más difícil: por eso no es, en su expresión, igualmente aprehendido por todos. Sin embargo, las dos formas se compensan: y tan valioso es lo uno como lo otro.

Lo Apolíneo es más formal que esencial; lo Dionisiaco más esencial que formal. Lo mismo que en el caso de Rieman y Lobashewski con Euclides, pese a Marinetti o Picasso, Goya y Velásquez, Leonardo y Van-Dyke, valdrán siempre como más populares, porque son más inmediatamente dados.

La Filosofía pues, lo único que honradamente puede hacer por el Arte, es prestarle sus formas críticas, pero nunca guiarlo; darle una interpretación direccional, pero nada más. Puede, naturalmente, lo artístico, enrolarse como un movimiento filosófico; sólo que desde ese momento ha perdido su expresión propia.

La Filosofía, dentro del Arte, actúa como absorbente y le hace extraviar su terreno. En cambio, el Arte como tal, puede llegar a ser una filosofía de lo trascendentalmente artístico, sin perder su personalidad, de la misma manera que la Ciencia hace también filosofía. Pero la relación inversa no es posible: la Ciencia quería llegar de las elucubraciones al laboratorio y el Arte quería arrancar primero relaciones ópticas y después colores.

Entre la filosofía y la Ciencia, como lo hemos visto ya en renglones anteriores, esta última es más útil para el arte. Sus relaciones son más naturales, por cuanto ambos se interesan por los mismos planos: la una, reduciéndolo todo a ponderabilidad; el otro a emotividad expresional.

Pero conviene no olvidar nunca esto: Ciencia y Filosofía salen del cerebro y pocas veces llegan al corazón. En cambio el Arte, sale de allí precisamente, como la hermosa flor del sentimiento HUMANO.

M. L. Escamilla.

PLATICAS POR RADIO

El Ateneo de El Salvador, tiene cerca de treinta años de realizar esfuerzos en favor de la cultura salvadoreña. Y estos esfuerzos bien o mal dirigidos, han tenido siempre un propósito generoso: el de contribuir en su aspecto espiritual, al progreso de múltiples manifestaciones que como una necesidad imperiosa sienten ya nuestro pueblo.

Hacer Arte, Ciencia y Literatura nacionales, es una tendencia máxima en el programa de actuaciones constantes del Ateneo. Y a tendencia tan patriótica por lo desinteresada y noble, responden sus particulares empeños por hacer llegar a la conciencia del país, mediante los diversos vehículos de la palabra como la Radio, la Cátedra, la Prensa, etc., las expresiones del pensamiento literario, artístico y científico palpitantes en el mundo, con el cálido anhelo de despertar en el espíritu de nuestro pueblo cariño y devoción por las obras regeneradoras del entendimiento.

Universalmente reconocida es hoy la eficacia de las pláticas culturales transmitidas por Radio, razón por la cual el Ateneo ha organizado estas difusiones periódicas, que con más o menos regularidad, han venido sucediéndose desde hace más de un año.

Esta noche hemos tenido la suerte de obtener, para honra y prestigio de nuestras labores, la valiosa y gentil colaboración de la ilustre educadora salvadoreña, señorita Elena Echéverz, mentalidad fuerte y bien cultivada; alma en perpetua floración de entusiasmos redentores y voluntad firme y tesonera como lo fué el

corazón de los santos y de los apóstoles.

Por mi parte, y para cumplir el encargo que el Ateneo ha confiado a mis modestas capacidades, me permitiré expresar algunas breves consideraciones personales sobre la idea y el sentimiento de Patria.

Un Diálogo de Platón

Entre los diálogos de Platón, artística maravilla del pensamiento humano, sobresale singularmente el diálogo que Sócrates condenado ya a muerte por los jueces atenienses, sostiene con su discípulo Critón, quien desesperado de dolor pretendía librar al maestro del tósigo mortal de la cicuta, con la que en nombre de la ley, se iba a asesinar al día siguiente al hombre más sincero de Atenas, al filósofo que los siglos han inmortalizado para venerarlo eternamente.

Pero Sócrates, sereno como un Dios, rechaza la posibilidad de salvar su vida —incomparable estuche de virtud y sabiduría— patentizando en dialéctica inmortal, el imperativo ineludible de sus deberes de patriota.

Y, en verdad, que deleita, entusiasmo y subyuga la argumentación irresistible del sabio venerable, quien cristaliza, en aquellos momentos de trágicas inquietudes, el puro concepto del ciudadano ante la majestad eterna de la patria.

Este diálogo de Platón, bello como un sol, parece escrito para vibrar siempre en los labios de nuestra juventud con la unción de un rezo y con palpitaciones de amor y de fé.

Porque los íntimos resplandores de su doctrina ofrecen, con franca y espontánea precisión, al espíritu que anhela ser generoso y bueno, el verdadero punto de vista de nuestras acciones cívicas.

Hay allí, una norma de conducta para los procederes que inspira el deber ciudadano; y una santificación también del sentimiento patrio dentro de la inmortalidad del corazón humano, cuyos dolores y aspiraciones perpetúa la especie, en la inmensidad del tiempo y del espacio, en donde se hallan trazados por toda una sucesión de siglos, los senderos infinitos de nuestra perfección individual y colectiva.

Son caminos que alumbró el Ideal, que es un astro sin ocaso. Sendas de misterio por donde vagan, como fantasmas de media noche, las sombras de los pueblos ya difuntos, que perecieron en los extravíos del fracaso, azotados por la iniquidad, empuñados por la ignorancia, o envilecidos por el vicio.

El Concepto y el Sentimiento de la Patria

Y el criterio socrático de patria, es el criterio de todos los tiempos. Es la forma decisiva que trata de plasmar la política universal. Es la aspiración suprema, que hermana a los hombres en el dolor de ahora y en la esperanza de mañana; es decir, del porvenir, que todos soñamos amplio y fecundo como una tierra de promisión, luminoso y tonificante como nuestras encantadoras alboradas tropicales. Y este dolor, y esta esperanza, que compactan esfuerzos y vinculan ideales, han formado desde los comienzos nebulosos de la humanidad, la familia, la tribu, el Esta-

do y la Nación; hasta llegar a esa cristalización suprema del alma colectiva, que sintetiza el sentimiento de patria.

Porque la patria no es una abstracción de mera fantasía; sino un ser netamente substantivo, una creación viviente del espíritu de la Nación. Y la Nación, energía latente de los pueblos, imagen esotérica de la patria misma; porque la Nación vive inextinguible, a pesar de los azares de una política militante; ya que sus fuentes se hallan en las profundidades inmanentes de la tradición, de los sentimientos colectivos, de las costumbres, del lenguaje y de las afinidades raciales.

La patria es, pues, la concentración de todos nuestros ideales de fraternidad humana, dentro de una sociedad, a la cual organiza y regula el Derecho, mancomunando nuestras fuerzas conscientes, en la obra edificante de aquellos ideales. Por eso es, que en la patria, encontramos el amparo y la santificación de nuestros más nobles amores. Ella, es el manantial de aguas montaÑeras, que brinda saludables estímulos al trabajo honrado y tesonero, es la protección efectiva y cariñosa que solicita la evidente prosperidad de los intereses generales del ciudadano; el hogar tibio y propicio, a cuyo amor tejemos en horas de dicha la tela impalpable de nuestros secretos ensueños; y desde donde echamos a volar, bajo los cielos azules del porvenir, las alondras encantadas de la esperanza.

La patria es, en fin, quien nos dá la suprema bondad del consuelo, ante esa fatalidad ineludible de la muerte; prometiéndonos su amplio regazo para el hijo, que es la plena transmutación de nuestra íntima per-

sonalidad; el que habrá de ser en la vida el conquistador de lo que nosotros nunca pudimos conquistar, como también el legítimo heredero del pergamino de nuestros méritos, que todos quisiéramos que cante la posteridad en el ritmo solemne de la Épica lira.

Así se explica, porqué el ciudadano, tipo máximo de las evoluciones político - sociales, constituido por una plenitud de conciencia social y jurídica, labora sin descanso, por el engrandecimiento de su patria, esperando encontrar la satisfacción total de sus grandes anhelos.

El Amor a la Patria

Tal es el fundamento del amor a la patria, que es sentimiento de primer orden en la escala de nuestros amores; deber excelso en la nomenclatura de nuestros deberes, y cima luminosa en el programa de nuestras actividades constantes.

El amor a la patria, es el amor a la familia, al municipio, a la región y a la comunidad política que integramos mediante el influjo saludable del Derecho. Y amor a la patria, es amor de humanidad también, porque la humanidad, es el todo indestructible de aquellas partes, que aprendimos a amar, cuando la existencia rima ingenuidades con las bellezas y cadencias de la cándida poesía de la infancia.

Por eso es imposible concebir la patria sin el patriota; la una y el otro, representan dos términos sintéticos, virtualmente inseparables merced a una vigorosa complementación espiritual. Sucede que la patria, es la obra legítima del patriotismo nacional, que a su vez encuentra en ella la única fórmula de su exis-

tencia múltiple, el campo inmenso para las infinitas expansiones de su espíritu. De tal manera, que el engrandecimiento de la patria tiene que resolverse necesariamente, en un engrandecimiento correlativo del patriota; y en este aspecto, la patria absorbe la entera personalidad del ciudadano, siendo élla todo, absolutamente todo para el verdadero patriota. Es la gigantesca casa paterna, que congrega a los pueblos en nombre del pasado, del presente y del porvenir; en donde se dignifica y engrandece la vida humana, al amparo de su techo amable y generoso, que es seguro refugio contra las tempestades que desata la injusticia e iniquidades del mal. Y allí, la virtud se expande y florece al cálido aliento de las libertades públicas, que vivifican y ennoblecen la conciencia del patriota.

Hacer Patria

Y es aquí, en este orden de ideas y sentimientos, en donde debemos apuntar la necesidad imperiosa que experimenta el hombre por construir y consolidar una patria. Es una tendencia históricamente humana, que resume y concentra las innumerables tendencias que caracterizan la vida espiritual; y ya sea en forma de convicción pujante, o de simple presentimiento, ensotramos que tal tendencia preside siempre el progreso sociológico de los pueblos.

Resulta entonces, que HACER PATRIA, es la obra humana por excelencia; la empresa más noble, trascendental y generosa que realiza la energía del hombre; porque hacer patria, es preparar el terreno para las siembras de un vivir humano consciente, libre y fecundo: es edifi-

car nuestra propia inmortalidad, mejorando las condiciones ambientales de las generaciones que nos han de suceder en cuya sangre tiene que

palpitar el impulso vital, que en nosotros fué espíritu que pensó filosofías, que soñó quimeras y que sufrió silenciosos dolores!

L i s a n d r o V i l l a l o b o s .

San Salvador, marzo 2 de 1942.



Teresa Sánchez de Cepeda y Blázquez de Ahumada

Coferencia leída en el Prestigiado Centro de Cultura
"Sociedad de Exalumnas Elena Echéverz".

I

He leído, no sé dónde ni cuándo —pues, como Cervantes, leo hasta los papeles que encuentro por la calle— que la costumbre actual de dar la mano en el instante mismo del saludo amistoso o en el de las presentaciones de sociedad, tiene un origen medioeval; viniendo directamente de los usos establecidos por las leyes de la Andante Caballería, que imponían a los paladines de «la lealtad, del amor y del valor», la obligación de brindar la diestra mano, desenguantada y abierta, al encontrarse en cualquier paraje o región, con otros armados caballeros con quienes no tenían entuerto que *desfacer* o agravio que vengar.

Y aquella mano, desenguantada y abierta, era señal inequívoca de paz y amistad, porque ella al brindarse inerme confiaba plenamente en el honor caballeresco que para aquellos vagabundos adalides de la espada y de la lanza, era juramento de fe, de disciplina y de muerte. Por eso ahora, en este acto de significación tan espiritual, en que mi pensamiento llega por vez primera a un grupo

de nuestra mejor juventud, puesto que es la que prefiere el estudio al entretenimiento frívolo y pecaminoso, considero indispensable, que en un breve exordio de presentación, ofrezca mi mano a la usanza medioeval a quienes me han favorecido con amable convite para esta plática literaria; mano que va abierta por la sinceridad e inerme de prejuicios, de torpes vanidades y de fanáticas intolerancias.

Si he seleccionado el nombre de *Teresa Sánchez de Cepeda y Blázquez de Ahumada* para esta conferencia, es porque me parece más adecuado a la índole femenina de este gentil y bello auditorio, el recuerdo evocador de una mujer que fue ilustre, luchadora y santa, que cualquier otro tema de atrevidas asperezas científicas. Además, si en el intento de desarrollo del motivo que virtualiza este trabajo, desplazo cierta cantidad de literatura, o aludo a su Historia, no se crea que estoy pretendiendo sentar plaza de literato; ni mucho menos, queriendo provocar emulaciones en un campo que nunca ha sido de mi particular acotamiento.

Mi afán por la Literatura general responde a personales creencias, especialmente a la de que ella es un medio feliz para propósitos de reacción social, regeneradora y evolutiva. Yo no creo en el Arte por el Arte. Porque la vida es lucha incesante, según afirmó dos mil años há el viejo Séneca, afirmación que con la maestría propia del genio comentó Don Juan Montalvo en uno de sus «Siete Tratados».

Los huertos espirituales y las torres de marfil no me convencen ni me seducen, como no me convencen ni me seducen las armonías efímeras del verso o de la prosa, que no tienen trascendencia cooperadora en alguno de los múltiples esfuerzos del progreso colectivo. Ya el poeta José Santos Chocano, abominó el marfil al hacer de cristal su propia torre en un bello poema de emotiva musicalidad. Y la gloria literaria sólo se consigue cuando el Arte se transforma en vehículo de ideas que orientan la acción, que construye sólidos principios de vida en el corazón de los pueblos. Sumarnos al movimiento universal, que empuja hacia adelante a la humanidad entera, es el deber ineludible de todo ser pensante, porque «el carro del progreso aplasta», según asegura un célebre sociólogo de nuestro siglo; y efectivamente, el progreso tiene que aplastar a quienes no se alistan en las filas del esfuerzo común, poniendo al servicio de una tendencia revolucionaria todas las armas de su aptitud personal: Ciencia, Arte, coraje, voluntad.

Sócrates, defendiendo su vida, con toda la valentía del hombre de lucha, ante un tribunal compuesto de 526 jueces, solo, frente a sus enemigos y gritando sereno y fuerte:

«Yo no sé, atenienses, la impresión que habrá hecho en vosotros el discurso de mis acusadores. Con respecto a mí, confieso que me he desconocido a mí mismo; tan persuasiva ha sido su manera de decir. Sin embargo, puedo asegurarlo, no han dicho una sola palabra que sea verdad»: para mí el sabio aquel es aquí más grande que en cualquier otro lugar de Atenas, dialogando sus filosóficas enseñanzas, transmitidas a la posteridad por la pluma aristocrática del noble Platón.

Con todo, mi conciencia no censura ni condena a aquellas situaciones que no empalman con sus propias inquietudes; pero tampoco podría aplaudir lo que es contrario a su temperamento y doctrina, al rigor de criterios de belleza infecundos. El gusano de seda y «la bella durmiente del bosque», simbolizan, en mi concepto, una irónica contradicción del espíritu moderno, que es hervidero tremendo de pasiones humanas en lucha constante en el tiempo y en el espacio en que vivimos, pugna diaria a la luz del sol de todos los ideales, que queman el corazón con el fuego de perpetuos anhelos.

Por eso es que en la vida se buscan siempre con ansias fraternas los que comulgan con el mismo pan eucarístico de las ideas y de los sentimientos generosos, para aunar esfuerzos en la realización de los propósitos idénticos del hombre.

Por mi parte, yo creo con fe inquebrantable en los milagros de la asociación, que suma energías, ensueños y esperanzas; y voy hacia los demás con el signo de la sinceridad en la mano, abierta a todas las noblezas del sentimiento y sin necios desplantas de orgullo, más bien con la

humildad propia de las almas peregrinas de la verdad, me acerco al oído benévolo para decirle con la zozobra temblorosa del poeta: «Hermano, tú que tienes la luz dime la mía».

Y cierro este preámbulo con la confesión sincera y espontánea de que, tal como se habrá sospechado ya, es, en realidad, francamente tendencioso el propósito de patentizar en esta ocasión, aunque con la torpe habilidad de los pobres recursos, la figura de eximia grandeza de quien fue en vida hoguera de entusiasmos redentores y energía infatigable que llega a la meta, pues su ejemplo de eternos prestigios puede muy bien infundir en el ardiente corazón de nuestras mujeres la fe y el valor que se necesitan para abrazar las causas regeneradoras del patriotismo, que a todos nosotros nos están llamando con voces de angustiosa premura, cual gritos desfavoridos que estreman el silencio de la noche.

Y si tal cosa aconteciere, no tendría yo embarazo alguno para lanzarme por calles, plazas y caminos a contar, con exaltaciones de propagandista o de predicador, la buena nueva del prodigio acaecido en nuestro país, en que, a pesar de los groseros materialismos y decadencias morales de la época, se hizo al fin, en la oscuridad de nuestras conciencias, el milagro de encender las luces de los anhelos heroicos, invocando la divina gracia de Santa Teresa de Jesús...

II

Aquella Teresa vino a la vida, el 28 de Marzo de 1515, en Avila, capital de la antigua provincia española de su propio nombre, la misma

que desde los tiempos épicos de Ruy Díaz el de Vivar, formó parte del reino glorioso de Castilla la vieja.

Familia de hidalgos fue la suya, pues sus padres Don Alfonso Sánchez de Cepeda y Doña Beatriz Blázquez de Ahumada, ostentaban el señorío de un histórico linaje y disfrutaban de una desahogada y regular hacienda.

Consta entonces que en el mundo su nombre completo debió leerse a la manera con que he encabezado esta mínima y desaliñada referencia teresiana, así: Teresa Sánchez de Cepeda y Blázquez de Ahumada. Tuvo su cuerpo la plasticidad tentadora del mármol de Milo? Y en su rostro resplandeció la enigmática sonrisa del lienzo de Vinci? Ningún documento he conseguido hasta hoy que, con suficiente autoridad, refiera la exacta conformación de su figura. El único retrato de la época que de ella se conserva y que se atribuye al virtuoso pincel del célebre sevillano Diego Velásquez de Silva, corresponde ya a los años de apogeo de su conturbadora carrera monástica.

Se inspiró el autor del retrato en el éxtasis de una de las maravillosas visiones de la monja, aquella en que recibió la visita de la alba paloma del Espíritu Santo, suceso que la pluma de inimitable ingenuidad de la escritora visionaria, relata en el capítulo 38 del libro de su Vida o de las Misericordias del Señor, como ella le llamaba, y que, en mi desautorizada opinión, es el mejor de cuantos escribió Teresa Sánchez, por más que sus biógrafos y comentaristas den la preferencia a Las Moradas o Castillo Interior, aunque de sabido se calla, que en materia de determinaciones literarias no he

de ser yo quien pueda decir la última palabra. Pero en aquel primer libro de Santa Teresa de Jesús, encuentra mi espíritu más espontaneidad en el estilo literario que la hizo famosa en un siglo de humanistas y técnicos de las Bellas Letras; y hay también en el libro de su Vida, mayor palpación de realidad humana, que supera, a mi entender, el artificio y cuidado que de pronto se nota en *Las Moradas*.

Pero oíganse, como muestra de estilo, la sencillez, para los demás inaccesible, con que cuenta el paroxismo de su temperamento místico, a la llegada de la paloma celestial, ilusión que recogió Velásquez en el retrato aún perdurable: «Estando en esta consideración dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué había en el alma ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

Estando en esto veo sobre mi cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma; paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que, según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como co-

menzó a gozarla, quitósele el miedo y comenzó la quietud con el gozo quedando en arrobamiento: quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía que me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced».

En la copia del lienzo del pintor sevillano, que mis ojos han contemplado tanto, no se destacan las líneas de su cuerpo completamente escondido en la espesa indumentaria de su ropaje monjil. Sólo en las manos se distingue el milagro de belleza, que José Ingenieros elogió en las manos supremas de Eleonora Duce. Y en el semblante visionario, no quiso más el pintor que eternizar la sublimidad del arrobamiento ante la repentina presencia de la paloma sagrada, que se aproxima volando con fulgores de misteriosa luz en el pico divino.

En las obras de esta exquisita Madre religiosa no se hallan ni las reticencias alusivas a la propia personalidad física de la escritora, ni mucho menos, los autorretratos literarios, que unas y otros enriquecen aún más las ediciones del Arte antiguo. Estos autorretratos fueron trazados con humor irónico y en ocasiones hasta grotesco; y han servido para rehacer las líneas personales del autor, perdidas para siempre en el polvo de las tumbas. Así acontece con la estructura corporal del Arcipreste de Hita, cuyo porte varonil lo conocemos al detalle merced a la autocaricatura, que aparece en las coplas 1485 a la 1489 de *El Libro de Buen Amor*, escritas con la gracia incomparable de su estilo inmortal.

Conviene advertir que era uso obligado entre los intelectuales de la España primitiva, hablar mal de sí

mismo, haciendo escarnio de sus propias acciones y costumbres. Este vituperio, meramente literario, ha dado motivo a que gentes indocumentadas maldigan o irrespeten la memoria de los grandes literatos peninsulares, que en las centurias 13, 14, 15 y 16, crearon el genio de la lengua y del Arte hispano: Juan Ruiz ha sido, quizás, el más injustamente denostado entre los poetas y prosistas de aquellos tiempos.

Llama asimismo la atención, que el literato de los siglos clásicos, manifestaba un menosprecio, hondamente sentido, por lo que hoy se denomina fama o renombre literario, que en nuestros días es morbo o locura de las medianías advenedizas o arrivistas, expresión esta última del muy agudo escritor Don Pedro Dorado Montero.

Con frecuencia la paternidad legítima de las grandes creaciones de la Literatura Castellana, ha sido discusión interminable de eruditos y bibliófilos, sin que se haya llegado todavía a pareceres unánimes. El Lazarillo de Tormes se ha tenido por algunos como original de Diego Hurtado de Mendoza, mientras que para otros humanistas más o menos modernos, ha sido respectivamente atribuido a los escritores erasmistas contemporáneos del reinado de Carlos V, Juan y Alonso de Valdés, Cristóbal de Villalón y Sebastián de Horozco y Covarrubias. Idénticas dificultades han surgido con el verdadero autor de La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea, puesto que se atribuye la primera parte de esta obra maestra, a Rodrigo de Cota, poeta del siglo XV; y el resto de ella al judío converso, Alcalde de Salamanca, Bachiller Fernando Rojas.

Estas y otras peculiaridades más de la Literatura clásica con sus respectivas causas y circunstancias concomitantes, talvez pueda darlas a conocer por medio de un volumen que estoy preparando con algunas esperanzas de publicidad.

III

Fue, realmente, una suerte para el mayor prestigio y brillantez de la Literatura de la madre Patria, el que Teresa Sánchez recorriese un ciclo de vida amplio y fructífero, pues a la fecha de su muerte, el 15 de Octubre de 1582, contaba con la edad senil de 67 años. Su labor literaria abarcó tanto la prosa como la poesía, pero sus versos han tenido un éxito de escasa importancia en relación con el triunfo definitivo de sus libros en prosa.

Se enumeran veinte y ocho composiciones, que florecieron en los rosales de mística fragancia de la poetisa sensitiva.

Motivo de disputas ha sido la autenticidad de estas producciones líricas, negándose la mayoría de los historiadores de la Literatura Castellana, a sostener la legitimidad de sus derechos de autora, por no existir testimonios irrefutables comprobatorios de la efectiva procedencia de las delicadas expansiones del estro teresiano.

A tan grande altura no podrían llegar mis arrestos de simple admirador de la belleza, aunque mucho me satisface hacer constar, que el pensamiento dominante o idea central de algunas poesías de Santa Teresa de Jesús, se encuentra igual e invariable en muchas de sus prosas, cambiando únicamente, como es

natural, la forma de la expresión artística.

La más aplaudida de sus poesías es un soneto, que ciertos críticos han adjudicado al patrimonio lírico de Juan de Yepes, conocido en la Iglesia de Cristo con el nombre de San Juan de la Cruz, respondiendo el absurdo proceder a la circunstancia de haber sido este ilustre monje carmelitano, el más decidido y eficaz colaborador de Santa Teresa en el vasto trabajo de su reforma monástica.

El soneto es desconcertante en la explosión del sentimiento de ingrátida fe, que en sus estrofas canta, y aunque sea ya hartamente conocido, siempre es grato al espíritu sentir la sublimidad del verso admirable. Dice así:

*"No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno, tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muéveme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor; y en tal manera,
Que aunque no hubiera Cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera Infierno te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera".*

La técnica se ha dado a la tarea de intentar clasificaciones de los libros de la llamada Doctora de Avila; labor que ha tenido escasa fortuna, porque los escritos de la Santa se resisten a tolerar divisiones científicas, que nunca fué la Ciencia la preocupación dominante de su pluma, ya que, en todas sus obras, existen las mismas ideas, sentimien-

tos y propósitos, algunas veces en forma preferencial y en otras, en calidad de detalle. Sin embargo, el empeño técnico ha formulado la división de obras ascéticas, históricas y preceptivas; incluyendo en las primeras, Camino de Perfección, Conceptos del Amor de Dios y Castillo Interior o Las Moradas; en las segundas, el Libro de las Misericordias del Señor o de su Vida y el de las Fundaciones de las Hermanas Descalzas Carmelitas; y en las últimas, o preceptivas, las Constituciones, los Avisos y el Modo de Visitar los Conventos; que por cierto, tienen estas preceptivas un ínfimo valor literario, al estimar «su carácter puramente circunstancial y restringido», como escribe, con mucho acierto, Luis Santa Marina, coleccionista y marginador de la edición Merges de Enero de 1932.

Las Siete Meditaciones sobre el Pater Noster, no figuran en las clasificaciones científicas que he apuntado, por la sospecha vehemente de no pertenecer a la pluma de Santa Teresa, fundando tal sospecha en la insistencia del amaneramiento retórico, que sobresale en el estilo de Las Siete Meditaciones, purismo que al instante choca con la facilidad evanescente de la prosa magnífica de Teresa Sánchez.

Y en cuanto al Epistolario, sería bastante advertir, que la inmensa variedad de temas, que en sus cartas trata, haría imposible la fijación de un criterio clasificador. A esta particularidad se debe, que aparezca siempre al final de las modernas colecciones de sus obras, como para llevar al corazón inquieto por las fantasías místicas de la escritora, una sensación de bienestar y de alegría, que parece el despertar de un

sueño alucinante. Y es que, en su estilo epistolar, hay derroche de matices y un tan hábil y seguro manejo de la pluma, que imprevisiblemente se desciende de lo docto y filosófico hasta lo festivo y burlón.

Seis años después de la muerte de la ascética escritora, o sea el año de 1588, se publicaron, por primera vez sus trabajos, al cuidado del gran humanista Fray Luis de León, quien hizo de ellos un estudio severo de técnica, y acompañó a los originales el informe que se lee en aquella edición.

Cronológicamente, corresponde la primacía al Libro de las Misericordias del Señor, que es narración de sucesos personales pertenecientes a más de los dos tercios de su vida. El primer manuscrito, que fué echado al fuego por orden de inmediata ejecución de cierto ignorante y fanático confesor, lo escribió en el año de 1561, cuando élla frisaba en los 46 años, detalle este último, que bien puede servir para orientar explicaciones científicas de carácter mórbido, al margen de los transportes visionarios de la exquisita y vehemente religiosa.

La torpeza, casi delictiva del intonso clérigo, fué remediada por el inquisidor Soto, quien notificado de la tremenda iniquidad por boca de los Frailes Pedro Ibáñez y García de Toledo, confesores igualmente de la monja, le hizo a ésta mandato verbal de escribir de nuevo el libro encantador, que ave fénix de un espíritu de extraordinaria inspiración, surgió más completo, más depurado y más bello.

No favorece el tiempo al deseo mío de ofrecer un conjunto armónico siquiera, de los valores artísticos

que enriquecen a tan inapreciable joya literaria.

Nunca llega el lector atento a decidir si el mayor de sus méritos se encuentra en la inimitable sencillez de su estilo de ingenuas tonalidades, en la veracidad del relato, que subyuga en fuerza de ser sincero o en la potencialidad del misticismo temperamental, que encienden sus páginas, en tal alto grado, que el individuo meditativo y sensible, necesita de mucha serenidad de corazón para ayudarse a resistir el embrujo de lo sobrenatural, que provoca en el ánimo indefenso incertidumbres y temores.

El mayor deleite, que yo he experimentado leyendo este primer libro de Santa Teresa de Jesús, lo he encontrado en la espontánea expresión de sus propias debilidades mundanas.

La afición por los libros de caballería, fué en élla tan grande, que según refiere uno de sus biógrafos, el Padre Francisco de Ribera, ensayó a escribir el principio de uno de tal género; pero este invencible afán de lecturas caballerescas, lo cuenta la Santa en la prodigiosa naturalidad de unos cuantos renglones que en el capítulo 2o. se leen así: «Páreceme que comencé a hacerme mucho daño lo que ahora diré: Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvímonos para leer en ellos,

y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella ví, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás, parecíame que no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan extremo lo que en esto me embecía, que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento».

En este mismo capítulo 2o. se encuentra lo más delicadamente sutil del Libro de las Misericordias del Señor, y en el cual la pluma de la escritora fué más ingeniosa y hábil, porque insinúa pecados que deben envolver sonrosadas timideces de inocencia irresponsable y traviesa.

Pobre Teresa Sánchez! Tenía catorce años de edad, y en su sangre se quemaban ya precoces inquietudes de anhelos imposibles, reunidos ahí mediante lentos procesos de lecturas estupefacientes. Con su hermano mayor Rodrigo, leía a toda hora vidas de santos, hasta sentir el bravo impulso de fugarse juntos hacia tierra de moros, yendo en pos de la infinita delicia de ser descabezados por manos impías de herejes saracenos.

Amadís de Gaula, Tirante el Blanco y demás caballeros andantes, poseían su sueño de pesadillas de grandes y descomunales *fazañas*.

Pobre Teresa Sánchez! Tenía catorce años, y sentía ya unas ganas incontenibles de agrandar, de cuidar-

se las manos y el cabello y de parecer bonita. Y comenzó entonces a sentir la incurable tristeza de las pálidias princesas de Rubén Darío, que sufren porque quieren:

*«ir al sol por la escala luminosa de un rayo
saludar a los lirios con los versos de Mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.»*

Y un amorío de pocos meses, enpollado al calor de una intimidad prohibida y sigilosa con una parienta entrometida y casquivana, fué el desenlace del prematuro sentimentalismo de la vivaracha jovencita, quien, en castigo de sus rebeldías en contra de la autoridad paterna, fué internada en el monasterio de las Angustias Descalzas de nuestra Señora de la Gracia, en cuyo rígido aislamiento se marchitó la flor de un día de su primera ilusión.

En el capítulo 3o., alude la Santa a su batalla de tres meses, ya en libertad del encierro monacal, antes de decidirse a abrazar la vida religiosa, lo que al fin aconteció, ingresando a la Orden de Carmelitas, en el convento de la Encarnación por el año de 1533, adonde llegó en un vencimiento completo de todas sus energías físicas y morales, ya que, en contra de sus primitivos instintos de mujer hecha para triunfar en las lides del mundo, se complotaron las enfermedades y las influencias beatíficas de sus familiares, quienes, astutamente, ponían en sus manos de lectora infatigable, libros de alucinante misticismo, como el Abecedario Espiritual del franciscano Fray Francisco de Osuna, que le dió a aquel tío suyo, Don Pedro Sánchez de Cepeda, quien días más tarde, de éste, al parecer insignificante detalle, vistió los hábitos de una Orden claustral.

«En este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil, que amor», escribe resueltamente la pluma de la monja en un trágico recuerdo de melancólicos desengaños.

Y después, Teresa Sánchez, amó a Jesucristo, con toda su alma ávida de sacrificios y sedienta de ternuras, y su voluntad batalladora y fuerte, se lanzó a la arena de las más rudas contiendas, en donde fué ciclón que destruye, aliento que crea y energía que edifica.

Cuáles fueron sus molinos de viento? La reforma de su Orden y la invasión luterana, contra la cual había que luchar construyendo conventos para refugio seguro de la fe de Cristo.

Y fundó en doce años, diez y siete conventos, desplegando en estas empresas un coraje digno de la homérica loa.

Las cárceles del Santo Oficio ni le restaron empeños para proseguir su obra edificante, ni secaron en su pecho la linfa milagrosa con que regó siempre los jardines de su alma.

Por eso es que su espíritu enardecido por los heroísmos de la lucha material y por los embelesos de su pasión mística, se rendía frecuentemente, a los desmayos idílicos de sus visiones celestiales.

No creo posible en esta ocasión ni englobar siquiera en breve marginal, una rápida cuenta del pensamiento y desarrollo de cada uno de los libros teresianos; por eso ahora, mi pensamiento, pobre mariposa atolondrada de fragancias y mieles, se ha detenido un poco a libar en la flor de mis íntimas predilecciones, el Libro de las Misericordias: para saltar después de corola en corola, has-

ta llegar a Las Moradas o Castillo Interior, que es rosa de selección y de definitiva belleza artística, preferida y admirada por literatos de máximo renombre en la posteridad de la seráfica autora.

Sería bastante por hoy, para encarecer su lectura, transcribir el siguiente párrafo que tomo de la tercera edición de la Historia de la Literatura Castellana del Dr. en Filosofía y Letras, Abel Pinó: «Las Moradas constituyen la producción egregia de Teresa de Jesús. En ese libro denominado también Castillo Interior, remóntase en sostenido vuelo a la región de lo sobrenatural. El lenguaje de la santa de Castilla ostenta allí mayor riqueza y esmero. A las galas del estilo vincúlase la mayor unidad de pensamiento y el firme enlace de las diversas partes del discurso. Constituye el libro una alegoría en la que siete moradas representan los siete Estados por los que pasa el alma antes de consumarse en vida la unión con Cristo su Esposo».

IV

La «fémina inquieta y andariega» como la llamó, ásperamente, un bilioso Monseñor, no tuvo ni siquiera el agrado de ver los signos que escribió su mano trasladados a los moldes de la imprenta; pues ya anotamos, que la primera publicación de sus originales se hizo seis años después de su muerte.

Preciso es tener una profunda devoción por las Letras, para no abandonar absolutamente aquella pluma que tantos sinsabores llevó a su corazón.

Dijimos antes, que el primer manuscrito del Libro de su Vida fué

destruido por el fuego, al torpe decreto de un fraile cerril.

Posteriormente, el nuevo original pasó a manos de Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, aquella tuerta Princesa de Eboli por quien escribió Arolas la delicada octava de:

*«Un párpado levantado
Mostraba negra pupila,
Que con su fuego aniquila
Cuanto una vez ha mirado;
Y el otro cubre caído
Como venda bienhechora
La pupila mañadora
Que cerrada se ha dormido»*

Ahora bien, la Princesa aquella era de un temperamento rencoroso y pendenciero y por vengar despechos y envidias, hizo correr al pobre manuscrito por entre las burlas hirientes de los pasillos señoriales. Y para colmar el proverbio de que no hay tuerto bueno, la turbulenta Princesa llevó copia del libro, con denuncia formal de heregía, al Tribunal de la Inquisición. El Santo Oficio de Toledo estudió el manuscrito largos trece años, devolviéndolo con fallo solemne de que el libro no tenía nada de malo. Pero ya para entonces Teresa había muerto. Y el glorioso infolio fué llevado al Escorial a descansar en la cámara de las reliquias augustas.

No menor fué el sobresalto que le causaron los Conceptos del Amor de Dios, que escribió en 1566, libro que se conoce gracias a la lealtad y diligencia de las monjas Descalzas Carmelitas de Alba de Tormes, quienes devotamente, conservaron la única copia existente, a espaldas de la furia tonante de un malhadado confesor, quien mandó a la hoguera el manuscrito original, escandalizado con los anhelos de interpretación de la religiosa sobre palabras de sutil

pecado, que embellecen los Cantares de Salomón.

Las palabras que enojaron al rubicundo clérigo, están al comenzar el primer capítulo de los Conceptos del Amor de Dios. Leámoslas textualmente: «He notado mucho, que parece que el alma está (a lo que aquí da a entender) hablando con una persona, y pide la paz de otra, porque dice: *Bésame con el beso de su boca.* Y luego parece que está diciendo a aquel con quien está: *Mejores son tus pechos.* Esto no entiendo como es:»

Y no bastó, para que el obstinado confesor perdonase, el halago de asustada candidez con que élla envolvió la delicada intención, que es el mayor encanto de aquel estilo, que en sus manos fué espléndido incensario con que perfumó el humo celeste de sus ideas...

No se tome como vano recurso oratorio, el que yo cierre la modestia efectiva de este trabajo con el broche de oro del libro más impresionante, que dejara escrito la hija benemérita de la muy histórica Avila de los Caballeros: Las Fundaciones de las Hermanas Descalzas Carmelitas.

Es éste, el libro de las empresas gigantes y de las jornadas estupendas de la Carmelita heroica; hazañas que por su cruda y tangible realidad empalidecen el brillo mitológico de los doce trabajos de Hércules, el lejendario hijo de Júpiter, o el hechizo incandescente de las proezas del caballero invencible, que forjó con suerte envidiable la fantástica pluma de Garci Ordóñez de Montalvo; justamente, aquel Amadís de Gaula, que tantos desvelos causó a la soñadora adolescencia de Teresa Sánchez de Cepeda.

Las Fundaciones, es un libro dinámico, sugestivo y triste. En sus páginas hay rastro de sudores que bañan la frente, en trabajos que aniquilan la tranquilidad y las fuerzas; hay desolación de caminos largos y polvorientos; frío de ventiscas; soles que abrasan; y peligros que enmudecen la lengua, llenando de miedo el corazón; y por encima de todo eso, se escucha, como tropel demoníaco, el desfile de la perversidad impenitente, de la intriga y la ingratitude, que tuvieron su estallido fiero en aquella expulsión violenta del con-

vento de Valladolid por sus propias hijas, que remató en el *viacrucis* de su doliente caminata, con pasos de enferma que se muere, hasta el monasterio de Alba de Tormes, en donde por no encontrar vendas para su herida que tanto sangraba, ni reposo para la inmensa fatiga de su cuerpo, fué necesario que la monja sublime, ahí mismo, se durmiera para siempre, en el seno del Señor...!

Lisandro Villalobos.

San Salvador, Febrero 14 de 1.940.



Relación Directa Entre la Música y las Emociones

Plática Cultural que el Dr. Nazario Soriano, miembro del Ateneo de El Salvador, dictó en la Radio Difusora Y. S. S. el lunes 15 de Marzo de 1942

Se ha reconocido desde tiempos inmemoriales, la relación directa que los sonidos en general y la música en particular han tenido en las emociones, y diferentes estados de conciencia del hombre. Es bien conocido que ciertos individuos, por las notas producidas con una flauta, adormecen las serpientes y otros animales, reúnen pájaros y producen sueño profundo en las personas hasta llevarlas muchas veces al estado de trance.

En ciertos templos de la antigüedad, donde se practicaba la curación de ciertas enfermedades, el tratamiento especial a que se sometían los pacientes era la música. No me detendré a examinar lo que haya de cierto en el hecho de que antiguamente destruían fortalezas y muros por la acción vibratoria del sonido, pero puedo recordar el hecho mo-

derno de que la marcha vibratoria de un regimiento puede romper un puente. Todos sabemos que el toque de un clarín o las notas de una marcha guerrera son suficientes para exaltar el ánimo de los combatientes y lanzarlos a la muerte, y que las melodías de una pieza musical nos apaciguan, remueven la depresión de ánimo y pueden también hacer desaparecer el estado colérico de los individuos.

La madre que modula una canción en la cuna de un niño, y el balbuceo de ciertas notas de los que se dedican al trabajo, son pruebas incontrovertibles de que la vibración de las notas musicales producen ciertos estados de conciencia en el hombre.

La cuestión es saber el cómo y el porqué opera la música en la conciencia del hombre y conocer la técnica

para aplicarla como un poder para acelerar la evolución humana.

El hombre, apreciándolo en términos musicales, podemos considerarlo como un clavicordio, todas las notas están, en estado expreso o potencial, contenidas en él, de manera que al producirse una nota externa, las vibraciones de ésta, por inducción ponen en acción las notas internas del hombre y por consiguiente aceleran su estado de consciencia y por el mismo hecho sus emociones.

Los sabios de todos los tiempos han tratado de abordar esta cuestión; por experiencias numerosas y repetidas han procurado descubrir la acción interna de las siete notas musicales en los cuerpos del hombre, y en los diferentes reinos de la naturaleza. Una nota no es más que la expresión de una onda en el mundo manifestado, que se mueve con cierta amplitud y que se repite cierto número de veces en una unidad de tiempo. Una nota se diferencia de otra en que vibra con mayor o menor rapidez, esto es, hace mayor o menor número de oscilaciones en la unidad de tiempo, y que la amplitud de la onda puede ser mayor o menor. Tomando como punto de partida, por ejemplo, expresando la primera por el número 28, las siguientes serán 56, 84, 112, 140... etc. Hay un módulo cuyo valor es 28, pudiendo formar las notas que se desee, porque al terminar la primera serie de siete, siguen en otra octava más alta hasta llegar al infinito.

Esta serie infinita afecta o es percibida por el oído, al ascender el número de vibraciones en la unidad de tiempo y cambiar de módulo, esas vibraciones ya no son percibidas por órgano del oído, sino que son apre-

ciadas como calor, luz, color, por sensaciones magnéticas, psíquicas, mentales, etc. De manera que todos los fenómenos pueden expresarse en términos de vibración o sonido.

La expresión en serie continua de las siete notas se llama una escala: A la primera nota y la de menor número de vibraciones, se le llama Do. Las siguientes en orden serial ascendente se denominan RE, MI, FA, SOL, LA, SI. Al terminar esta escala se continúan las notas en otra octava más alta; o puede la escala irse repitiendo en notas u octavas más bajas.

Esto es de una importancia capital en el asunto que estamos tratando. Tenemos, que las notas pueden manifestarse en tonos infinitos desde el más bajo hasta el más alto.

Nuestro ser individual, pequeño mundo, o microcosmo, como antes he dicho, tiene en estado latente o potencial todas las notas, y cada uno de los elementos, órganos o estados, está caracterizado por el predominio de una vibración o nota. De aquí se desprende que al sonar la nota en el mundo externo, afecte necesariamente, por inducción o simpatía la nota o elemento de nuestro Ser; aunque existen individuos que tienen tan adormecidos o petrificados los elementos correspondientes que casi se muestran insensibles a las altas melodías. Pero la acción repetida de una nota o de una armonía, a la larga despierta la nota correspondiente en el individuo, por endurecido que esté. Esto abre un amplio campo a la educación del hombre, que puede por el uso de las notas apropiadas, despertar sus facultades latentes, o sus vicios e in-

clinaciones animales, si las notas son de muy baja escala.

Las conclusiones prácticas a que han llegado los sabios que han estudiado esta materia, es que, toda vibración, música o armonía que tiene como nota fundamental o tónica el Do, afecta en especial los centros emocionales, el elemento pasional, el deseo de actuar.

Si los tonos del Do son muy bajos afectan los centros procreativos, inclinan al hambre a los actos sexuales y formas de baja índole, pero a medida que el tono de la nota sube, se despiertan las altas emociones del amor, abnegación, sacrificio, etc.

De un modo similar, los que tienen como nota fundamental el Re, aceleran la circulación de la vitalidad en el organismo, dá alegría de vivir, etc., pero las vibraciones bajas de la nota Re, producen ensimismamiento, orgullo, dureza hacia los demás etc. Los tonos altos de la nota Mi, producen gran elevación, despiertan el sentido intuicional y puede producir un éxtasis mental.

Por la nota Fa se expresa la naturaleza, el murmullo de los ríos, las oleadas del mar, el susurro de los bosques... ..; también está expresada en la tónica de esta nota, la alegría del vivir, entona las fuerzas del cuerpo, fortifica la mente concreta. Sus tonos bajos despiertan el elemento sensual e impiden que las concepciones de mente superior se manifiesten.

La nota Sol, eleva, suaviza, produce paz, predispone a los místicos para el éxtasis religioso, y a la elevación hacia el objeto de sus idea-

les, induce a la percepción espiritual.

La nota La en sus tonos altos despierta la mente superior o abstracta, puede producir éxtasis intelectual llevándonos al corazón de las cosas. Sus tonos bajos fortalecen la mente concreta y petrifica al hombre en sus razonamientos y prejuicios.

Los tonos elevados de la nota Si, enaltecen, proporcionando cierta dignidad en el aprecio de las facultades superiores. Las bajas dan el efecto contrario.

Por lo anteriormente expuesto se puede comprender la trascendencia que tiene la música en la educación y la gran responsabilidad de los directores sociales, al dejar que se propague la música baja y chocarrera que despierta los apetitos sexuales y las bajas pasiones. Se deduce que la degradación y perversión sexual a que se ha llegado, han contribuido los Jazz, congas, tangos etc. y los bailes negroides que forman la delicia de la sociedad moderna.

Nuestra humanidad se degenera y la mala música contribuye a ello; el individuo que en un cine o en la radio oye música sensual su cuerpo anímico se le altera, preparándole así a bailar una rumba, un tango, la cenga o cualquier otro baile inmoral.

La música clásica debería de propagarse de una manera firme y sistemática; es nuestro deber como medida de higiene moral desterrar de la juventud moderna esa música indecorosa y grosera que degrada sus almas.

El Advenimiento del Arte

Por el Dr. Alberto Rivas Bonilla.

Junto a las verdades eternas, existen las verdades perdurables dentro de la pequeñez de las cosas de aquí abajo. Verdades que se manifestaron tímidamente con el primer vagido de la humanidad, y que no perecerán mientras sobre la haz de la tierra no sea borrado el último de los hombres, porque son consubstanciales con el espíritu que anima nuestro miserable barro mortal. Una de esas verdades es nuestro amor a lo bello, materializado en las obras de arte, que se producen aun en los momentos de mayor congoja, cuando el mundo parece próximo a perecer sumergido en torrentes de sangre, de sudor y de lágrimas. Es más: los mismos duelos parecen ser las más elevadas fuentes de inspiración. Imposible sería no sentirse subyugado por la atormentada belleza de las *Lamentaciones* de Jeremías, y el viejo Hugo forjó sus mejores cantos para inmortalizar los dolores de Francia.

Si queremos presenciar el nacimiento del arte, debemos asistir al nacimiento de la humanidad, cuando el hombre, desvalido y desnudo, ignorando la agricultura y desconociendo la domesticación de los animales, tenía que disputar su vida en lucha eterna con el ambiente hostil y se alimentaba con frutos y raíces, con la carne de animales cogidos en trampas y de peces capturados con arpones de cuerno. Tenemos, en una palabra, que volver a la época cuaternaria, lo que implica sencillamente un salto atrás de quince mil años.

La época cuaternaria duró aproximadamente unos veinte siglos, y los estudios geológicos han reconocido en ella claramente dos fases sucesivas. La primera, de clima húmedo y cálido, permitió a nuestros remotos antepasados vivir al aire libre, probablemente en chozas construidas con pieles y ramajes. Luego, por causas imposibles de establecer, el clima se hizo seco y la temperatura descendió obligando al hombre, en la segunda fase, a guarecerse en grutas naturales. Las nuevas condiciones de vida favorecen el progreso de la industria hasta ahí rudimentaria. Se fabrican puñales, punzones, raspadores de piedra; aparecen los primeros dibujos y relieves en cuerno de ciervo. Y, lo que es todavía más interesante, en el suelo, en las paredes, en el techo mismo de las cavernas que lo abrigan, dejó el hombre copiada la figura de los animales que le disputaban el reino de la tierra.

El estudio del arte primitivo es por demás extenso y variado. Vano intento sería querer encerrarlo, aun cuando fuera de manera esquemática, dentro de los límites de una modesta exposición como la presente. Por fuerza tenemos que circunscribir nuestra tarea. Y al hacerlo, escogeremos precisamente su manifestación más importante, no sólo desde el punto de vista puramente artístico, sino también, y principalmente, desde el sugerente y especulativo: la pintura parietal.

Una cuestión previa se ocurre a nuestra curiosidad: ¿Cómo nació en

el hombre la idea de las representaciones gráficas? El punto se ha debatido largamente entre los estudiosos. Goury se expresa en los términos siguientes: «Cuando se estudia esta multitud de grabados, esculturas, pinturas, etc., se tiene la impresión de un pueblo dominado totalmente por el sentido de la belleza. Y digo *se tiene la impresión*, porque no es posible atribuir a los primitivos la persecución de un ideal que eran incapaces de concebir. La búsqueda de lo bello por lo bello es el resultado de largos siglos de refinada educación. No creo —continúa— que los cuaternarios hayan cultivado el arte por el arte. Este nació entre ellos espontáneamente para responder a una concepción religiosa y subvenir a una necesidad del momento».

En pugna con esta opinión de Goury, que peca por demasiado radical, están los siguientes conceptos, que copio de Saint Perier: «Pero la magia no ha sido, ciertamente, el origen del arte pictórico; más bien se le superpuso cuando éste ya estaba en franco desarrollo. La habilidad de los artistas fué puesta al servicio de la magia, y ésta, a su vez, debió concurrir a la difusión y al perfeccionamiento de aquélla».

Hago estas dos citas, porque ellas resumen las dos maneras de pensar que campean en el debate.

Poco o nada podrá valer la opinión de un simple aficionado a la lectura; pero si el caso se llegara de tener que expresar la mía sobre el particular, diría que me parece que el apareamiento del arte entre las manifestaciones del espíritu, es un hecho que tenía que ocurrir fatalmente, con entera independencia de

toda idea mágica, religiosa o de cualquier otra naturaleza. Es palmario que en la era de los trogloditas, arte y religión estuvieron, como lo están al presente, íntimamente unidos. Hay un cúmulo de hechos que lo atestiguan y que no pueden ser interpretados en otra forma; pero cada uno de ellos tuvo su génesis propio e independiente. Según lo expresa el autor de mi segunda cita, la magia se superpuso al arte cuando ya éste tenía vida propia. No bien desligado el hombre de su primitiva animalidad, debió intentar la representación gráfica de los objetos. La vista de su propia sombra podría concebirse tal vez como la primera incitación posible. Entonces, como ahora, los hombres se recrearían descubriendo en las movedizas formas de las nubes, la repetición gráfica de las cosas terrestres. También pudieron ser fáciles insinuaciones la silueta de un hombre, de un animal, de un árbol, proyectándose sobre el cielo del horizonte; un palo, una hoja levantados del suelo y que dejaron su imagen impresa sobre la superficie plástica; la huella de un reptil sobre la arena; una grieta sinuosa sobre las rugosidades de una roca, que recordara vaga o imperfectamente alguna forma familiar, invitando a que el punzón de sílice la corrigiera o completara. Y tantos otros hechos menudos de la azarosa vida cotidiana, despertando el instinto de imitación, ya tan desarrollado en los grandes antropoides, fueron sin duda para el hombre primitivo otros tantos estímulos en sus primeros vacilantes pasos en la expresión gráfica de lo bello. Serían al principio torpes ensayos casi informes. El ejercicio y la emulación los irían mejorando paulatinamente. Luego intervino el ele-

mento mágico y religioso superando por su importancia anímica a los demás, y de ahí surgió la culminación asombrosa, el auge sorprendente del arte cuaternario que aun hoy nos sorprende y maravilla; porque muchas de las pinturas parietales que nos legara el magdalenense, son genuinas, indiscutibles obras maestras.

Su revelación se debió a la casualidad y fué obra de un español, D. Marcelino de Santuola.

Santuola era un erudito que nunca se había interesado por los estudios prehistóricos, hasta el día en que, visitando la Exposición Universal de París en 1878, se sintió vivamente impresionado por la sección de Arqueología.

Un espíritu abierto como el suyo, no podía permanecer indiferente ante las nuevas perspectivas que le prometían aquellas hachas de pederual, aquellos sílices amigdaloides, aquellos propulsores de hueso cubiertos de raras entalladuras. Desde ese momento abrigó el propósito de investigar por su propia cuenta, y tan pronto estuvo de vuelta en su tierra, lo puso por obra. Precisamente, cerca de Santillana del Mar, no lejos de su propia vivienda, existía la gruta de Altamira, descubierta pocos años antes y a la sazón completamente inexplorada. Allí trabajó empeñosamente por algún tiempo. A la entrada misma del antro encontró un profundo amontonamiento de conchas y huesos rotos confundidos en una ceniza grasosa con variados instrumentos de sílice. Análogos yacimientos había a lo largo de las paredes de la cavidad principal de la caverna; pero la atención de D. Marcelino estaba demasiada embargada por el suelo para permitirle ni si-

quiera sospechar las maravillas que se desplegaban sobre su cabeza. Afortunadamente, su hija, una niña de diez años, solía acompañarlo de cuando en vez en sus excursiones. Y así pudo ocurrir que un día, mientras el padre trabajaba absorto, inclinado hacia tierra, la inquieta rapaza correteara al azar curioseando entre la misteriosa penumbra. De pronto oye Santuola que lo llama su ingenua colaboradora diciéndole que en el techo hay un animal pintado. Acude presuroso, alza los ojos en la dirección que la pequeña le indica con la mano, y comprueba que, en efecto, está ahí el perfil de un cuadrúpedo de gran tamaño.

Sorprendido por el hallazgo, si bien entonces muy lejos de comprender su trascendencia, escudriña con la mirada y descubre dos, cinco, diez, hasta veinte y cinco figuras polícromas de animales, más unas cuantas en negro. El conjunto se extiende en un vasto fresco de catorce metros de largo que ha valido a la cueva de Altamira, la más rica y hermosa de las conocidas a la fecha, el nombre de *Capilla Sixtina* del arte cuaternario. Hay allí toros, caballos, ciervos, jabalíes, que miden de un metro veinticinco a dos metros cincuenta; y en las galerías adyacentes, aquí y allá, multitud de siluetas.

Si le produjo sorpresa su descubrimiento, pasmo y admiración le causaron las conclusiones que dedujo de sus estudios y meditaciones subsiguientes; pero, seguro de sus convicciones, en 1880 hizo público el notable acontecimiento en un excelente trabajo, donde no vacilaba en atribuir las pinturas de Altamira a los primitivos habitantes de la caverna.

No encontró más que escepticismo e incredulidad en el mundo científico. Sus deducciones fueron impugnadas particularmente por Harle, quien, después de un detenido estudio de las pinturas, formuló conclusiones netamente desfavorables a su pretendida antigüedad. En vano fué que Vilanova y Prierá, Profesor de Paleontología en Madrid, apoyara valientemente a su compatriota. Argumentos al parecer irrefutables y consideraciones aparentemente fundadas, parecían autorizar la desconfianza y el rechazo. ¿Cómo explicar la asombrosa conservación de aquellos frescos por espacio de centenares de siglos, en galerías húmedas, tapizadas por concreciones estalagmíticas? ¿Qué significado atribuir a aquellas figuras de animales confinados en los más oscuros y casi inaccesibles parajes de la caverna? Fué inútil hacer notar que las figuras estaban en parte recubiertas por capas de estalagmitas, hecho en completo desacuerdo con la atribución de las pinturas a una fecha reciente. El descubrimiento de Altamira cayó en el olvido.

Para dar la razón a Santuola, fueron precisos el lapso de quince años y el concurso de nuevos acaecimientos.

Emilio Riviere, explorando en 1895 la gruta de La Mouthe, en Dordoña, gracias a los informes del propietario de la misma, supo que en sus paredes había unos grabados que representaban figuras de animales. Fué a investigar y comprobó que, efectivamente, sobre la roca había un confuso entrecruzamiento de líneas del cual se podían desentrañar con un poco de paciencia los contornos de numerosos animales grabados sucesivamente en el mismo

espacio. Informó de estos resultados a la Academia de Ciencias, que experimentó viva sorpresa y permaneció perpleja. Pero la visita de la gruta, a seguidas del Congreso de Burdeos en el mismo año, dejó convencidos a los arqueólogos presentes, en particular a Capitán y al abate Breuil. Este último, en los años que siguieron, hubo de consagrarse al análisis de los grabados y pinturas prehistóricos, y son bien conocidos la extensión y alto valor científico de sus trabajos sobre la materia.

Un año después, en la gruta de Pair-non-Pair, en la Gironda, Francisco Daleau descubrió grabados comparables a los de La Mouthe.

Posteriormente se revelaron hallazgos similares en la misma Dordoña, en la Alta Garona y en Ariège, cuya caverna de Niaux merece llamarse el Altamira francés.

El número de grutas hasta ahora conocidas con figuras rupestres, pasa de cincuenta, todas ellas en terreno español o francés.

Hoy día ya no existe la menor duda sobre la autenticidad de estas figuras, y el conjunto de los hechos adquiridos en los últimos años, ha confirmado superabundantemente conclusiones que otrora se tuvieron como festinadas.

Una de las pruebas más concluyentes radica en el hecho de que muchas veces los dibujos se encontraron recubiertos por capas arqueológicas absolutamente intactas. En La Mouthe, en Pair-non-Pair, en Teyjat y La Greze, el yacimiento que las velaba, procedía del cuaternario superior. No se puede concebir mejor sello de garantía. Otra evidencia; el trazo incidido hace cuerpo con la roca misma. Una misma páti-

na los recubre, y ésta fué, cabalmente, la razón de que por tanto tiempo se dificultaran las exploraciones, ya que no se pueden percibir distintamente sino con fuerte iluminación y con una incidencia particular que hay que buscar con tanteos.

La entrada misma de las cuevas se ha encontrado en ocasiones obstruida por yacimientos cuaternarios, demostración palmaria de que tales misteriosos antros no han sido hollados por pie humano desde aquellos días inconcebiblemente remotos.

Hay que señalar, por último, la patente analogía de los dibujos parietales con los grabados que adornan la superficie de utensilios y herramientas de materia dura fabricados en la época cuaternaria. Las mejores obras revelan una seguridad de mano y un virtuosismo que desconciertan y, como en todas las creaciones geniales, su franco naturalismo lleva la impresión de un verdadero estilo. Tanto es así, que un prehistoriador avezado puede reconocer la mano de un artista de las cavernas en el perfil de un reno o un mamut, con la misma pericia que un arqueólogo clásico descubre al alfarero de Ática en la superficie de un vaso pintado.

Aceptada la autenticidad de las obras, queda por explicar su asombrosa conservación. ¿Es concebible que unos grabados y pinturas que no siempre afectan superficies de gran consistencia, hayan persistido durante quince mil años? El fenómeno podrá parecer imposible, pero no lo es. Obsérvese, en primer lugar, que las obras están al abrigo de las intemperies. Se encuentran sin excepción a tal distancia de la entrada —ochocientos metros, v. g., en

Niaux— que en la atmósfera reina una calma absoluta. Una nubecilla de humo puede permanecer días enteros inmóvil, suspendida en el aire. No habiendo condensación de vapores la pintura no se altera, aun cuando la roca, en ciertos sitios, se mantenga húmeda por el agua que rezuma a través de grietas invisibles. Las grutas cavadas por agua corriente que arrastraba finas arenillas, tuvieron las paredes pulidas y brillantes. Sobre esta superficie, el hombre primitivo vino a trazar sus figuras. Posteriormente, la exudación de las aguas a lo largo de varias centurias, vino a depositar en la pared una fina película de carbonato de cal que les dió esa apariencia mate que ahora presentan. Pues bien: ahí donde el artista aplicó la pintura, la materia grasa que entraba en la composición del color, impidió el depósito calcáreo, y la superficie se conserva lustrosa y espejeante.

Las pinturas parietales son casi exclusivamente animalistas. «El contorno sobre la roca es, ya un rasgo continuo que enmarca el fondo claro de la figura, ya una yuxtaposición de puntos coloreados. El campo mismo de la figura está a veces cubierto de estos puntos, técnica que no carece de analogía con la del puntillado moderno. En otros casos el campo está pintado total o parcialmente con tintes unidos o esfuminados, primero monocromos, policromos más tarde para acentuar los detalles. Los colores empleados son el negro, que se obtenía con carbón de madera o con óxidos de manganeso, y toda la gama de los amarillos y rojos, procedentes de ocre y de las numerosas variedades de óxidos de hierro. Estos minerales, abundantes en los países rocallosos habi-

tados por el hombre paleolítico, podían ser empleados en seco, puesto que se han recogido abundantes bloques de ocre tallados en forma de lápiz, o bien diluidos en agua, o amasados con tuétano para constituir una pasta adherente. De los yacimientos se han extraído piedras cóncavas y conchas de grandes bivalvos todavía revestidas de una untura coloreada que demuestra su uso como cápsulas para preparar la pintura. El color era aplicado con los dedos o con pinceles constituidos sin duda por tallos deshilachados que no han dejado vestigios.

Se ha preguntado cómo se procuraban luz los artistas de la edad del Reno para ejecutar sus obras en cavernas totalmente oscuras. A esta cuestión responde el descubrimiento de verdaderas lámparas formadas por pequeñas vasijas de piedra, generalmente de asperón, en las cuales se ha comprobado por el análisis, la presencia de residuos de combustión de materias animales». (Saint-Périer).

En el arte prehistórico se advierte un franco proceso evolutivo. Las pinturas magdalenenses están libres del arcaísmo que caracteriza las épocas anteriores, pero conservan el realismo y naturalismo de aquéllas. Hay escenas pintadas tan a lo vivo, que parecen cobrar vida propia. Después de haber obtenido el realismo de la imagen por la exactitud del dibujo, se busca conseguirlo por el efecto, lo que da al animal una intensidad de vida prodigiosa.

La reproducción fiel de los animales, notable ya en los grabados de los objetos manuales, alcanza su completo desarrollo en las paredes de las cavernas, gracias a la magnitud de la imagen y al efecto obteni-

do por la combinación y contraste de los colores. Muchas de estas pinturas no serían desdeñadas por los mejores pintores animalistas de fines del pasado siglo que, incluso, hubieran podido aprender más de un detalle con estudio de sus remotos precursores. El galope de los animales, para citar un ejemplo, interpretado de manera absurda por la pintura romántica —tal como puede verse en el conocido cuadro de Gericault *Le Derby d'Epsom*— fué representado por artistas cuaternarios en actitudes que los modernos no reconocieron como reales, sino merced a la fotografía instantánea.

«El talento de que han dado pruebas los artistas cuaternarios, es más de admirar si se toma en consideración que pintaron o grabaron en el fondo de las grutas sin modelo alguno; trabajaron de memoria después de haber estudiado en la naturaleza, reproduciendo con fidelidad lo que les había llamado la atención en el aspecto del animal sin advertir que, a veces, para alcanzar mayor realismo, forzaban la realidad, como ocurría a menudo en la representación de las orejas, los cuernos o las patas. Las más de las veces, los cuernos y las orejas están un poco fuera de lugar, a fin de que cada uno sea más aparente en el dibujo. La tendencia se nota mejor en las pezuñas de los rumiantes, cuya hendidura media no debiera ser visible en representaciones de perfil. Pues bien: el artista cuaternario no olvida poner cascos vistos de frente en un animal de perfil». (Goury.)

Para terminar este somero análisis, nos falta por exponer la hipótesis de las causas que provocaron estas manifestaciones artísticas. La primera explicación que naturalmen-

te se ofrece, es la del arte por el arte. Si bien en último análisis parece que tal expresión carece de sentido, aceptémola con todas las restricciones que ha menester para ser aceptable, y digamos que el arte por el arte, en los tiempos primitivos, y pese a cuanto se haya dicho en contrario, no es ninguna imposibilidad, al menos en determinados aspectos. Dice Lartet que si la necesidad es madre de la industria, los ocios de una vida fácil engendran las artes. En realidad, para el hombre primitivo no existía la vida fácil; antes bien una lucha encarnizada por la existencia, un gran despliegue de energías para procurarse alimentos y demás cosas indispensables: pieles para defenderse contra el frío, huesos, marfil y cuerno para sus armas y utensilios; pero no es menos cierto que la idea del arte por el arte no desentona en este medio azaroso y hostil. Y en los forzados ocios del invierno, entre dos campañas de caza, puede que se haya matado el tedió entregándose a la decoración de pequeños objetos.

Bien. La teoría es viable, tratándose de pequeños objetos; pero es el caso que también están las pinturas parietales, que requieren otras hipótesis.

Salomón Reinach piensa que éstas fueron un producto del totemismo que, como se sabe, consiste en la creencia en un parentesco espiritual entre la tribu y un animal, que es su protector. Se ha objetado que el animal tótem es único, y resulta que en la misma gruta y en la misma época, los más diversos animales están representados sin que se advierta la preponderancia de uno sobre los otros. Además, el tótem es tabú, no se le puede matar;

y en muchas figuras el animal aparece herido con flechas, fuera de que los restos de cocina encontrados demuestran que se consumían como alimento precisamente los animales copiados mayor número de veces.

Desechado el totemismo ¿de qué otra teoría echar mano? Veamos en qué circunstancia se nos ofrecen las figuras.

Un hecho llama la atención a primera vista: los animales más útiles son los modelos preferidos, variando solamente esta preferencia según la fase del cuaternario que se estudie. El caballo, pongamos por caso, preponderante al principio, casi desaparece al final. Con el bisonte ocurre exactamente lo contrario. Fluctuaciones análogas afectan el rinoceronte, el mamut, etc. Es un fenómeno general que parece originarse en las fluctuaciones del consumo de los animales; el caballo se cazaba abundantemente en la primera fase del cuaternario. Durante la última, las regiones eran recorridas por el bisonte en rebaños innumerables. La figura del ciervo prepondera cabalmente en la época en que se utilizan sus cuernos para confección de arpones.

Otro detalle digno de notarse es que no hay un solo ejemplo de pintura parietal que represente un animal extraño a la comarca. Y no por su desconocimiento, pues es bien sabido que las nómadas tribus magdalenenses recorrían distancias enormes.

Apuntemos por último que las imágenes de bestias feroces son escasas. Entre varios centenares, apenas se encuentran diez o doce de ellas. Un oso, un felino y dos cabezas de canino en Combarelles; un lobo y una leona en Font de Gau-

me; dos osos en Teijat. Y aun estos raros ejemplares ocupan los rincones más apartados, como si se hubiera temido ponerlos en evidencia.

Estas pinturas cuaternarias de tan alto valor artístico ¿podrán tener una intención ornamental? Tal supuesto ha sido descartado, y con razón. Como figuras decorativas, debieran encontrarse en los sitios de mejor visibilidad y no, como prácticamente acontece, en los ángulos difícilmente accesibles, y a veces en las figuras más sombrías.

En ciertos lugares, que podrían llamarse consagrados, sobre las figuras preexistentes, que no se tomaban el trabajo de borrar, venían a trazar otras indefinidamente, de forma que todo vino a parar en una inextricable maraña, en la cual es tarea sumamente difícil deslindar unas figuras de otras.

Con una falta absoluta de interés por conservar las obras terminadas, llegaron a trazarlas sobre el suelo mismo. En 1907, gracias a la iluminación oblicua de una lámpara colocada por casualidad en el piso de la gruta de Niaux, se descubrió una serie de dibujos hechos a punzón sobre el suelo arcilloso, con la misma técnica y el mismo estilo de las figuras parietales, y que habían escapado a la destrucción por los pasos de los visitantes, gracias a un saliente de la roca que lo protegía.

Si la obra es de puro adorno —dije hace un momento— se coloca llanamente donde luzca mejor. Veamos un ejemplo típico de cómo los trogloditas buscaban otra cosa.

El abate Lemozi, célebre por sus descubrimientos en el Valle de Celé, tenía un pequeño amigo de catorce años, de nombre David, a quien ha-

bía iniciado en las investigaciones prehistóricas.

Fue este muchacho quien encontró en 1922 la entrada de una gruta. «Cerca de un grupo de encinas pertenecientes a su padre, fue a dar con una grieta del terreno, y se introdujo en ella. Un primer salto vertical de dos metros, lo llevó a la entrada de una galería que descendía con una inclinación de cuarenta y cinco grados en medio de profundas tinieblas. Provisto de una candela siguió adelante por el pasillo que, ensanchándose poco a poco, lo condujo a una primera caverna. No se atrevió a pasar de ahí. Orgullosos de su descubrimiento, fue a comunicárselo al abate, quien tomó la dirección de las investigaciones.

En la sala visitada por David, no había nada de particular, ni huella humana alguna; pero el subterráneo continúa por una abertura hacia la derecha. Tan estrecha es, que hay que andar por ella casi a gatas. A medida que se avanza, la topera se va estrechando más y más, hasta llegar a abrirse súbitamente en una vasta sala tapizada de concreciones estalagmíticas. Tampoco aquí hay indicios de permanencia humana.

A la izquierda de este nuevo antro principia otra galería más estrecha, si cabe, que la anterior. Al final, un simple agujero; pero un verdadero agujero de zorro, de escasos cincuenta centímetros de diámetro. Hay que pasar por ahí como por una hilera. Más allá el túnel continúa algo menos estrecho por unos cien metros. Luego, otra prueba más dura que las anteriores: una tripa interminable que hay que recorrer arrastrándose, desgarrándose los vestidos y sintiendo en la piel los arañazos de la roca.

A la salida, otro corredor que conduce a una tercera sala análoga a las anteriores. Comienza entonces el recorrido de una galería más, larga y tortuosa. ¿A qué distancia se estará de la luz del sol? ¡Qué lejanos parecen la vida, el mundo, los hombres! Por fin... ¡por fin! las paredes se apartan, el techo asciende: es el antro del brujo. Un templo de cien metros de largo, diez de ancho y siete de altura. Sobre las paredes, las eternas figuras de animales grabados o pintados en rojo y negro. En el techo, un complicado entrelazamiento de los mismos dibujos. ¿Cómo pudo hacerse todo aquello sin andamios y casi sin luz? Si no fuera por estas imágenes, ¿quién hubiera hablado de la presencia del hombre en tan remotas entrañas de la tierra? El abate Lemozi sólo pudo encontrar un buril de sílice olvidado y, sobre una elevada cornisa, un diente de oso depositado por el hombre».

Los anteriores párrafos son tomados de Goury y nos enseñan, *mutatis mutandis*, lo que pasa en Niaux, en Massoulas, en Altamira, etc.

Ante cosas tan raras como las que estoy señalando, nos vemos obligados a desechar, por irreal, la idea del hombre primitivo trabajando las paredes de sus antros por puro adorno y pasatiempo.

El móvil fue otro, desde luego. A la hora presente, el acuerdo es unánime entre los arqueólogos para interpretar el fenómeno. Las grutas pintadas, en definitiva, fueron templos donde se celebraban ritos mágicos; las figuras parietales no son otra cosa que el gesto, la ceremonia en el cumplimiento del rito.

Examinado el asunto a favor de esta nueva luz, se explica lógicamen-

te lo que ayer nos parecía inexplicable. El confinamiento de las pinturas a lo más profundo de las cavernas, allá donde la luz del día no podía llegar jamás, es parte del misterio que debe rodear las ceremonias del culto y sobrecoger de mística unción el alma del adepto. «¡Qué profundo conocimiento del corazón humano —dice Goury— en la elección del santuario! Suponed al hechicero en pleno sol, disimulando el rostro tras una máscara ridícula, trazando sus siluetas de animales. El pueblo se hubiera reído de él, y algún malintencionado le hubiera podido dirigir alguna chanza que habría hecho fallar la operación.

Pero preparad el alma del adepto; sumérgidla en un ambiente de terror y de misterio haciendo recorrer al neófito una serie indefinida de galerías que le parezcan alcanzar el corazón mismo de la tierra: obligadlo a que se arrastre en pasajes estrechos y que sienta la opresión de la masa colosal de piedra a punto de aplastarlo; recibidle finalmente en una galería tan vasta, con la bóveda a tal proporción de altura, que no la llegue a delimitar la vacilante y fuliginosa llama de una mecha. Aquel que ha debido hacerse iniciar para llegar hasta allí, no vacilará en creerse frente a una potencia misteriosa y terrible que no se sitúa en ningún punto y que lo envuelve por todas partes.

El adepto tiembla empavorecido. El brujo aparece no teniendo nada de humano tras una máscara gesticulante que le oculta el rostro. Las pocas palabras que pronuncie, adquirirán una sonoridad aterradora. La sugestión se opera; el adepto ve que cobran vida los animales pinta-

dos en la muralla, se prosterna y cree».

El carácter zoológico de las pinturas, también tiene su razón de ser. Recordemos que aquellos pueblos, sin agricultura, sin animales domésticos, estaban condenados a muerte por hambre si la caza y la pesca no les suministraban la necesaria alimentación. Para ellos, la captura de los animales era una preocupación de todos los días y de todas las horas. Según lo que sabemos del hombre primitivo, debió germinar en su mente una idea mágica: por la repetición de la imagen, el hombre debía adquirir la dominación del animal; si el animal estaba herido en la pintura, tenía que morir. ¿Acaso en nuestros propios días los pseudo brujos no pretenden alcanzar el amor o la muerte de una persona mediante simbolismos ejecutados en un simulacro de la misma?

Podemos concluir, en último análisis, de todo lo expuesto, que el arte ha tenido su origen propio y

necesario. Si hubiera nacido como un simple auxiliar de las prácticas mágicas, los más rudimentarios esquemas, las figuras más torpes hubieran bastado, y no poseyéramos esas obras maestras cuaternarias que nos sorprenden y nos llenan de estupor. Porque el arte, en fin, tuvo que vivir su propia vida, para haber llegado a producir todos esos animales de las pinturas rupestres que se mueven, huyen, embisten o reposan en sus posturas y movimientos naturales, con una verdad y una intensidad de expresión tales, que nunca, los artistas de todos los tiempos, han logrado reproducir con mayor acierto.

Entre aquellos humildes cazadores de renos, que arrastraban su vida miserable en el medio hostil y áspero de un mundo por siempre desaparecido, vivieron, sufrieron y soñaron muy grandes artistas que, sin quererlo ni sospecharlo, acaso fijaron para siempre, en muchas de sus obras, los rasgos esenciales de la belleza.



¿VOLVERAN?

Por Carlos Fernández Shaw.

Ya se van acortando las tardes, bien mío,
ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor;
¡ay! ya el sol de mis sueños brillantes declina,
ya más pronto la negra y audaz golondrina
se irá para siempre... ¡con ella mi amor!

¡Cuántas veces al ver sus bandadas
entre nubes y mares lanzadas,
girando y siguiendo su errante volar,

he doblado con pena la frente
pensando y pensando tristísimamente:
«¡Huyeron! ¡Huyeron! mas ¡ay! ¿Volverán?»

Cuando el suelo se llena de flores,
y las selvas de alegres rumores,
y los cielos de espléndida luz,
y las almas de loca esperanza,
vendrán, como un sueño de dicha que avanza,
abiertas las alas, teñidas de azul!

Mas ¡ay! que en las playas que vieron su nido
murióse algún ave de amores y olvido,
y yo con acento de horrible dolor
diré sollozando: «Parad; peregrina
golondrina, feliz golondrina,
¿qué fué de tu hermana? ¿qué fué de mi amor?»

Cuántas veces al ver los fulgores
del sol, que sus hilos de ardientes colores
quebraba en las hojas del seco rosal,
he mirado con pena sus flores marchitas
y he gemido con ansias de amor infinitas:
«¡Huyeron! ¡Huyeron! mas ¡ay! ¿Volverán?»

Cuando el sol oscurezca sus rayos sangrientos,
y lloren las lluvias, y giman los vientos
cual notas perdidas de un triste laúd
que pulsa un anciano que trémulo marcha,
entre lluvias y vientos y escarcha
morirá, como muere la sombra en la luz...

Cuando torne a lucir Primavera,
si despunta un capullo siquiera,
diré con acento de horrible dolor
mirando las hojas, y el tronco marchito:
«Tu vida fué breve, mi amor infinito...
¿Qué fué de tu encanto? ¿Qué fué de mi amor?»

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! ¿Porqué, vida mía,
no rasgas mis nieblas con rayos del día,
no ahuyentas mis brumas con auras del mar?
Yo soy desgraciado, yo soy peregrino,
y pronto siguiendo mi errante camino
a un mundo que ríe me vuelvo a llorar!

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! Tus ojos se han hecho
 con chispas de rayos, tu cándido pecho
 con flores del valle, tus labios con miel,
 tu voz con arpegios de notas perdidas...
 tus ojos parecen estrellas dormidas,
 tus labios las hojas de abierto clave!

Yo tengo tres astros que alumbran mi frente,
 que animan el ansia constante y ardiente
 que salta en mi loco, febril corazón,
 sediento de glorias: el sol por el día,
 la luna que rasga la noche sombría,
 de noche y de día tu imagen, mi amor!

Ya se van acortando las tardes, bien mío,
 ya más pronto las gotas del dulce rocío
 refrescan las flores con lánguido afán...
 ¡Ya se van estas horas divinas!
 Ilusiones de amor... golondrinas...
 luces... flores ..mas ¡ay! ¿Volverán?

Carlos Fernández Shaw,
 (Español).



Proceso Histórico y Aparición del Héroe Nacional

Del Libro "Morazánida" de Joaquín Rodas M.

Sobre tres millones de almas inconscientes y sumisas ante la hipnótica mirada del fiero león ibero, escucharon un día sobre el tormento de su misma esclavitud este inmenso y sonoro grito, hasta entonces para ellos incomprendible:

¡LIBRES E INDEPENDIENTES!...

Demasiada pesada la cadena y muy largo el tiempo de llevarla, esos millones de seres sintieron la torpeza de sus miembros para ponerse en pie, y, más que comprender lo que se les decía por la más sonora de las lenguas, tomaron una actitud contraria a la que el verbo poderoso de

Barrundia les revelara en hipérboles grandiosas.

Ignorantes, sumisos y fanatizados por su misma esclavitud, nuestros pueblos habituados a oír el áspero y sordo chasquido del látigo que manda y no interroga, tenían demasiado relajados los oídos para poder apreciar las imágenes floridas del gran tribuno, cuyo verbo armonioso y lírico, tenía toda la orquestación de un coro de pájaros andinos, que revelaran al mundo las supremas armonías de la tierra americana.

Nuestros hermanos de esclavitud, los del Norte y los del Sur, los que llevaron como nosotros el peso del

mismo yugo ibero, no estaban mejor preparados, ni más aptos que nosotros para gozar de la vida libre; pero aquellos no vieron rotas sus cadenas al sólo calor de la palabra que entusiasma, sino al fragor de los cañones que sembraron de cadáveres el suelo que amaron y defendieron como suyo, al verlo empurpurado con la sangre que brotara de aquel choque colosal. Ellos, más felices que nosotros, vieron purificada su atmósfera y sintieron ensanchados sus pulmones con el embriagante humo de titánicos combates que, en su negra cerrazón confundía a vencedores y vencidos, hasta ver enarbolados sus pendones libertarios en las más altas cimas de los Andes, desde cuyos flancos ensangrentados miraron alejarse para siempre de los mares americanos las escuadras que llevaban en derrota a las huestes españolas.

Centro-América, entretanto, sin choques sanguinosos, ni épicas campañas, vió alejado de su suelo el poder de la monarquía; pero quedaba en su seno el virus mortal del coloniaje que como una enfermedad oculta y vergonzosa, había de devorarla haciéndola pedazos dentro de su misma unidad histórica y geográfica.

Para bien de España y mal de Centro-América, aquella no intentó, o no pudo poner a prueba la eficiencia de la libertad que ésta proclamó el año de 1821.

Ahorrándonos ese breve sacrificio de vidas y de sangre, los héroes de la espada no surgieron de nuestro suelo y, la gran masa analfabeta como una inmensa sombra cerrada e impenetrable, hacía más brillante y luminosa la sola constelación de astros de primera magnitud que se

destacaba de aquel fondo de negrura.

Eran ellos: Valle, Barrundia, Molina, Larreinaga, Delgado, Rodríguez y los Aguilar, quienes, como Moisés, sintiéndose inspirados a cumplir una gran misión en la tierra que los vió nacer, quisieron sacar a su pueblo del sacrificio y esclavitud en que yacía, anunciándole su libertad en los principios del acta memorable que el primero redactó, y en los decálogos de gloria que el segundo hiciera oír al pueblo desde la alta cima de su grandiosa y sagrada inspiración.

Pero el pueblo centro-americano, como el hebreo, olvidando sus pasados y largos sufrimientos, tornadizo y voluble como aquel, desoyó los gloriosos decálogos de libertad y volvió a arrodillarse a sus ídoles de ayer, tributándoles culto en vergonzosa postración. El acta del 21 fué hecha pedazos y, el pueblo que volvía las espaldas a la República, fué al encuentro del nuevo manto imperial que Iturbide le extendiera como una sombra desde México, y bajo cuyos pliegues vergonzosos quisieron dormir una vez más el sueño de ignominiosa esclavitud, pero que, al fin no fué sino una grosera pesadilla que nos hizo despertar, viendo ya sobre nuestras cabezas el filo de las bayonetas de Filisola, que por propio consentimiento, apagaron por espacio de diez y ocho meses el sol de nuestras libertades.

Mas ese eclipse, para gracia nuestra, no fué total sino parcial: la Provincia de El Salvador, rebelde a someterse, empurpuró su tierra con la sangre de sus hijos, y, la visión de esa tierra ensangrentada refractándose como un lampo de luz sobre la conciencia nacional centro-americana,

despertó de su letargo a las ciudades de San José, Alajuela, León y Tegucigalpa, cuyas tendencias emancipadoras, muy opuestas a las de Cartago, Heredia, Granada, Comayagua y Guatemala, obraron el portentoso milagro de hacer aparecer en escena al héroe genial, al protagonista de nuestra Historia, cuya gloriosa epopeya sorprende por su grandeza y sobrepasa a nuestra propia admiración.

Y, fué a ese choque de ideas encontradas en que las diferentes ciudades de la Patria Centro-Americana se colocaron unas frente a otras que, la de Tegucigalpa democrática y libérrima, abiertamente opuesta a las tendencias imperialistas de Comayagua, hiciera aparecer en sus filas al paladín de la Democracia herida, que pronto debería entrar en duelo formidable con todos los resabios y absurdos del pasado, que aún pugnaban por encerrar a nuestros pueblos dentro los muros de un imperio inconcebible.

Como los paladines de la antigua Grecia, Morazán con todos los distintivos de la gracia física, valor moral y cívico, acendrado patriotismo y apasionado amor a las libertades, apenas se le ve como soldado voluntario entre las filas republicanas, es ascendido a Capitán de una de las compañías que se improvisan en Tegucigalpa; y allí, como si se comprendiese ya toda la abnegación y grandeza de su alma, se le da la atrevida y peligrosa comisión de pasar a los llanos de Copán, para recibir y conducir a buen seguro los pertrechos bélicos, que los libres de Guatemala mandaban a los patriotas de Tegucigalpa, para la obra de oposición conjunta a las pretensiones imperialistas.

Sorprendido en el silente y dilatado valle de Comayagua, nuestro improvisado Capitán es conducido preso a la entonces capital de Honduras, y, allí entre amenazas y torturas pruébase por todos los medios a que confiese los móviles que le llevan en su secreta misión; más ningún tormento, ni la misma amenaza de muerte pudo obligarlo a la confesión que se deseaba, desarmando así con su estoica serenidad a sus tenaces verdugos que se vieron obligados a dejarlo en libertad.

Y el heraldo de la Democracia, apenas viose lejos de sus opresores, fué como Héctor al seno de su ciudad querida a recoger en sí todas las potencias de su alma conmovida, que debían darle la sobrehumana y colosal pujanza de vencer en sin igual campaña a todos sus adversarios.

Allá, al pié del Picacho, en ese peñón abrupto que como un gorro frigio se perfila al natural sobre las altas serranías que amurallan por el Norte a la histórica ciudad de Tegucigalpa; allí sobre sus pendientes que dominan el curso caprichoso del Río Grande, cuyas ondas cadenciosas le murmuran eternamente sus ecos de libertad y de esperanza; allí fué a detenerse aquella águila bravia que, sorprendida en el primer vuelo para salvar el valle, volvió a sus alturas para dominar y escudriñar mejor los amplios y dilatados horizontes de la Patria Centro-Americana, que más tarde debía salvar en vuelos sorprendentes y atrevidos.

Aunque la causa de los libres vióse sucumbir bajo el peso de las armas de Iturbide, la sombra del Imperio no cubrió el cielo de Centro-América, sino por espacio de 18 meses, suficientes para servilizar y co-

romper más la conciencia pervertida de las almas esclavistas que, soñando con un nuevo yugo, debían de entrar en duelo tenaz y formidable con el gran protagonista de nuestra historia.

México, como República, no nos había conquistado, fueron los supremos y violentos esfuerzos de una Monarquía moribunda, muy extraña a sus principios, los que intentaron encadenar dos porciones americanas en un nuevo y extraño Imperio tropical.

Pero el mismo gesto de suprema rebeldía que tuvo el republicanismo mexicano que castigó con la muerte a su presunto Emperador, salvó de nuevo la causa de los libres en Centro-América, y, ésta, tras el drama de Querétaro, recobró su completa independencia el primero de Julio de 1823.

A los fulgores de esa nueva aurora de libertad, la Constitución Política de la República Federal de Centro América, fué decretada y puesta en vigor el 22 de Noviembre de 1824. Bajo los principios de esa Ley fundamental, la misma Asamblea Nacional Constituyente invitó a los cinco Estados de la Federación, para que reuniesen sus Congresos respectivos, y que éstos a su vez, acatando el libre voto de los pueblos, diesen posesión a sus jefes elegidos.

Después del Gobierno Provisional del triunvirato formado por Arce, Valle y O'Horán, la República Federal de Centro-América, quedó definitivamente organizada bajo la Presidencia del primero, quien tomó posesión de su alto cargo en la ciudad de Guatemala el 25 de Abril de 1825, quedando como jefes de Estado: en Guatemala, don Juan Barrundia; en el Salvador, don Juan Vicen-

te Villacorta; en Nicaragua, don Manuel Antonio de la Cerda; en Costa Rica, don Juan Mora y en Honduras, don Dionisio de Herrera.

La elección de Herrera, verificada el 16 de Septiembre de 1824, trajo de nuevo bajo otra distinta manifestación en la política centro-americana, al joven Francisco Morazán, quien nombrado por aquel, su Secretario General el 25 del mismo mes, alejóse de la ciudad donde le dejamos, para venir a Comayagua, capital entonces del Estado.

En ese puesto, Morazán se revela a la conciencia nacional centro-americana como uno de sus mejores estadistas. Apenas Herrera iniciaba su Gobierno democrático y progresista, una violenta conspiración fraguada en Comayagua estaba próxima a estallar en Tegucigalpa bajo la conjura del elemento clerical de aquella, y del Comandante y Alcalde Municipal de ésta. Comisionado Morazán en su carácter de Secretario General, para que pasase a Tegucigalpa a calmar los ánimos, pronto su exquisito tacto político volvió las cosas a su orden, acentuándose, el respeto al Gobierno constituido.

Centro América toda parecía convulsionarse, agitada por el fermento colonial y los resabios del bando recalcitrante. El Salvador y Guatemala entraban en choques de recelo y, el Jefe y Vice-Jefe del Estado de Nicaragua menguaban el principio de autoridad con inútiles discordias que trajeron como único resultado la anarquía y el desconcierto del Estado; y, el presidente Herrera estorbado por el clero en su obra de progreso y, viendo amenazada la paz de Centro-América por el lado de Nicaragua, levantó hacia allá algunas tropas, para cuyo equipo y sosteni-

miento tuvo que tomar con carácter devolutivo, una suma de los fondos pertenecientes a la Federación. Esto tan natural y tan conforme a la justicia, dió lugar a una ruidosa controversia entre el ejecutivo Federal y la Sría. del Estado de Honduras. Las notas cruzadas entre una y otra Secretaría, revelaron a los pueblos de Centro-América una nueva faz del raro talento de Morazán que, con profunda solidez en el razonamiento, daba a la diplomacia centro-americana el más alto tono de sinceridad, hasta entonces conocido y nunca vuelto a ser oído después de aquella época inolvidable. Aquel talento natural muy pronto se dió a conocer en sus distintas y múltiples manifestaciones.

Reconocido por sus prestigios, fué nombrado el 6 de Abril de 1826, Presidente del Consejo Representativo, contrayendo por esa misma época matrimonio con doña Josefa Lastari.

El hombre y el patriota quedaban completados, para seguir en la corriente de sus luchas libertarias.

* * *

Arce como si quisiese iniciar la serie de nuestros apóstatas sombríos, fué el primero en volver las espaldas a los principios liberales que había jurado defender, para entregarse empequeñecido y miserable ante su misma obra de emancipación, en brazos del partido recalcitrante, que rompió en pedazos la Patria del 21.

Aunque no sin méritos, su elección como primer Presidente de la República de Centro América, fué, a más de un fraude escandaloso, el principio de sus apostasías que, de jalón en jalón, lo llevaron a romper con

el más inaudito de los descaros la Constitución del 24.

Rota ya la Constitución en sus manos, no le quedaba sino romper y transpasar todos los poderes que aquella Carta Magna respetaba en su libertad; y, eso no tardó en suceder, cuando acabando con el resto de pudor que le quedaba, se entrometió de hecho en los asuntos internos de cada Estado; depuso a las autoridades legítimamente constituidas del Estado de Guatemala, reduciendo a prisión al jefe Barrundia el 6 de Abril de 1826, y revolucionó a El Salvador.

El Estado de Honduras no fué menos infortunado y, su digno Jefe el ilustre don Dionisio de Herrera, estaba destinado a ser la víctima propiciatoria; después de la salvaje invasión que se hizo a su territorio.

Fracasado el siniestro plan de los serviles y clero de Comayagua, para asesinar al Jefe Herrera y a su inocente familia; y, no siendo suficiente a provocar su caída ni la excomunión ni los anatemas que a su nombre lanzó el padre Iriás, Arce creyéndose obligado a traicionar del todo la causa de los libres y, hermanando sus pasiones al odioso crimen que se iba a cometer en el más limpio y sincero de los repúblicos, creyó de su deber hacer causa común con los enemigos de la libertad, lanzando para ello, con el más fútil de los pretextos a sus huestes invasoras al corazón de Honduras. Para consumir este nuevo atropello a la libertad de los Estados, Arce, el desertor del liberalismo, comisionó a un Hondureño sin entrañas, al injusto Milla que, entre otros desafueros cometió el imperdonable crimen de incendiar a Comayagua.

Pero antes de esos sucesos lamentables que entristecen y llenan de asombro las páginas de la Historia, algo que toca a la barbarie pasaba en el Estado de Guatemala. El Vicejefe de aquel Estado, don Cirilo Flores, posesionado del derecho que le asistía y, profundamente indignado por la prisión del Jefe Barrundia, se trasladó con el Cuerpo Legislativo, para que éste continuase sus sesiones, primero a la villa de San Martín Jilotepeque, y después a la Ciudad de Quezaltenango. Tan luego como llegó a ésta, los enemigos del Derecho, teniendo a su servicio a frailes inspirados por Satán, azuzan a las turbas fanatizadas por sus prédicas; quienes se lanzan como caníbales sobre Flores. Creyendo éste poder salvarse a la sombra de sus templos, se refugió en la iglesia parroquial, en donde, en vez de la salvación buscada, encontró el índice de los frailes que lo señalaban: a la fatídica señal, las turbas cayeron sobre su víctima, lo despedazaron in-

humanamente, profanando después sus restos mutilados.

La República de Centro-América espiada y acosada por enemigos de su propio suelo, inhábiles para comprender la grandeza de la Patria y, no sabiendo que hacer de una libertad que odiaban y desconocían, procurábanle toda clase de dificultades, sin tomar en cuenta su propio porvenir.

El Congreso Federal estaba disuelto; sus legítimas autoridades violentamente destituidas y perseguidas; y, algo así como una tempestad preñada del espíritu de destrucción, parecía conmover y desquiciar desde su base el hermoso edificio de nuestra Nacionalidad. Dentro del fondo de esa negra cerrazón el verbo tormentoso de Barrundia, al par que iluminaba las conciencias libres, presagiaba con su candente frase una fatal conjuración de los elementos refractarios a toda renovación política y social.



Poetas Jóvenes Salvadoreños

Monólogo Frente a una Mujer Ciega

Por ANTONIO GAMERO

*Alrededor de tí juegan a quien te hiere
circuncisos arcángeles de noche.*

*Mujer en cuyos ojos se construye la muerte,
alrededor de tí pavoridos insectos
ensayan sus refugios antiaéreos,
y mariposas huérfanas
lloran bajo una lluvia de balas y de hojas.*

*Sur, Este, Oeste, Norte,
Norte, Sur, Este, Oeste.....
Tus mapas resignados se desquician
y dejan de habitarlos,
aburridos de sombra, gérmenes de esperanza.
Tu presencia bólido apagado se inmerge
en inválidas aguas de ríos bombardeados
y tus manos sacuden el tallo de las rosas
en un intento inútil de derribar las sombras.*

*Te sientes desasida de la corteza del mundo,
dolida de interrogar, cómo son los niños?
y de saber que nadie te acompaña
para revalidar tus bienes congelados.
Te rodeas de espanto y cuando te diriges
hacia Dios para hablarle con tu humildad de piedra
tu frente se golpea contra muros de sílex
que guardan la ceniza de las estrellas muertas,*

*Junto a tí y frente a tí
es negro el corazón de los espejos.*

*Mujer de ojos difuntos,
los troncos de la noche se iluminan
cuando los hombres prenden sus lámparas de antaño,
y tú marchas asiéndote a los muros,
buscando con el tacto
ateridos cabellos de hijos imaginarios.
Tus párpados se abren desmesuradamente
y tus pupilas blancas, como flores cocidas,
giran desesperadas presintiendo la muerte.*

*Abres la boca y gritas;
cierras la mano y alzas el puño resignado
en actitud bandida de asesinar los astros,
Lloras; saltas, te rompes el oído,
muerdes la tierra, muerdes las palabras,
y anuncias el derrumbe de tu propio destino.*

*Te llenas de demonio maldiciendo tus días
e ignoras que frente a tí hay un hombre condolido.*

*Mujer en cuyos ojos aprendieron los hombres
a oscurecer ciudades bajo los bombardeos,
desde hace tiempos andas diciéndole a la muerte:
¡vieja no te conozco, y en los ojos te llevo!*

DONDE NACIO LA IDEA DEL PANAMERICANISMO

Por Brasil Gerson

Hasta principios del siglo XVIII el Brasil nada había asimilado de la civilización occidental y eso tenía su explicación natural en la forma económica que allí predominaba. Todo se resumía, de norte a sur, en la ganadería y agricultura expresadas rudimentariamente a la sombra del latifundio.

El latifundio es por sí propio antiprogresista y todo lo que hable de renovación lo atemoriza, porque su existencia está obligada a mantener la rutina y sus privilegios, que consideramos permanentes.

Las poblaciones, todas pequeñísimas, no tenían vida propia. Eran como agua estancada y vegetaban a la orilla del mar, aguardando la llegada de los veleros que de vez en cuando llegaban a la metrópoli para abastecerlas de manufacturas inglesas monopolizadas por Lisboa. Pero el descubrimiento de oro en Minas Geraes modificó ese curso monótono de los acontecimientos. Caravanas de aventureros introdujéronse en la selva, hasta entonces recorrida únicamente por cazadores de indios, y aquí y allí fueron naciendo en torno de las minas núcleos urbanos distintos de los del litoral. En poco tiempo, decenas de millares de mineros y esclavos produciendo riquezas inmensas imprimían así en la vida brasileña, un ritmo nuevo y revolucionario.

Para abastecer estos núcleos, el comercio crecía esparciéndose por dentro del sertao, e iban surgiendo de todo eso, los primeros conflictos con el Fisco metropolitano.

Es entonces cuando se inician las

primeras manifestaciones de un espíritu nacional brasileño y aparece un deseo de autodeterminación en los criollos, ya en contradicción con sus colonizadores.

¿Qué quería Portugal? Llevar simplemente el oro para el reino por medio de impuestos y contribuciones obligatorias, o impidiendo la creación de industrias locales para que todas las necesidades de la colonia fuesen satisfechas por Lisboa mediante precios altísimos.

¿Qué querían los brasileños? Precisamente lo contrario. Querían ser los dueños exclusivos del oro descubierto por ellos y aun más, deseaban convertirlo en fuentes permanentes de renta construyendo con él ciudades y fábricas y abriendo carreteras.

La extracción y comercio de oro constituían un ciclo económico superior, pudiendo decirse que de ellos habían nacido en Brasil, las primeras actividades de una burguesía dispuesta a representar en el campo americano, el mismo papel innovador que ya había representado en Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Y el movimiento a través del cual ella se expresó, se llama «inconfidencia mineira» y su héroe máximo es Tiradentes, alférez de caballería ahorcado en Río de Janeiro en 1792, en medio de largas y vibrantes fiestas (dedicadas a la reina de Portugal y organizadas por el alto clero extranjero).

Sin embargo, no se trata de una revolución tramada por adversarios de la Iglesia. Por el contrario, al frente de los conspiradores figura-

ban numerosos sacerdotes criollos y algunos de ellos como el padre Rollin y el padre Carlos de Toledo, fueron bravos luchadores que la policía metropolitana difícilmente consiguió prender.

El canónigo Luis Vieira, por ejemplo, tenía en su biblioteca las obras completas de Voltaire al lado de la Luma Teológica de Santo Tomás de Aquino y todos los «inconfidentes», hombres de sotana o laicos, estaban poseídos por esa misma inquietud universal que en el siglo XVIII como hoy, dividía a los hombres más en clases que en religiones.

Los brasileños iban a estudiar a Europa comenzando por Coímbra, en Portugal, para completar en Francia o Inglaterra sus cursos especializados. Sus padres ya soñaban con la independencia y en Europa, en contacto más directo con las ideas revolucionarias de que estaba impregnado el ambiente, hacían del destino de su tierra oprimida su mayor preocupación.

Uno de esos estudiantes era hijo de un pobre albañil de la calle de Ayuda de Río de Janeiro. La pensión que el padre le costeaba para sus estudios, no pasaban de diez mil reis por año. Su nombre —José Joaquín de Maya— todavía es desconocido porque la propia inconfidencia no provocó en Brasil una literatura que estuviese a la altura de su significado notable en la historia del país.

Ya en Coímbra, a la terminación de su curso de letras y filosofía, José Joaquín de Maya reunía una noche en su buhardilla a otros once estudiantes brasileños y los comprometía a un solemne juramento.

—Vamos a separarnos. Unos volverán al Brasil. Otros continuarán

estudiando en Francia o Inglaterra. Pero dondequiera que nos encontremos, hemos de trabajar por el Brasil libre. Juremos todos que en cada uno de nosotros el Brasil ha de tener un soldado de su emancipación.

De Coímbra José Joaquín de Maya se trasladó a la Universidad de Montpellier, a fin de graduarse en Medicina. Era en 1786 y Francia toda se agitaba al soplo de teorías nuevas y magníficas. En París vivía Tomás Jefferson, embajador de los Estados Unidos. El estudiante brasileño admiraba en él al exponente de un pueblo pleno de audacia y le escribía cartas inflamadas, alabándolo y diciéndole que en breve el Brasil abriría un camino así de glorioso.

La correspondencia de José Joaquín de Maya con Jefferson fué tomando lentamente un sentido cada vez más profundo, hasta llegar a una proposición concreta de alianza política y militar.

En una de sus últimas cartas el estudiante le describía la situación real del Brasil desde hacía más de medio siglo de explotación de los minerales, diciéndole que toda esa riqueza en vez de traer progreso a los brasileños con la instalación de las primeras industrias en el país iba para Portugal casi en su totalidad, alimentando en Lisboa los lujos de una corte ociosa.

El Brasil merecía ser una nación libre y para que ello aconteciese era bastante con la buena voluntad de los Estados Unidos, que podrían vender a los brasileños buques y armas y proporcionarle técnicos para las fábricas de hierro y manufacturas que soñaban crear en Minas

y Río. Ese auxilio el Brasil lo pagaría en oro y diamantes.

Jefferson correspondió al llamado de José Joaquín de Maya escribiéndole y luego yendo a su encuentro en Nimes, a la sombra de cuyas ruinas le declaró que los Estados Unidos harían todo por Brasil sin romper, con todo, el tratado de comercio que tenían con Portugal.

Le dió consejos paternalmente, basados en la experiencia que poseía de la lucha de los americanos contra los ingleses. Uno de ellos se refería a la inutilidad de una resistencia en algunos puertos de mar.

Recientemente en el Instituto Histórico de Sao Paulo, examinando de nuevo esta correspondencia entre el estudiante pobre de Brasil y Jefferson, en 1786, llegamos a la conclusión de que la idea original del panamericanismo, pero del panamericanismo como instrumento de defensa mutua de las Américas, pertenece a José Joaquín de Maya. Y todavía más, que los puntos de vista

defendidos después por Jefferson en asuntos análogos no fueron nada más que la influencia directa de sus entendimientos con el hijo del albañil de la calle de la Ayuda.

Este pasaje de una de las cartas del estudiante brasileño al líder de la libertad norteamericana, tiene hoy una importancia enorme y le da la gloria innegable de ser el inspirador ya en el siglo XVIII de una política que es cada vez más actual.

«En este estado de cosas, señor, miramos y con razón solamente a Estados Unidos, porque seguiríamos su ejemplo y porque la naturaleza hácenos habitantes de un mismo continente, como que nos unen las relaciones de una patria común».

José Joaquín de Maya murió tuberculoso meses después, pobre e ignorado, durante el viaje al Brasil, en servicio de sus ideas.

Su cuerpo quedó perdido no se sabe dónde, en una fosa común de las tierras portuguesas.....

B. G.



UNION DE CENTRO AMERICA

¿Porqué razones tanto interesa al porvenir de los pueblos de la América Central formar una sola Nacionalidad?

Conquistada la tierra Americana por la Nación española, vivimos por espacio de trescientos años sometidos a sus reyes. En la división o separación que de estas regiones se hizo para facilitar su administración y gobierno, fué destinado a formar la Capitanía general de Guatemala, el territorio que se extiende desde el istmo de Panamá hasta el de Tehuantepec; quedando así, como ligados y confundidos en una sola familia, todos los pueblos asentados en

dicha zona; bien que gobernados por grupos y con la conveniente separación para expedir el servicio, como acontece hoy con los Estados Unidos que se atienden por departamentos; pero aquellos bajo una sola suprema dirección, residente en la Capitanía General. Unidos nos encontró el 15 de Septiembre de 1821, día en que proclamamos nuestra independencia de España; unidos y enlazados como habíamos estado

cuando establecidos y gobernados tantísimos años.

Así en esa unión y confraternidad íntima, se hicieron libres e independientes las «Provincias del Centro de América».

Nadie pensó en que cada una de estas provincias pudiese llevar con mejor éxito su nueva condición de independencia y libertad, separándose de las hermanas con quienes unidas vivieran y unidas compartieran las penalidades de la dominación colonial.—Bastó al principio con el solo instinto de la defensa para que ninguno pensara en debilitar el poder de la Unión, tan necesario para hacer frente a un intento de reconquista, nada remoto, ante nuestra absoluta inexperiencia y nuestra falta absoluta de recursos para soportar una situación de guerra.

Por desgracia (¡la felicidad convertida en desgracia!), nuestra separación de España se verificó sin que fuese necesario apelar a la fuerza de las armas y al sacrificio para conquistarla.— Si a ejemplo de otros pueblos, nos hubiésemos visto obligados a compactarnos, a presentar en la batalla un solo cuerpo y a confundirnos en la hora de ofrendar nuestra sangre a cambio de libertad; entonces, los lazos de nuestra secular comunidad y alianza en la desventura, no habrían sido tan fácilmente rotos y quebrantados como lo fueron a impulso de la intriga que, en la división y repartimiento de estas provincias, aseguraban un campo para hacer jugar la ambición que tanto había de pesar en daño de estos pobres y débiles pueblos, apenas nacidos a la vida de acción y libertad propias.

Los trabajos para realizar la desunión comenzaron, pues casi a raíz,

de la misma independencia; y con ellos, las desgracias consiguientes producidas, primero, por las luchas de patriotismo en favor del mantenimiento de la Unión; y después, por las consecuencias de la realizada separación, que ha sido durante cincuenta años y continuará siendo mientras persista la causa originaria y sostenedora de nuestro modo de ser, vacilante, incierto, precario, triste; sin otro porvenir que el de ver reproducirse bajo una u otra forma o denominación, bajo unos u otros mentidos halagos y promesas, el mismo repugnante espectáculo del mercantilismo y de la profunda tiranía ejercidos por unos pocos, sobre estos pueblos, que la ambición ha reconvertido en colonias de esclavos.

La transición pacífica llevada a cabo el 15 de Septiembre de 1821, no nos permitió valorizar y apreciar en toda su importancia el elemento de la Unión, como fuerza generadora de la paz sólida y estable y del progreso; pero ya la experiencia sellada por las desgracias y contratiempos que, en número infinito, han derramado sobre nuestros destinos la debilidad y el aislamiento; viene paulatinamente reviviendo en los centros americanos el sentimiento de la unión y la necesidad imperiosa de restablecerla; si hemos de afianzar la paz y desafiar con éxito el porvenir; si tomamos en cuenta el peligro de que un día nos inunde una avalancha de hombres audaces, que si son superiores a nosotros, encuentren en nuestra división, aislamiento y relativa debilidad, un camino abordable para sobreponerse a nuestra raza y deprimirla. Inminente es ese peligro y muy digno de llamar la atención del patriotismo, ya que por lo respectivo a otros males que cons-

tantemente sufrimos, originados por la vulgar ambición y por el falseamiento de los buenos principios, hasta parecemos conformes, adheridos a la esperanza de que un día u otro quieran remediarse; suceso imposible, en tanto imperen la división y la pequeñez, pasto de aquellos males.

La Unión produce la fuerza y la abundancia. Un solo gobierno, cuesta menos que cinco gobiernos.

Un solo pueblo se administra y encamina con más facilidad que cinco pueblos. Una nación grande, que

vive en paz y puede dedicar todos sus recursos a la educación, progreso y bienestar de los ciudadanos, vale más y gana más respeto que cinco pueblos convertidos en minas de explotación para unos, cuantos desalmados y en instrumentos aplicables y manejables a voluntad de las ambiciones.

Por esto es necesaria la reconstrucción de la Patria Centro Americana y a ese fin deben llevar su mayor y más decisivo empeño los buenos hijos de Centro América.

Francisco Lainfiesta.

NOTAS

ACTIVIDADES DEL ATENEO (Cursos Breves)

En este mes de Abril ha comenzado «El Ateneo» a desarrollar su amplio programa de expansión cultural. En el paraninfo de la Universidad de Estudios académicos, que gentilmente han proporcionado las autoridades respectivas, se están efectuando cursos breves sobre tópicos de general Enseñanza, a cargo de personas especializadas en las materias comprendidas en el temario global, que con la debida antelación, fue elaborado por una junta nombrada por la Academia.

Las disertaciones correspondientes a tales cursos breves, son, al mismo tiempo, radio difundidas por la emisora oficial Y. S. S. Alma Cuscatleca, que asimismo con verdadero espíritu patriótico, ha sido puesta al servicio de nuestra Institución, por parte de la oficina gubernamental que controla su funcionamiento.

Nuestros cursos breves abordan

las principales cuestiones científicas, que fundamentalmente necesita la Nación para consolidar su cultura, a efecto de superar el pasado y encaminarse por las sendas más seguras de su progreso múltiple y unánime con direcciones exactas hacia su porvenir inevitable.

• NUEVO MIEMBRO DEL ATENEO

La ilustre y ponderada artista salvadoreña doña Graciela Huevo Paredes de Gutiérrez, mayormente conocida por el pseudónimo de *Iri Sol*, ingresó a nuestra Academia con el carácter de miembro activo, el 23 de marzo retropróximo. Su discurso de recepción versó sobre la «Técnica del Canto», constituyendo este trabajo una verdadera pieza académica reveladora de la preparación científica de quien la escribió.

Iri Sol no es sólo una cantante que ha educado su voz para la interpretación cantada de las grandes obras del pentagrama, en cuyo arte ha descollado lo suficiente para conquistar fama de cantatriz consagrada

por el aplauso internacional. Ella, es también una intelectual que ha profundizado la técnica de su especialidad, con las inquietudes propias de los espíritus eternamente insatisfechos. Y con la habilidad particular del talento, ha logrado penetrar hasta los más esquivos secretos de su arte bello. No canta *Iri Sol* como cantan los pájaros, por milagro divino, ya que ella conoce además, el misterio científico de su voz por virtud del estudio constante y disciplinado, que ha hecho durante largos años de cultura artística en los más notables y prestigiados centros de Europa.

En el próximo número de nuestra Revista tendremos el singular agrado de publicar la «Técnica del Canto», valioso contingente de doña Graciela Huezo Paredes de Gutiérrez, a la obra de cultura que el Ateneo está realizando con esperanzas de futuras redenciones nacionales; y tendremos entonces oportunidad de referirnos con mayor detenimiento a la personalidad descollante de *Iri Sol*, con sus luchas incesantes por hacer llegar a la conciencia del país las verdades de su arte en una época en que hay que librar primeramente, tremenda batalla contra la zaña de la incomprensión envidiosa y grosera.

CANJES

La Revista del Ateneo visita regularmente a cuantas publicaciones de vida estable le son conocidas, y se complace sinceramente al expresar el hecho de que su canje es correspondido por numerosos órganos de dentro y fuera del país. La biblioteca del Ateneo mantiene siempre considerable material de lectura, enriquecida en gran parte con el envío de la producción científica y

literaria del continente. Y ha dispuesto nuestro Centro publicar comentarios en nuestra Revista sobre las obras que nos vayan llegando, con el fin de llevar al conocimiento de la generalidad la importancia, valor intrínseco y tendencias ideológicas de los libros que nos visiten.

Se propone asimismo nuestra Asociación, abrir próximamente su biblioteca al público con toda regularidad, en provecho de cuantos quieran utilizar nuestra librería para documentarse en cualquier ramo del saber humano.

REPRODUCCION

Con verdadero entusiasmo reproducimos en nuestra Revista, el importante trabajo que el Señor Doctor Don Alberto Rivas Bonilla ha publicado en un folleto nítidamente impreso, que su autor nos ha enviado con generosa y amable dedicación.

«El Advenimiento del Arte» es una conferencia que el Doctor Rivas Bonilla leyó en el acto inaugural de los cursos universitarios del presente año, disertación que realmente responde al prestigio bien cimentado de que goza merecidamente en nuestro país el disertante, quien además de ser un exquisito poeta de estro positivo y siempre fresco, es un prosista de auténtica prestancia por la delicadeza de su estilo literario y el purismo comedido de su frase galana y dilecta.

El trabajo del Doctor Rivas Bonilla merece algo más que esta breve apostilla, escrita únicamente para subrayar el gusto que sentimos reproduciendo su valiosa y trascendental conferencia.

EL CENTENARIO DE MORAZAN

El 15 de Septiembre de este año,

se cumplirá el centenario de la muerte del General Francisco Morazán. Y el espíritu nacionalista centroamericano, se apresta ya para conmemorar dignamente la efemérides inmortal. De los cinco Estados de nuestra América del Centro nos llegan noticias del entusiasmo que agita a los pueblos del Istmo, por rendir justo y merecido tributo al hombre que lo sacrificó todo, incluso la vida, por hacer de Centro América un solo pueblo de vigorosas fraternidades y de unánime conciencia, frente al porvenir con sus enigmas siempre inquietantes.

Ahora, que los pueblos conquistadores de Europa y Asia, han destruido con zaña y desprecio las barreras jurídicas de la civilización, levantadas sobre el respeto mutuo de las naciones, y que un día consagraron solemnemente los Códigos del Derecho Internacional Público; ahora, que los países débiles sucumben bajo el peso asesino de los tanques guerreros, que pasan por los campos y las ciudades aplastando la libertad y la existencia de los hombres; ahora, precisamente, en que se ha visto que la pequeñez y debilidad de un pueblo es desacierto que se castiga con la esclavitud; ahora es, cuando el ideal unitario de Morazán tiene confirmaciones que amenazan con la terrible evidencia de los peligros inminentes.

Qué dirán hoy los derrotistas de la unidad centroamericana, los sempiternos logreros del separatismo lugareño? Qué dirán frente a este panorama sangriento del mundo, en donde los pueblos inermes sufren ignominia y dolor con el ultraje de sus instituciones, tristeza y vergüenza con la impotencia absoluta de de-

fender la santidad eterna de la patria?

El nombre de Francisco Morazán encarna un ideal de grandeza y de gloria: el único ideal porque se puede morir en Centro América, como escribió en cierta ocasión la pluma ilustre de un ilustre nicaragüense.

El gran centroamericanista Joaquín Rodas M., maestro de niños y ciudadano honesto y sincero, publicó su libro «Morazánida» con todas las dificultades propias de quien hace historia honrada al servicio únicamente de la verdad, y nunca de recompensas lucrativas que tanto deshonran el santo ministerio del escritor; pues bien, Joaquín Rodas M. aunque su «Morazánida» haya cruzado por el desierto de Centro América sin alterar la indiferencia torpe de las mayorías, tiene el mérito supremo de haber permanecido siempre fiel al culto del más excelso patriotismo: el de la Unión Centroamericana; porque la concepción de una gran nacionalidad istmeña no podrá jamás caber en conciencias vulgares, por ser ensueño digno de los máximos corazones.

Al reproducir, en esta oportunidad, algunas páginas de «Morazánida» no nos mueve otro propósito, que el de recoger un instante, la sugestiva sonoridad de su estilo apasionado, que es oblación fervorosa del noble espíritu de su autor, a los empeños gigantes del héroe sin fortuna, el mismo a cuyo nombre van oportunamente, a rendir los pueblos hoy afligidos de Centro América, el homenaje de admiración que la posteridad reserva a los genios de su historia.

Lisandro Villalobos.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Libros

Fabulillas.—Poemas - Quito, Ecuador—Litografía e Imprenta Romero—148 Pgs.— Autor V. M. Pérez Pe-rozo.

Reminiscencias Forenses. — Lic. J. M. Nouel — 266 pgs. — Editorial El Diario—Santiago — Rep. Dominicana.

Lecturas de Juventud.—Blanca Lydia Trejo — 84 pgs. — Talleres de la Escuela de Artes — Tecoluca, México.

Musa Roja. — Rafael Burgos (poemas)—98 pgs. — Envío del Consulado de El Salvador en Bogotá, Colombia.

Flames in The Darkness.—Dr. Juan Marín — 82 pgs. — Translation from the Spanish by Richard P. Butrick —Shangai, China.

José Martí, el Santo de América.—Luis Rodríguez—Embil — 260 pgs.—Habana, Cuba.

Martí. —M. Isidoro Méndez — 300 pgs.—La Habana, Cuba.

Archivo José Martí. — Publicado por el Ministerio de Educación—120 pgs.—Habana, Cuba.

Les Italiens Tels Qu'ils Sont.— Comité Sforza—Montreal—120 pgs.

Trujillo, un Hombre de América.—Manuel de Jesús Goico — 100 pgs.—Pol — Hnos — República Dominicana.

Primeros Anales del Conservatorio Nacional de Música.— Dr. Adalberto García de Mendoza—340 pgs.—Tomo I—México, D. F.

Tzumpame. — Organó del Museo Nacional—188 pgs.— San Salvador, El Salvador.

Memoria del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo.—

468 pgs.—Editorial La Nación—Ciudad Trujillo, Rep. Dominicana.

Anales de la Universidad de Santo Domingo.—Dos tomos—Ciudad Trujillo, Rep. Dominicana.

El Traidor—La Leyenda de las Es-trellas—La Recurva (Teatro) José Antonio Ramos—de la Academia Nacional de Artes y Letras—La Habana, Cuba.

Revistas, Boletines, etc.

Boletín del Archivo Nacional de Venezuela.—Ns. 106—107— Caracas.

Tiro y Gimnasia.—Lavalle 1790— Buenos Aires. — República Argentina.

Informaciones Argentinas.—Arenales 751.—Buenos Aires.

Revista Argentina de Tuberculosis. —Belgrano 682.—Buenos Aires.

Revista Index.—Maipu 827.—Buenos Aires.—Rep. Argentina.

Revista Médica Latino - Americana. Córdoba 2088-92.—Buenos Aires.

Revista Itinerario de América.— Unión 137.—Buenos Aires.

Revista Unión Cultura Americana. —Av. de Mayo 981.—Esc. 201.

Acción Libertadora Americana del Sur.—Casilla de Correos 249.—B. A.

Ateneo Popular de la Boca. — La-madrid 387.—Buenos Aires.

Asociación Cristiana de Jóvenes de Rosario.—Entre Ríos 355. — Rosario, Rep. Argentina.

Universidad Autónoma «Tomas Frías».—Potosí, Rep. de Bolivia.

Revista Brasileira de Música. —Rua do passeio 98.—Río de Janeiro, Rep. del Brasil.

Boletín de Federacao das Academias de Letras do Brasil.—Ruá México 90 s 105/6.—Río de Janeiro.— República de Brasil.

Memorias do Instituto Oswaldo Cruz.

Revista Ciencias e Letras. — 2197 Av. Angélica.—Sao Paulo, Brasil.

Revista A Capital.—Apartado 585. Sao Paulo.—Rep. del Brasil.

Revista Tránsito. — Rua onze de Agosto, 132. — Sao Paulo, Rep. del Brasil.

Revista Petropolitana de Letras.—Petrópolis, Brasil.

Revista Brasileira de Música. — Rua do Posseilo 98.—Río de Janeiro, República de Brasil.

Revista Javeriana. — Bogotá, Rep. de Colombia.

Revista Apreciaciones. —Ciéneqa—Magdalena, Rep. de Colombia.

Gaceta Histórica. — San José de Cúcuta, Rep. de Colombia.

Revista Científica de Costa Rica.—San José, Rep. de Costa Rica.

Sociedad Colombista Panamericana.—La Habana, Rep. de Cuba.

Unión Interamericana del Caribe.—La Habana, Rep. de Cuba.

Partido Revolucionario Auténtico.—La Habana, Rep. de Cuba.

Asociación de Escultores y Artistas Americanos. — La Habana, Rep. de Cuba.

Consejo Corporativo de Educación. La Habana, Rep. de Cuba.

Revista X.—Apartado de Correo No. 2319.—La Habana, Rep. de Cuba.

Revista Nosotros. — Prado 210, altos.—La Habana, Rep. de Cuba.

Revista El Ejército Constitucional. Ciudad Militar.—Cuartel «Cabo Parrado».—Rep. de Cuba.

Revista «En Viaje».— Av. Macul 1624.—Santiago, Rep. de Chile.

Revista Patria.—Ejército 3. — Santiago, Rep. de Chile.

Revista El Libertador.—Quito, República del Ecuador.

Revista Eslabón.—(Lic. Don Olmedo del Pozo D.) Casilla 424.—Quito, Rep. del Ecuador.

Revista América.—Organo del Grupo América.—Quito, Rep. del Ecuador.

Revista Municipal. — Guayaquil.—Rep. del Ecuador.

Hemeroteca Municipal. — Plaza de Villa 3, o Apartado 12-155.—Madrid, Rep. de España.

Boletín de la Unión Panamericana. Washington, D. C.—Estados Unidos de América.

Handbook of Latin American Studies.—Library Of. Congress. — Washington, Estados Unidos de América.

United States Department of Agricultura.—Office of Foreign Agriculture Relations.—Washington, D. C.

The New York Library.

Dotación de Carnegie para la Paz Internacional. — 405 West 117th St. New York, Estados Unidos de América.

Revista la Nueva Democracia.—156, 5th Avenue. — New York, Estados Unidos de América.

Revista Norte.—171, Madison Avenue. — New York, Estados Unidos de Norte América.

Boletín de University of Southern California.

The Library University of California.—405 Hilgard Avenue.—Los Angeles, California, Estados Unidos de Norte América.

University of California Library, Berkeley, California.

Boletín del Conservatory of Music & Arts.—Hollywood, California.—U. S. A.

Revista Rotary del Club de Portola. —C/o. Iver Gregory, Portola, California.—U. S. A.

American Library Association. —

520 North Michigan Avenue.—Chicago Ill.—U. S. A.

Revista Rotaria.—35 East Wacker Drive, Chicago Ill.—U. S. A.

Revista Vogue. — (Incorporate Vanity Fair) Greenwich Conn.—U. S. A.

Revista de Harvard University Press.—Cambridge, Mass.—U. S. A.

Revista Educación; — Secretaría de Educación Pública de Guatemala, Rep. de Guatemala.

Boletín de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.— Guatemala, Rep. Guatemala.

Revista «Azul».—Guatemala, Rep. de Guatemala.

La Gaceta. — Tegucigalpa, Rep. de Honduras.

Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales.—Tegucigalpa, República de Honduras.

Revista Comizabualt. — San Pedro Sula, Rep. de Honduras.

Revista «Técnicas».—Argentina 32. México D. F. Rep. de México.

Revista del Instituto Indigenista Interamericano.—Orozco y Berra No. 1-304, México D. F. República de México.

Revista «Notas».—Apartado 2226. México D. F. República de México.

Boletín de la Secretaría de Relaciones Exteriores.—Departamento de Información para el Extranjero. — México D. F. Rep. de México.

Boletín del Instituto Panamericano de Bibliografía y Documentación.—Apartado 8626.—México D. F. República de México.

Boletín de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas.—Apartado 7016. México D. F. República de México.

Revista de Cultura Militar «Defensa».—Madero 27, Desp. 202 o Apartado No. 800. México D. F. Rep. de México.

Revista «Lux». — 3a. Artes, 45 o Apartado 19439.—México. D.F. Rep. de México.

Revista Jurídica.—C. Brasil, No. 20. México D. F. Rep. de México.

Revista «Ingeniería». — 2a. C. Tacuba, No. 5. México D. F. Rep. de México.

Revista del Instituto de Estudios Económicos y Sociales de México.—Calle de la Palma, No. 27, Despacho 302. México D. F. Rep. de México.

Revista «Emer».—Pasaje Yucatán 19, Altos. México D. F. Rep. de México.

Revista «Criminalia».—1a. Bolívar No. 9, México. D. F. Rep. de México.

Revista Mexicana de Sociología. — México D. F. República de México.

Revista ARS.—Av. Juárez 60 Desp. 311-15-16 México D. F. Rep. de México.

Revista Iberoamericana. — Universidad Nacional de México. — Francisco Monteverde, Director Técnico de la Revista Iberoamericana.

Revista de Historia de América. — Avenida del Observatorio. No. 192. México D. F. República de México.

Revista «Ecos».—Armando Dumas F. Director. — 15 Ote, 4. Puebla, Pueb. República de México.

Boletín del Ateneo Nacional de CC. y Artes de México. — Bucarelli No. 12.—México D. F. República de México.

Revista «Guardia Nacional», Managua. República de Nicaragua.

Revista de Policía.—Managua. República de Nicaragua.

Revista Centro.—Managua.—República de Nicaragua.

Revista «Elite».—Managua, República de Nicaragua.

Revista del Ateneo de Masaya. — Masaya, República de Nicaragua.

Revista de León.—León, República de Nicaragua.

Revista «Flecha». — Managua. República de Nicaragua.

La Reforma Médica.— Boza 876. — Lima República del Perú.

La Crónica Médica. — Apartado 2563, Lima República de El Perú.

Boletín de la Biblioteca de la Casa, de España.—Ciudad Trujillo.—República Dominicana.

Revista Clío.— Ciudad Trujillo. — República Dominicana.

Revista de la Biblioteca de la Universidad de Santo Domingo. — Ciudad Trujillo.—Rep. Dominicana.

Revista Militar.—Organo del Ejército Nacional, Ciudad Trujillo. Rep. Dominicana,

Museo Nacional. — Ciudad Trujillo.—República Dominicana.

Biblioteca Municipal. — Ciudad Trujillo.—República Dominicana.

Boletín de la Comisión de Cooperación Intelectual.— Ciudad Trujillo. — República Dominicana.

Ateneo de San Pedro de Macorís.— San Pedro de Macorís. — República Dominicana.

Revistas de:

Biblioteca Pública de Azúa.— Rep. Dominicana.

Biblioteca Pública de Barahona.— Barahona. República Dominicana.

Biblioteca Pública de Hato Mayor. —Hato Mayor. Rep. Dominicana.

Biblioteca del Club Recreativo Imbert.—Imbert.—Rep. Dominicana.

Biblioteca Municipal de Moca.— Moca.—Rep. Dominicana.

Biblioteca Unión Montecristeña.— Monte Cristi.—Rep. Dominicana.

Biblioteca El Esfuerzo.—Valverde. Rep. Dominicana.

Universidad de Montevideo.— Montevideo.—Rep. del Uruguay.

Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia.—18 de Julio 1648.—Montevideo.—Rep. del Uruguay.

Anales del Museo de Historia.—Montevideo.—Rep. del Uruguay.

Anuario Estadístico.—Montevideo. Rep. del Uruguay.

Boletín de la Liga Uruguaya contra el tráfico de mujeres y niños. — 25 de Mayo, 535, Montevideo.—Rep. del Uruguay.

Revista «Mentor». — Colonia 1221. Montevideo.—Rep. del Uruguay.

Trabajo y Jubilación. — Org. de Concentración Nac. de Obr. empleados, Patronos y Jubilados.—Acedo Díaz 1178, bis. — Montevideo. Rep. del Uruguay.

Boletín de la Asociación Int. de Prensa.—1236. — Montevideo.—Rep. del Uruguay.

Revista Nacional de Cultura.— Caracas, Rep. de Venezuela.

Revista Trabajo y Comunicaciones. Caracas.—Rep. de Venezuela.

Revista Educación.—Caracas, Rep. de Venezuela.

Revista de la Sociedad Bolivariana. Caracas.—Rep. de Venezuela.

Academia Nacional de Historia.— Dr. Vicente Dávila.—Caracas.—Rep. de Venezuela.

Revista del Caribe.—Coliseo a Peñero No. 65.—Caracas.—Rep. de Venezuela.

Semanario La Beneficencia.—Maracaibo.—Rep. de Venezuela.

CUADRO DEMOSTRATIVO

Del Movimiento de Caja del "Ateneo de El Salvador", desde
Enero hasta Diciembre de 1941.

EXPLICACIONES. — El Cuadro de INGRESOS consta de tres columnas, distribuidas así: 1—Cuotas de Socios Activos; 2—Subvención; 3—Ventas de la Revista «Ateneo» y Contribuciones diversas. El Cuadro de EGRESOS comprende seis columnas: 1—Costo de la Revista «Ateneo»; 2—Sueldo del Colaborador de la Secretaría; 3—Gastos de la Secretaría; 4—Servicio de Luz Eléctrica; 5—Gastos varios; 6—Servicio de Cobros.

INGRESOS

1941	1	2	3	Totales
Saldo anterior.....				¢ 84.26
Enero.....	¢ 18.00	¢	¢ 1.00	19.00
Febrero.....	46.00	200.00		246.00
Marzo.....	28.00	100.00		128.00
Abril.....	54.00	100.00		154.00
Mayo.....	44.00	100.00	28.00	172.00
Junio.....	60.00	200.00		260.00
Julio.....	90.00	100.00		190.00
Agosto.....	20.00		20.00
Septiembre.....	40.00	200.00		240.00
Octubre.....	50.00	100.00		150.00
Noviembre.....	42.00	100.00		142.00
Diciembre.....	24.00	100.00		124.00
	¢ 516.00	¢ 1300.00	¢ 29.00	¢ 1929.26

EGRESOS

1941	1	2	3	4	5	6	Totales
Enero.....	¢ 5.00	¢ 40.00	¢ 5.00	¢	¢ 16.50	¢ 2.00	¢ 68.50
Febrero.....	186.75	40.00	5.00	4.00	1.25	10.00	247.00
Marzo.....	3.00	40.00	5.00	8.00	35.60	3.40	95.00
Abril.....	40.00	5.00	4.00	53.65	6.40	109.05
Mayo.....	186.00	40.00	5.00	4.00	0.15	5.40	240.55
Junio.....	92.50	40.00	5.00	4.00	11.15	8.00	160.65
Julio.....	2.50	40.00	5.00	4.00	0.15	11.00	62.65
Agosto.....	188.00	40.00	7.00	4.00	0.15	3.00	242.15
Septiembre.....	40.00	5.00	4.00	3.15	5.00	57.15
Octubre.....	106.25	40.00	5.00	3.00	8.00	6.00	168.25
Noviembre.....	17.00	40.00	5.00	3.00	2.61	5.20	72.81
Diciembre.....	90.00	40.00	5.00	3.00	3.00	3.40	144.40
	¢ 877.00	¢ 480.00	¢ 62.00	¢ 45.00	¢ 135.36	¢ 68.80	¢ 1668.16

Saldo a lo. de enero de 1942..... ¢ 261.10

Balance..... ¢ 1929.26

RESUMEN

INGRESOS		EGRESOS	
Saldo de 1940.....	¢ 84.26	1.....	¢ 877.00
1.....	516.00	2.....	480.00
2.....	1300.00	3.....	62.00
3.....	29.00	4.....	45.00
		5.....	135.36
		6.....	68.80
		Saldo a lo. enero 1942.....	¢ 261.10
	¢ 1929.26		¢ 1929.26

NOTA.—La documentación respectiva, ordenada y autorizada por las firmas del Presidente y Secretario, está a la orden de los Sres. Socios que deseen consultarla.

BAUDILIO FUENTES.
TESORERO.

San Salvador, 31 de diciembre de 1941.